

LA
SON
RISA
VER
TICAL



Es mi vida

.....

FORTUNATA
BARRIOS

TUSQUETS
EDITORES

Es mi vida

.....

FORTUNATA
BARRIOS

TUSQUETS
EDITORES



De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Es mi vida

©2019, Fortunata Barrios

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Bajo su Sello Editorial Tusquets

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: Junio 2019

ISBN: 978-612-4350-26-9

Libro electrónico disponible en www.libranda.com

ÍNDICE

.....

Asunto: Nos separamos

Asunto: Cuéntamelo todo

Asunto: Estoy de malhumor

Asunto: Eres mi heroína

Asunto: No me dejes

Asunto: Espero tus consejos

Asunto: ¿Estás mejor?

Asunto: Así veía mi cuerpo

Asunto: Soy otra

Asunto: Es mi vida

*¿En qué hondonada esconderé mi alma
para que no vea tu ausencia
que como un sol terrible, sin ocaso,
brilla definitiva y despiadada?*

JORGE LUIS BORGES,
«Ausencia», *Fervor de Buenos Aires*

Quae nunc expromam absens audacius; epistola
enim non erubescit.
(*‘Ahora desde lejos seré más atrevido, pues una
epístola no se ruboriza’*).

MARCO TULLIO CICERÓN,
Epístolas familiares

Asunto: Nos separamos

Vero <vero@suyo.com>

25 abr. a las 8:33 a. m.

Hola, querida. Estoy hecha puré. Ayer me agarró con roche el «síndrome del domingo». Un horror. Tú sabes que sufro de eso desde chiquita, cuando la cercanía del lunes me retorció literalmente las tripas aunque hubiera hecho todas mis tareas, como siempre. Pero, créeme, el de ayer ha sido el peor de mi vida. Recién logré pegar el ojo al amanecer (di vueltas toda la noche, recontra angustiada), y cuando me desperté descubrí que me había quedado, hecha una idiota, bien arrimada a mi lado de la cama, como si Fer estuviera roncando, como siempre, al costado. Supongo que es normal, porque anoche dormí sola por primera vez después de veintiún años, que son los que llevo casada. ¡Alucina! En una de esas, casi me levanto a llamar a Rafa por Skype, porque lo extrañaba horrible. (Ya me fregué: también estoy sufriendo del «síndrome del nido vacío»). Pucha, por suerte me di cuenta de que en Boston es la misma hora que en Lima y me aguanté. Hoy Rafa tenía examen de Armonía 1, y lo iba a fregar con la mala noche. Además, le he dicho a Fer que ni siquiera nuestro hijo tiene por qué enterarse de esta «separación»; aunque en verdad Rafa no tiene un pelo de sonso y ha sufrido mucho con nuestras broncas. A veces pienso que se fue a estudiar a Berklee en lugar de quedarse en Música de la Católica solo para librarse de nosotros. (Amalia, criar a un hijo no es fácil, pero haber tenido a Rafa es lo mejor que me ha pasado en la vida; no sabes lo que te pierdes). En todo caso, me muero antes

de estar en boca de todo el mundo. Acá entre nos, se me ocurre que a Fer, en el fondo, le gustaría que la gente chismee, sobre todo ahora que se ha vuelto el fotógrafo de moda y se codea con la *socialité* limeña. Para mí, querida, los trapitos sucios se lavan en casa.

Te cuento que no fue nada fácil convencerlo. Cuando empecé a hablarle, toda nerviosa —a pesar de que nos estábamos tomando un vino que descorché para relajarme—, al toque me di cuenta de que tenías razón, de que si me abría con él y le decía toda la verdad, lo iba a herir por gusto. Así que no le dije que jamás en mi vida había tenido un orgasmo (no habría hecho falta decirle que «con él», porque Fer sabe perfectamente que jamás he estado con otro), ni que me había propuesto descubrir el sexo investigando en serio por internet para recuperar nuestra relación. Me mordí la lengua y solo le expliqué que teníamos que dejar de vivir bajo el mismo techo, porque, o sea, sus ataques de furia y su mal humor se habían vuelto insoportables (cosa muy cierta), y que hasta yo me avergonzaba de lo gritona y capaz de decir cosas horribles que me había vuelto (tú sabes, Amalia, que yo nunca he sido así). Le confesé que estaba agotada de nuestros vaivenes emocionales, harta de pasar del amor al odio a cada rato, «sexo» de por medio (las comillas son solo para ti, ja, ja).

Costó, pero al final entendió (o se hizo el que entendía) que la única manera de salvar nuestro matrimonio era «reinventándonos» (ya sé que odias la palabrita, Amalia, pero a mí me encanta), saliendo de la rutina, viéndonos menos, dejando de acostarnos y despertarnos juntos. Al comienzo se desconcertó horrible, y luego me tomó a la broma, cochineándose todo simpático como es él cuando está en buena onda («Se me rebeló mi cholita cajamarquina», y cosas así me decía, matándose de la risa); solo después se fue dando cuenta de que yo iba recontra en serio y le fue cambiando la cara. Me miraba con sus ojos negros de loco (¡bellos!) bien abiertos, se revolvía

los pelos largos, nerviosazo, con los dedos, se rascaba la barbita como si un bicho le picara. (Qué churro es, por Dios... ¿Es normal que me siga pareciendo taaan churro después de tantos años?). Perdona, me perdí... Bueno, la cosa es que, llegados a este punto, se enfureció mal, y yo me asusté. Me acusó de tirar la toalla a la primera, de seguramente querer estar con otro (imagínate), me amenazó con no volver más si salía por esa puerta. ¿Puedes creerlo? Yo le comuniqué, con voz firme y clara (y lágrimas en los ojos, lo admito) que mi decisión estaba tomada, aunque (o porque) lo quería con toda el alma. Entonces bajó la cabeza y se rindió, qué le quedaba.

Luego me miró con cara de cordero degollado y me preguntó «¿En serio te agarró la terca, serranita? ¿De verdad me estás botando?». Yo dije que sí con la cabeza, pero cometí el error de mirarlo, derretida. Fui obvia. Entonces me clavó los ojos con ganas locas. ¡Pucha! Yo, adrede, ni siquiera había ido a la peluquería a plancharme el pelo, me había hecho un moño a la volada, seguía con la ropa de los pilates y estaba toda sudada desde ayer. Nunca me ha gustado que Fer me vea así, porque sé que a él le encanta verme arreglada, pero quería parecerle lo menos atractiva del mundo, a ver si evitaba esta vez que cambiara conversación por cama. No me ligó. Después de decirme «Ya, cholita, atraco; vamos a reinventarnos», de anunciarme que se llevaría algo de ropa, pero no toda (me miró como diciendo «¿Porque esto es temporal, no?») y que se iría adonde su mamá (a ver cuánto le dura aguantar a la borracha de su madre y a su hermana Clara, que, por más melliza suya que sea y por famosa pediatra que haya resultado, es su polo opuesto, además de recontra marciana), se me sentó al lado diciéndome «Ya, Vero, mi amor, ven; vamos a reinventarnos ahorita, que ya te estoy extrañando». No había terminado la frase cuando me clavó un beso en la boca recontra apasionado, y su aliento no me gustó nadita, Amalia, pero me hice la loca, como siempre, y me aguanté nomás.

Entonces se me tiró encima y, de una, todo alocado, me sacó casaca y polo, y me agarró las tetas por debajo del sostén de gimnasia, que me aprieta un montón (tú sabes que soy horriblemente tetona), y jadeaba como cuando está superexcitado pero más que de costumbre, y noté que tenía una erección enorme. Me aterró (¡veintiún años y todavía me asusta!), hasta que me bajó los *leggings*, el calzón, y (me cuesta seguir contándote, pero hago el esfuerzo) me penetró. Primero fue despacio y luego cada vez más rápido. Yo respiraba hondo, como siempre hago, como en el yoga, tratando de concentrarme y de relajarme para que no me duela, y rezando para que llegue rápido. Parece que Dios me escuchó, porque la cosa no duró mucho. Terminó todo pesado sobre mí, asfixiándome, y yo, con una mezcla de pena y de alivio. Después me miró con dulzura y me dijo «Seré un loco insoportable, pero me muero por ti, cholita, y tú lo sabes». Ya desde ese momento me tuve que aguantar las ganas de llorar, porque no quería que se fuera, pero tampoco iba a retroceder. Entonces él solito se levantó y fue a hacer su maletín a nuestra habitación (y no lo seguí, porque no quería ponerme a llorar en su cara), y después pasó por su cuarto oscuro y volvió con otro maletín, seguro con sus cámaras y su *laptop*. Antes de irse, me miró todo tierno y me dijo «¿Y ahora? ¿Hablamos o qué?». Yo me paré corriendo, lo abracé y lo invité a almorzar hoy, aquí, de puro ansiosa. Sonrió asintiendo, pero me miró como raro. Seguro no esperaba que yo quisiera verlo tan pronto. Cuando cerró la puerta, me puse a llorar como loca, y terminé mi copa de vino seco y volteado. Después me fui a tratar de dormir, y me pasó lo que ya te conté.

Quisiera creer que, si en lugar de escribirte ahora, me sentara a diseñar la carátula del libro sobre artesanías que estoy por entregar, lograría distraerme. Pero nada que ver. Imposible concentrarme. No sé por qué me siento así, entre eufórica y angustiada, si yo misma he sido la de esta idea. Contéstame rápido, no seas mala. No sabes cuánto me alegra haberte convencido de no

escribirnos por Serpost (¿lo decías en serio?). Me estaría volviendo loca esperando tus cartas durante días. Cada día agradezco que se te haya ocurrido ir, por una vez en tu vida, a esa fiesta con la gente del cole. Si no, de repente no nos veíamos más. Después de todo lo que vivimos juntas... Te he extrañado horrores durante años, sin imaginar que volveríamos a acercarnos y, menos, que terminaríamos otra vez como dos adolescentes, contándonos nuestras cosas. Al comienzo no entendí por qué no chatear y sí escribirnos por correo, pero ya lo comprendo perfecto, y no me cambio por nadie. Y hablando de escribir, te juro que ahora que leo tus correos todos los días, no logro entender por qué te cuesta tanto escribir la novela que te han pedido. Pareces tener tanta facilidad... Bueno, a este paso, soy yo la que se vuelve escritora, ja, ja. Pero cuéntame sobre tu novela y cómo van tus otros «planes». No sé cómo puedes, oye... Me da pánico que te ampayen, que te pase alguna otra cosa fea o que termines enamorándote de otro. No vayas a pensar que me escandalizan tus andanzas, solo es que me dan nervios...

Siempre me siento mejor después de escribirte. ¡Esto es terapéutico, no hay nada que hacer! La vida es linda, Amalia, aunque también pueda ser difícil, como ahora que he decidido romper mis esquemas para encontrar la felicidad con mi marido, cueste lo que cueste. Te dejo porque tengo que ponerme a investigar ya mismo, a ver con qué sorpresita recibo a mi Fer más tarde.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

25 abr. a las 9:48 a. m.

Querida Verónica:

No sabes cuánto me entenece el beneplácito con que encaras la existencia. Yo desde niña sentí que era tremendamente injusto que nos hicieran nacer así, inconsultamente, y viví toda mi adolescencia convencida de que la vida era una buena mierda. Sin embargo, en algún momento comprendí que no me quedaba otra, porque tampoco tenía los cojones para tomar las de Villadiego, y que solo tenía una opción: vivir lo más intensamente posible, como si cada día fuera el último (qué vergüenza, esta frase parece sacada de un libro de autoayuda). Y así lo hice, ayudada seguramente por el hecho de presentir, siempre, que moriría en cualquier momento, pronto, porque la fatalidad me acechaba a la vuelta de cada esquina.

Comparto contigo lo del «síndrome del domingo», pero a mí me pasa algo más: cada mañana, al entreabrir los ojos, escucho una voz oscura que susurra, quejumbrosa, algo así como «Ay, no... otra vez... ¿Y ahora?». Luego me froto los párpados y el alma, y salgo al mundo vestida de mujer segura y divertida. Sigo y seguiré sin tener la menor idea de qué diablos hacemos acá, en este mundo cruel, y en cambio me acompaña la certeza de que la vida no tiene el menor sentido. Nada de esto quiere decir que no intente disfrutarla al máximo, sino al contrario. Ya que estoy, trato, como te consta, aunque a veces me cueste sangre, sudor y lágrimas. Es increíble lo difícil que puede resultar algo que suena tan simple y trillado: gozar de la vida. Espero no resultarte demasiado aguafiestas —«*waterparty*», como tú dices— con estas «filosofadas».

Conociéndote, sé que la partida de tu hijo Rafael equivale a una arrancada de entrañas en crudo. Te entiendo, pero no quiero saber de qué me pierdo sin hijos. Nunca me he arrepentido de mi negativa a reproducirme y me reafirmo en la visión de un planeta superpoblado y cada vez más hecho mierda. Lo

máximo que me ha pasado, de puro narcisa, ha sido preguntarme «¿Cómo sería un hijo mío?», alucinando diversas fisionomías resultantes de la mezcla de los guapos Eric y Amalia, o sea yo. Con toda sinceridad, la sola idea de que alguien dependa de mí de por vida —demencialmente, encima, porque así es la cosa— me parece atroz. Ni siquiera podría tener un perro. Desde hace años vivo con mi adorada y bella gata *Sofía*, que me depara indecibles momentos de felicidad y la más dulce compañía, pero que hace con su vida —y conmigo— lo que le da la gana. Nunca he cuidado plantas, pero sí me gusta mirarlas. Los niños y los bebés me causan un rechazo visceral. Por suerte, siempre me encantó ver a Eric y a Elisa juntos; el amor mutuo, que en ellos se percibe tan a flor de piel, llega a conmoverme hasta las lágrimas. Pero esto me sucede porque los quiero a los dos y porque —la verdad sea dicha— ambos son hermosos, por dentro y por fuera. La gente fea no debiera existir, y menos reproducirse (ese, por suerte, no es tu caso).

A veces envidio eso que tú no soportas: que tu marido reviente, que te diga las cosas en la cara, que grite, que te arme la bronca. Mi vida con Eric transcurre en medio de una calma sospechosa, aburrida, triste. Él no pierde la compostura jamás, y solo con unos tragos encima alcanza cierto grado de simpático descontrol. Cuando toma más de la cuenta se pone insoportable —sabes que odio a los borrachos y que chupar nunca ha sido lo mío—, pero esto afortunadamente pasa rara vez y, cuando sucede, se desmaya pronto. Yo sé que Eric sigue profundamente enamorado de mí, pero no tiene idea de lo que me pasa y, además —esto es lo que más me irrita—, da por sentados nuestra relación y nuestro amor. A ti te sorprende que después de veintiún años de casada te sigan asustando las enormes dimensiones del miembro viril de tu marido; a mí me aterra que, después de quince, Eric y yo seamos, en el fondo, un par de extraños el uno para el otro y que, encima, vayamos por la

vida como la parejita perfecta. Tu convivencia será un infierno intermitente, Verónica, pero al menos hay, en él, lugar para la sorpresa.

Acabo de releerme y siento la imperiosa necesidad de hacerte un anuncio estilístico: en adelante usaré, cuando me provoque, la palabra *pinga* y otras semejantes para referirme a partes pudendas y a acciones relacionadas con ellas, corriendo el riesgo de parecerme vulgar. No me provoca echar mano, en estos correos, de expresiones eufemísticas —como la de líneas arriba— ni de otras igualmente forzadas. Estamos hablando entre amigas, ¿no?

Mis polvos con Eric —de cuya frecuencia después de tantos años debiera yo jactarme— carecen de toda inventiva. Siempre tengo orgasmos —por lo menos uno, y él también—, pero eso no me basta. Lo nuestro es bien fácil: sabemos perfectamente qué funciona para cada uno, y eso nos hacemos. ¿Merece eso llamarse «sexo»? A él pareciera bastarle esta mecánica satisfacción mutua y, por eso, encararle esta verdad sería tan devastador para Eric como para Fernando escuchar tu confesión completa. Has hecho bien en mentirle a medias, y sé cuánto debe de haberte costado. Te felicito. Creo, Verónica, que si le decías que vienes fingiendo orgasmos con él desde hace dos décadas, no se le volvería a parar nunca más al pobre. (Dicho sea de paso, siempre he pensado que, si yo fuera hombre, no se me pararía, ¡es mucha presión!). La gente sobrevalora la sinceridad y la usa —conscientemente o no— para hacer daño. Muchos de quienes defienden el valor absoluto de la veracidad no son más que unos reverendos hijos de puta.

Me pregunto qué hay entre Eric y yo, si eso que tenemos ya no puede llamarse «sexo». Esta interrogante me carcome. Una relación sin intensidad erótica siempre me pareció algo horripilante que solía pasarles a todos, menos a mí. «Primero, muerta», me decía. Es difícil de explicar, pero siento que algo en mí se ha dormido; que se me ha perdido el cuerpo. Sé que Eric tiene poco o nada que ver con esto que me pasa, y siento que no es con él con quien

puedo recuperarme. Por eso intento reencontrarme con otros; quizá así también pueda volver a él. Tú tranquila, Verónica, que nada malo me va a pasar. Te aseguro que mis amantes son sometidos a un exigente examen de admisión para garantizar que nadie salga mal parado.

Quizá mi dificultad para escribir la novela tenga que ver con esto que he tratado, torpemente, de explicarte. A veces pienso que no debí aceptar ese encargo. Creo que me agarraron en mi cuarto de hora de omnipotencia. Porque una cosa es haber escrito exitosamente una miniserie de alto contenido sexual para Netflix, y otra, escribir una novela erótica, que no puede ser un salpicón de polvos. Siento que no tengo nada que decir, ni desde dónde decirlo; que estoy vacía, que no tengo «voz» —como dicen los escritores—, ni tampoco historia que contar. En suma, estoy rejudida.

Con todo respeto y cariño, Verónica, te confieso que me he reído mucho al imaginarte asqueada respirando el aliento de Fernando. Y me has hecho pensar, rememorar, preguntarme cuándo fue que Eric y yo dejamos de besarnos. Solo sé que nos enamoramos besándonos; besándonos horas, días, noches enteras. Yo, hasta entonces, desconocía la fuerza de los besos. Recuerdo con nitidez espeluznante cómo me consumían los nervios la primera vez que esperé a Eric en mi departamento, segura de que esa noche terminaríamos en la cama. ¿Y si no nos gustábamos lo suficiente? ¿Y si no había química entre nosotros? Sin embargo, una vez que lo tuve enfrente no dudé más. Nos miramos y nos besamos, muy despacio, nuestras bocas entreabiertas rozándose apenas, probando cautelosamente los sabores, los olores de nuestras salivas y alientos, al ritmo impuesto por respiraciones cada vez más agitadas. Llegamos a la cama sin dejar de besarnos así, nuestras lenguas inmóviles, en respetuosa espera. No nos desvestimos, ni se quitó los lentes. Me tendí con las piernas abiertas bajo mi falda y Eric se echó sobre mí. Entonces sentí su bulto hinchado y caliente contra mi pubis, y nos

seguimos besando solo con los labios, nuestros cuerpos completamente adosados. De pronto, nuestras lenguas empezaron a lamerse tímidamente, y percibí cómo su pinga crecía aun más bajo el cierre del pantalón, y abrí las piernas para colocarla sobre mi clítoris hinchado y palpitante, moviéndome y frotándome contra ella, mientras nos seguíamos besando, alternando voracidad con dulzura.

Esa vez, en ningún momento se nos ocurrió quitarnos la ropa. Tal era la arrechura irradiada desde nuestros labios que terminé en un orgasmo brutal, gimiendo dentro de su boca. Él rio dentro de la mía, se movió con más fuerza sobre mí, y se dejó ir en un grito ahogado. ¿Qué habrá sido de ese beso?

Después de escribir lo anterior, me levanté para servirme un café y vine a sentarme de nuevo aquí con calma. En lo que me demoré, recibí la respuesta de X, el «amigo» del que ya te he hablado: almorzaremos mañana en un restaurante que acaban de abrir en Conquistadores, que, según he leído, está buenísimo (exactamente el tipo de sitio que Eric se niega rotundamente a pisar). Luego pasará lo que tenga que pasar. Sé que comparto con este pata un gusto fetichista por los hoteles (otra cosa por completo ajena a mi marido). Ahora soy yo la que empieza a ponerse nerviosa, querida amiga; si no me voy tranquilizando desde ahora, mañana seré mujer muerta. Solo tengo que dejar de pensar. Menuda tarea.

No sé si terminarás como escritora a raíz de este intercambio epistolar, pero no me cabe duda de que tus indagaciones te convertirán en una experta pornógrafa. Con lo chancona que sigues siendo... Espero, sobre todo, que tus esfuerzos tengan los efectos deseados. Ah, no puedo dejar de decirte algo, antes de despedirme: ¡ya quisiera yo tener tus tetas!

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>

25 abr. a las 11:30 a. m.

¡Escúchame! Estoy a mil, preparándome para recibir a Fer con la sorpresita. (¡Soy una idiota! ¡Mejor le hubiera dicho que venga en la noche para tener más tiempo, y poner velitas!). La cosa es que acaba de pasarme algo importantísimo que te tengo que contar aunque me muera de roche: me toqué. Para decirlo todo: me masturbé leyendo tu polvo con Eric. Y ahora, el notición: he tenido un orgasmo. Bueno, al menos eso creo, porque nunca había sentido algo así. La cosa, querida, es que estoy alucinada, feliz y llena de esperanzas, segurísima de que si sigo abriendo mi mente (todo está en la mente, Amalia) y experimentando conmigo y con Fer, voy a alcanzar las metas que me he propuesto.

Oye, amiga, creo que ya entendí lo que te pasa con el sexo. A ver... Es como que te sientes apagada, aunque igual tengas orgasmos con facilidad... Esto podría parecer un poquito contradictorio, pero de repente no: estás como un auto que enciende, arranca y avanza, pero en verdad quisieras ser como un caballo, o mejor dicho, como una yegua salvaje. ¿Es algo así? Lo que es yo, me estoy sintiendo como una fiera, y te lo agradezco con toda el alma. ¡Déjate de cosas con eso de que no puedes escribir una novela erótica! ¡Mira lo que me ha pasado a mí leyendo apenas un párrafo subidito de tono! Podrías ayudar a tanta gente, Amalia.

Obvio, la vida hay que disfrutarla. Totalmente. Yo me he dado cuenta solo ahora, pero más vale tarde que nunca, ¿no te parece? Eso sí: ya quisiera verte soportando peleas furibundas. No sabes lo que es vivir con alguien que de pronto te agarra a gritos y al rato te pide perdón llorando, y pretende arreglarlo todo en la cama, desesperado. En definitiva, todo el mundo quiere lo que no tiene. Tampoco es que yo prefiera a un hombre tan controlado

como Eric. Nuestros maridos son polos opuestos, ¿te has dado cuenta? Qué difícil encontrar un punto medio y ser feliz, ¿no? Pero yo creo que sí se puede y que las dos lo vamos a lograr porque no estamos dispuestas a conformarnos con lo que tenemos, como tanta gente. ¿Sabes qué? Creo, además, que tú y yo tenemos a favor algo maravilloso y raro: nuestros hombres se mueren por nosotras. Somos muy afortunadas, Amalia, y hay que saber agradecer.

¡Asu! ¡Tú también te pones nerviosa! Ya decía yo... Por más mandada y liberada que hayas sido siempre, querida, ya te he dicho: eso de ventilarte en restaurantes fichos con tus amantes... Yo me muero...

Se me está haciendo tarde y todavía no decido qué ponerme para recibir a Fer. No quiero parecer rochosamente sexi. Tú sabes que nunca me he sentido cómoda con mi cuerpo... No va conmigo ser tan potona, tetona, piernona. Siempre he odiado que los hombres me miren mañosamente, y de arranque. Por eso, no me sirve de nada, querida, que me digas «Ya quisiera yo tener tus tetas». Ya quisiera yo ser alta y flaca, y poder tragar a mis anchas como tú, en vez de andar condenada a dieta perpetua. ¿Ya ves? Nadie está contento con lo que tiene. A propósito, estoy pensando seriamente en operarme, que me achiquen todo y me lo pongan bien firme. De paso, que me limen las arrugas de la cara. (Alice está regia, ¿no la viste en la fiesta de la prom?). Pero eso tendrá que ser después: un posoperatorio no va para nada con mis planes actuales.

Ahora sí, te dejo. Si supieras lo que he encontrado en internet... Una chambaza, nomás. Solo de imaginarme todo lo que va a pasar ahora con Fer, siento que me late algo, ahí abajo... ¿Me habrás vuelto una enferma? Te contaré después cómo me fue con mi nuevo marido-amante cuando se vaya. Me voy a preparar mientras me tomo una copa de champán bien heladita, para los nervios.

Ah, por favor, háblame como chu... quieras, que no me voy a escandalizar.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

25 abr. a las 12:18 a. m.

Querida Verónica:

¿En serio este ha sido tu primer orgasmo? Parece que Fernando no es la primera víctima de tus engaños... Esto te lo he soltado en joda, no me hagas caso, por favor. Hemos quedado en hablarnos «a calzón quitado», pero estamos de acuerdo en que no conviene remover ciertos asuntos de nuestro pasado. Volviendo a lo de tu «iniciación», te confieso que me honra sobremanera, me hace muy feliz y, a la vez, me produce envidia: a mí ni se me ocurre pajearme últimamente. Valga una importante aclaración: no tengo interés alguno en «ayudar» a nadie con mi novela; me importan un bledo la gente y su vida sexual. Además, creo que la literatura no está para eso.

Conozco muy pocas mujeres cercanas a los cincuenta, como nosotras, que no se hayan operado algo. Sé que es inútil decirte que no necesitas sacarte nada, que te vi preciosa el día de la fiesta y que sales perfecta en las secciones de Sociales de las revistas con tu guapo marido. (Espero que no te moleste que lo piropée). A mí me da taquicardia solo de pensar en inyecciones, anestias y complicaciones relacionadas con una operación. No sé si llegue el día en que la constatación de mi abominable vejez supere esta aprensión, pero lo dudo. ¿Será que terminaré llena de bótox y operada por todas partes?

Por ahora, con las justas piso la peluquería para teñirme el pelo de negro (las canas sí se me han vuelto insoportables), para cortármelo y para hacerme la cera.

A propósito, he sacado cita para depilarme esta tarde, pero no solo porque sé que a X le gustan las mujeres tal como llegaron al mundo. A mí, según recuerdo —hace tiempo no lo hago—, me erotiza sentirme secretamente despoblada de vellos, aunque admito que la arrancada duele como mierda y constituye una especie de inmolación. Eric sabe de esta afición mía, así que mi repentina calvicie no despertará sus sospechas. Yo sufro de un exceso de «población pública» y creo que es por mi culpa. Cuando era niña andaba traumada porque no me crecía un solo pelo, mientras mis amigas lucían frondosos montes de Venus. Entonces procedí a afeitar todos los días la indeseable pelusa de mi pubis, con la ilusión de acelerar el crecimiento de pendejos como Dios manda. Convencí a mis amigas de que retiraba mi tupido pelaje para verme más sexi y me convertí, sin saberlo, en una precursora de la moda actual. En cuanto a lo de ser mirada con lujuria, no solo no me molesta, sino que no puedo ni pensar qué será de mí cuando eso deje de suceder. Incluso —y esto solo puedo decírtelo a ti, porque resulta muy políticamente incorrecto— experimento cierto placer cuando me piropean por la calle, por más mañosamente que sea.

No, no me preocupa que toda Lima me vea con otros hombres en concurridos restaurantes. Cuando estoy en público con un amante, jamás siento que tenga algo que esconder ni que me aceche peligro alguno. Mis nervios —mis pánicos, más bien— se despiertan en los hoteles. Una vez instalada en el cuarto, empiezo a alucinar la inminencia de un terremoto, un incendio o un robo a mano armada, que me obligaría a salir despavorida y desnuda hasta la calle. También me asalta la certidumbre de que mi acompañante sufrirá un infarto o un derrame cerebral en pleno acto y tendré

que arreglármelas con el muerto. Por último, querida amiga, me persigue el miedo de no poder abandonar mi condición de «auto» para transformarme en «yegua», siguiendo tu graciosa analogía. Como verás, no es poco aquello con lo que tengo que lidiar.

Mientras tú, seguramente, retozas con tu flamante amante-marido, yo intentaré escribir algo o me refugiaré en *Breaking Bad*, que veré completa por tercera vez con enorme placer. Hasta que llegue mi marido de su sagrado gimnasio, profiriendo «Estoy agotado, mi amor» —siempre me saluda con estas palabras y un besito en la boca—, y nos tumbemos a ver la última temporada de *House of Cards*, que me aburre tremendamente. Te deseo lo mejor con tu misteriosa *performance* erótica. Confieso que me carcome la curiosidad.

Besos,
Amalia

P. D. Déjate las tetas en paz, ¿quieres?

Asunto: Cuéntamelo todo

Amalia <amalia@propio.com>

26 abr. a las 10:28 a. m.

Querida Verónica:

Tu silencio me tiene un poco preocupada. Hasta *Sofía* mira la pantalla con desconcierto. Normalmente, a esta hora ya me habrías escrito. ¿Cómo te fue con la sorpresita para Fernando? ¿Algo salió mal? A ver si te dignas escribirme...

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>

26 abr. a las 11:32 a. m.

Hola, Amalia. Recién me siento frente a la computadora porque, en verdad, después de lo de ayer me he quedado medio depre, como sin ganas de nada. Entre las mil cosas que encontré en internet (no te imaginas la cantidad de cochinas que se le puede ocurrir a la gente, hasta ahora no me lo creo), escogí el *nyotaimori*, que me pareció chévere porque, además de recontra sensual, tienes su cosa chic, exótica, elegante. Tú, que eres supercultura y tienes mucho más mundo que yo, seguro sabes de qué se trata.

La cosa es que me estudié todo lo habido y por haber sobre esto del «*sushi* corporal» para que Fer me encontrara convertida en una perfecta «bandeja humana» de *sashimi* sobre nuestra cama. Yo estaba segura de que tanto yoga me ayudaría bastante, porque tienes que quedarte inmóvil un ratazo y controlar superbién tu respiración, y hasta tu temperatura corporal, porque tú sabes que todo lo del mar se pudre fácil. Pero la cosa resultó más complicada de lo que pensé. Pucha, yo había mandado a mi Emi al mercado (es una supercocinera, no sabes, y hasta la he metido en clases con la chica Prado) a comprar pescados y mariscos fresquitos, y le había pedido que me los dejara cortaditos como para *sashimi*, como ella sabe. También le dije que se fuera temprano nomás, porque mi almuerzo era entre chicas y nosotras nos íbamos a encargarnos solitas de todo. (No paro de mentir, Amalia... Felicítame todo lo que quieras por eso, pero me muero de miedo de irme al infierno de cabeza). Me encerré en mi cuarto con varios bols llenos de mariscos (por más frescos que estaban tenían olorcito, pues), me eché en la cama bocarriba y empecé a tratar de cubrirme con las láminas. Qué sonsa puedo ser... Cuando trataba de ponerme los pulpos ya sabes dónde, se me caían (no me depilé a pesar de que te lo recomiendan en la mejor página de internet, porque pensé que era una exageración japonesa), y cuando trataba de arreglarlos, los calamares que me había pegado en las tetas terminaban en el colchón. Tuve que cambiar las sábanas varias veces (uf, qué asco) y el tiempo pasaba... Hasta que me di cuenta de que eso del *nyotaimori* no podían hacerlo solas ni las *geishas* más capas, así que terminé gritando desesperada «¡Emi, ven!». Cuando entró y me encontró en esas, calata y peleando con los pedazos de pescados y mariscos, la pobre casi se muere, pero como es muy discreta, no me preguntó nada. «Ya, Emi, ayúdame, no seas malita», le supliqué apurada. «Es que voy a hacer una sesión de fotos con mis amigas», volví a mentirle. Y se tomó su chamba recontra en serio, porque qué japoneses ni qué japoneses,

Amalia, mi Emi resultó de lo más pro: mejor bandeja humana que yo, imposible. Igual me daba un poquito de miedo que con tanto trajín la comida se hubiera descompuesto, pero me tranquilizó pensar que en las cebicherías debe pasar más o menos igual y todo el mundo traga feliz. Porsiacá, encendí el aire acondicionado. Emi y Fer se deben de haber cruzado afuera del cuarto, porque ella se fue y de inmediato entró él.

Cómo te explico la cara de Fer cuando me vio así, toda forrada con láminas de corvina, pulpo, conchas, calamar, almejas, y un par de palitos primorosamente dispuestos al costado, con su *wasabi* y su jarrita de *shoyu*, en vajilla japonesa, como debe ser. Yo temblaba de nervios, y también de frío. Fer me miraba paralizado. Le tuve que decir «Ven, come», señalándole con los ojos los palitos y corriéndome el riesgo de que se me cayeran los pescados solo por hablar. Sonrió y se me acercó, pasado de vueltas, para agarrar los palitos. Y empezó a comer, sin dejar de mirarme. Primero me asusté, pensando «ahorita se me enroncha», pero, luego, de solo verlo comer cada bocado empecé a excitarme, sobre todo cuando su boca rozaba mi cuerpo como que de casualidad. Él estaba, cómo te digo, obsesionado por lanzarse sobre los calamares de mis tetas, y soltó los palitos para picotearlos con la boca (parecía una gaviota, te juro), mientras se sacaba la camisa y yo, pucha, me congelaba cada vez más... Pero qué guapo era sin camisa, por Dios. Te juro, Amalia, que hice esfuerzos sobrehumanos para no tiritar de frío con roche, porque necesitaba aguantar mientras él comiera, a ver qué iba sintiendo yo también, y no quería quitarle la viada.

En un momento, Fer, como desesperado, se quitó el pantalón y me pareció que estaba, no sé, angustiado. Y yo tenía razón: no se le había parado. *Y no se le va a parar*, pensé muerta de pena, por él, porque yo en verdad lo que quería era que me tocara, que me comiera todita. Como por suerte me tiene superconfianza, me dijo todo preocupado «¿Y ahora qué hago?». Pucha,

el pobre no sabía qué hacer. ¡Nunca le había pasado eso! Yo había leído que cuando a un hombre no le funciona, practicarle sexo oral es la solución. Así que me decidí (no creas que fue tan fácil, porque a mí no es que me encante la cosa, y siempre lo he hecho solo por darle gusto), y me levanté dejando caer todas las láminas marinas, a la mala. Y me lo metí en la boca, y se lo hice como él me ha enseñado, pero no hubo forma, Amalia, te juro. Él miraba espantado su miembro (yo sí voy a usar esta palabra, *sorry*, amiga, no hay forma) todo blando, y empezó a molestarse, conmigo, con él, con todo. «Vamos a otra cama», me dijo, jalándome hacia el cuarto de huéspedes, y tenía razón, porque nuestra cama era un asco. Yo quise dejarme llevar, pero me sentía tan pegajosa y apestando a pescado que no hubo manera, y lo paré para proponerle, toda sexi yo, «Y si nos duchamos juntos?». Para qué hablé. Se molestó de nuevo: «¿Así quieres que nos reinventemos?», me preguntó sarcástico, «¿cortándome la nota y haciendo lo que a ti se te ocurre porque te dio la locura? Así no es, cholita. Ya nos vemos». Entró en nuestro dormitorio y vi, desde la puerta, cómo recogía su ropa entre restos de mariscos y se vestía. Lo perseguí hasta la puerta de calle gritándole «¡Sí! ¡Así quiero que sea, no como siempre te ha dado la gana a ti! ¡Vete si quieres! ¡Lárgate!». Fer se fue tirando la puerta.

Me quedé furiosa y, calata como estaba, fui a buscar una escoba. Mientras barría furibunda el suelo de mi cuarto, que parecía el mercado de productores de hace treinta años, repetía en voz alta «Es un estúpido, un machista, un grosero, un egoísta, y yo soy una idiota, quién me manda». Y entonces escuché que entraba un WhatsApp (mi celular estaba sobre la mesa de noche). Te copio lo que me escribió para que entiendas mejor por qué me muero por él, aunque claro, tenga sus cosas:

FERNANDO: Pucha, cholita, sorry. Me pasaste de vueltas. Sobredosis de fósforo, creo. Te extraño. ¿Me dejas entrar otra vez? A la casa, digo. Estoy afuera.

VERÓNICA: Yo también te extraño, Fer. Pero ¿y si nos pelamos otra vez? Mejor en la noche, ¿ya?

FERNANDO: Como mandes, mi amor. Y ya sé, no me quedaré a dormir, por más que quiera. Nos vemos a las 8. Por si acaso, se me acaba de parar pensando en ti.

¿No es lindo? Me hizo reír. Me enamoré de él otra vez, al toque, qué quieres que te diga.

Igual me parte el alma que no se le haya parado conmigo. Pero mejor ya no voy a pensar en eso. Ya estoy viendo qué otra cosa encuentro en internet. Procuraré que parezca, no sé, más espontánea. De repente lo del *nyotaimori* fue un poquito *too much*.

Pero cuéntame tú: ¿qué tal tu salida con X? (Amalia, te voy a decir que me incomoda un poquito eso de que hablemos de tus amantes con las letras del abecedario. Por lo menos invéntales un nombre, que para eso eres escritora. Ya sé que lo haces de puro discreta, pero lo siento también como, no sé, ¿una falta de confianza?).

Ay, mujer, no puedo evitarlo, me he quedado preocupada por la impotencia de Fer. ¿Habré tenido yo la culpa? ¿Será que ya no le gusto? Me muero de miedo de que mi experimento termine por separarnos en lugar de hacernos felices por siempre, juntos.

Bye, bye.

Vero

P. D. No me molesta para nada que piropes a mi marido. Al contrario, haces que me guste más.

Amalia <amalia@propio.com>

26 abr. a las 4:00 p. m.

Querida Verónica:

Tú no tienes la culpa de nada. Ciertos hombres no soportan a las mujeres que se atreven a tomar iniciativas, y la tuya quizá le haya parecido un «poquito *too much*» y puede haberlo, por decirlo así, «sobrepasado». No sabes cuántas veces he tenido que vérmelas con erecciones fallidas frente a hombres desconcertados que, modestia aparte, me deseaban con locura. No es un misterio que cuanto más fuerte es el deseo, aumenta la autoexigencia, y mayor puede ser, por tanto, la posibilidad de que se les asuste el «miembro» (qué curiosa palabra). Dicho en otros términos: suele suceder que a los hombres no se les pare de puro arrechos.

Esperé a X —discúlpame, pero seguiré llamándolo así— en la tienda del grifo acordado, mientras compraba una botella de agua para hacer tiempo y vigilaba a través de los vidrios que separan el minimáarket de la estación. Cuando vi pasar su camioneta Ford, salí rauda hacia ella. Apenas subí, constaté con felicidad que la sola visión del tipo me resultó poderosamente atractiva. ¿Te he contado que los hombres al volante siempre me seducen, por poco agraciados que sean? Nunca he logrado explicarme esta extraña perversión, pero quizá tiene que ver con mi debilidad por los antebrazos masculinos, que en ese contexto se ven privilegiadamente expuestos. De cualquier modo, la cosa había empezado bien.

Nunca me enteré de si el famoso restaurante de Conquistadores era verdaderamente bueno, porque estuve más pendiente de lo que X suscitaba en mí que de la comida que ambos probamos a duras penas, porque, pronto, su mano acarició mi muslo bajo el mantel. El contacto de su piel con la mía me hizo temblar. Depositó mi mano sobre la suya y empecé a acariciar su dorso, su palma, las uniones entre sus dedos, y él me correspondió, trémulo también. «¿Nos mudamos a la otra locación?», me preguntó, mirándome fijamente, y el uso del término *locación* para nombrar al hotel estuvo a punto de enfriarme toda. *Es productor de telenovelas, pensé, qué le vamos a hacer.* Ahuyenté con éxito ese atisbo de rechazo, concentrándome en mi deleite por su imagen al volante durante el trayecto hacia el Country. (¡Sí, hacia el Country, para tu espanto!). Durante un semáforo, de pronto, me acarició bajo la falda hasta llegar a mi entrepierna, mientras yo recorría su antebrazo y me aventuraba sobre su pecho, luego su vientre, y luego su pubis, que descubrí a punto de explotar. Sonriendo, acordamos cuál sería el *modus operandi* para encontrarnos en el cuarto: yo entraría minutos después que él. (Sí, Verónica, me paseé con concha y estilo por los interiores el Country Club de Lima hasta encontrar la habitación indicada).

Al llegar al cuarto, lo encontré sirviendo dos copas de champán, torso al desnudo. Me extendió una que recibí para probarla apenas, porque ya desde ese momento me invadió una incomodidad que no tenía nada que ver con él, pues no solo me seguía gustando, sino que me parecía aun más atractivo sin camisa. Cuando se acercó para besarme, sentí que mis músculos se endurecían. Tenía la extraña certidumbre de que alguien nos observaba, aun cuando, sin duda, estábamos solos allí. Correspondí a su beso, intentando entregarme a él, pero fue inútil. Mis ojos se abrían solapadamente, intentando descubrir esa mirada extraña que amenazaba con paralizarme. Me quitó la blusa y desabrochó mi sostén con destreza, para besar lentamente mis

pezones, llevándome hacia la cama, donde me tendí de espaldas. Cerré los ojos para concentrarme en el placer que su lengua y la sutil succión de sus labios debía proporcionarme, pero solo lo conseguí a medias. Su boca descendió por mi vientre hacia mi pubis despoblado, sus manos separaron delicadamente mis piernas y luego también mis labios, pasándola de arriba abajo sobre la resbalosa superficie de mi clítoris, y luego acariciándolo de lado a lado, en toda su extensión.

Nuevamente me sentí observada y abrí los ojos para descubrir al intruso. Pero seguíamos solos. Apreté los ojos para dejarme sentir, y entonces lo tuve claro: era yo quien nos miraba sin cesar, yo quien, como si fuera una cámara, me había desdoblado y no podía dejar de observarnos, y la imagen de nuestros cuerpos desnudos sobre la cama se negaba a dejar la oscuridad de mis párpados cerrados. Mi clítoris estaba hinchado y percibí que él me había metido uno, tal vez dos dedos —no sabría decirlo con certeza—, que movía acompañando su diestra lengua. Puse todas mis fuerzas para concentrarme en mi sensación, para aislarla cuanto fuera posible. No tardé mucho en tener un orgasmo que me sacudió con fuerza, y entonces él remplazó sus dedos por su pinga erecta, que movió ondulante dentro de mí, y terminó gimiendo, su cabeza clavada en mi cuello. Cuando levantó la cara con esfuerzo, todavía jadeante, me miró con una expresión que reflejaba algo tan parecido al enamoramiento que me juré no volver a verlo jamás. Pero lo callé. También le dejé creer que mi placer había sido semejante al suyo; era obvio que mis esfuerzos por alcanzarlo habían pasado por completo desapercibidos. Queda claro, Verónica, que esta vez he fracasado y que la naturaleza, una vez más, me ha sido esquiva. Digo «una vez más» porque después de relatarte este encuentro con X me he dado cuenta de que lo que me pasa ahora no es nada nuevo.

Carajo, me acaba de llamar Eric para anunciarme que esta noche vienen a comer mi hermana Mariana y su marido Juan (Mary y Johnny, en perfecto inglés, *please*). Los ha invitado, para variar inconsultamente, pero yo, para variar, me tragué cualquier reclamo: ya no había nada que hacer. No me explico de dónde sale la debilidad de Eric por semejantes personajes, aparte de la evidente y fastidiosa afinidad alcohólica. Yo quiero a mi hermanita, pero ya no es la chiquilla simpática y traviesa que tú conociste: se ha vuelto descaradamente homofóbica, racista y ultrarreligiosa, solo de la boca para afuera. El marido es igual, o peor. Eric no demora en pasar por mí para ir juntos a hacer las compras (este es otro de los rituales compartidos que no abandona jamás). Tengo que darme un duchazo, porque eso de oler a «jaboncito chiquito» (léase «jabón de hotel») no es la voz. La visita familiar tiene un lado que agradezco: me libra de estar a solas con Eric esta noche. Te escribo al volver.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>
26 abr. a las 4:43 p. m.

Amalia querida, no me aguanto las ganas de decirte un par de cosas después de haberte leído. Primero, una confesión: tuve que meterme al baño para tocarme después de leer el *cunnilingus* (¿así se dice, no?) de X. ¡Otra vez! Me estás volviendo una enferma. Tú no te das cuenta de la suerte que tienes: tus besos con Eric, que seguro, te apuesto lo que quieras, van a resucitar pronto (porque tú y él se quieren y se merecen esa felicidad), y tu capacidad (por más esfuerzos que te cueste) de tener orgasmos... Tienes y siempre has tenido

madera para el sexo, chica. ¡Yo acabo de descubrir mi clítoris hace dos días! Ya me fregué, amiga: ahora solo quiero que Fer me bese ahí, y me tinca que no la tengo fácil, solo por mi culpa... ¿Sabes que nunca me he dejado hacer «eso»? Te pareceré una reprimida y una idiota, pero, pucha, es la pura verdad. Cuando recién nos casamos, Fer trató varias veces, pero le cerré las piernas de tal manera, que nunca más lo intentó. Pobre. O pobre yo, más bien. Gracias, gracias, gracias. Me has dado el empujón que necesitaba para terminar de idear mi encuentro con Fer de esta noche. Espero con ansias la continuación de tu carta anterior. Mientras, me voy a buscar un par de cosas que tengo que comprar.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

26 abr. a las 6:05 p. m.

Querida Verónica:

Te escribo aprovechando que Eric se encarga de picar la cebolla y de cortar la carne para el lomo Stróganov, convencido de que en realidad estoy aplicada en mi novela. Si dedicara a ella el tiempo que paso en este intercambio epistolar, ya habría escrito mis obras completas. Eric ha empezado a tomar vino. Qué miedo.

Nuevamente me halaga y me emociona haberte inducido al onanismo, que constituye, a mi humilde parecer, el máspreciado de los bienes. Pero lamento decirte que te equivocas al sobrestimar mi suerte. ¡Los besos! No tienes idea de cuánto he sufrido por ellos gran parte de mi vida. Ninguno de

los besos y agarres de los que me ufané ante ti y nuestras amigas del colegio existió de verdad. Más bien, hubiera dado la vida por que alguien me explicara cómo se hacía para besar bien, pues estaba segura de que, llegado el momento, yo haría mucho —o todo— mal. ¿Recuerdas que, cuando de chicas, les pedía a las más mandadas de nuestro grupo que nos narraran con lujo de detalles sus chapes y revolcones, como si me excitara y simplemente me divirtiera escucharlas? En verdad, querida Verónica, se trataba de un recurso desesperado por recoger instrucciones. Pero nunca me sirvió. Como me sentía irremediabilmente destinada al fracaso, cada vez que el chico que me gustaba se me acercaba, el pánico se apoderaba de mí y me paralizaba. Y cuanto más me moría por el dueño de esa boca, mayores eran el bloqueo y el terror.

Por eso, quizá recordarás, en cuarto de media me hice fama de *femme fatale* —felizmente no de calientahuevos, porque primero muerta—, pero eso se debió única y exclusivamente a mi secreta incapacidad de besar. ¿Te acuerdas de ese pata pelirrojo, bastante cojudo y feo, al que yo trataba pésimo y que me perseguía con una terquedad inquebrantable? Tenía una camioneta anaranjada y se vestía de anaranjado, como si no bastara con todo lo anaranjado que ya era él, y con todo lo que he odiado siempre ese color. Lo que te voy a contar ahora sucedió cuando tú y yo ya no nos veíamos y yo acababa de ingresar a Comunicaciones en la de Lima. Una noche salí al borde del llanto de una fiesta donde el chico del que estaba perdidamente enamorada me había ignorado olímpicamente. Para mi sorpresa, en la puerta, me di con que el sujeto anaranjado me esperaba, listo para rescatarme y llevarme a mi casa. Tal era la magnitud de mi desolación, que accedí y me subí a su enorme camioneta naranja. El tipo manejó mudo, con una enorme sonrisa que expresaba su gloria, pues me tenía ahí, sentada con él. Una vez frente a mi casa, apagó el motor y se quedó mirándome con su cara de cojudo

de siempre. Cuando yo, asqueada, me apresté a abrir la puerta para largarme casi sin despedirme, me tomó del hombro. Solo me tocó, pero, en ese instante, el contacto de su mano con mi cuerpo me venció como una droga. Me atrajo hacia él, y su boca fue un imán al que se pegó la mía. Lo besé. Y mientras lo besaba, una corriente eléctrica sacudió suavemente todo mi cuerpo y mi lengua se movió sola, despacio, dentro de su boca, junto a la suya. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, salí despavorida del auto y entré en mi casa dando un portazo a mis espaldas; pero sonreí. El anaranjado jamás se enteró del favor que me había hecho. Mi primer beso. ¡Uy! ¿Será por eso que me arrechan los hombres al volante? No, no, no. Nada de baratas interpretaciones pseudopsicoanalíticas. Todo lo que no te conté, a ti, querida Verónica, que eras mi mejor amiga, te dará, entre otras cosas, una idea de lo sola que estuve siempre.

Para entonces, yo ya había descubierto mi clítoris. Si en esto tú has pecado de tardía, yo lo he hecho de lo contrario. Era una niña cuando me diagnosticaron una infección urinaria que me producía insoportables picores y ardores en la vulva. «Hay que echarle esta pomada», dijo el pediatra. Mi madre me tendió sobre su cama, me despojó del calzón, abrió mis piernecitas, y empezó a pasar su dedo con el ungüento a lo largo de aquello que ocultaban mis pequeños labios, mientras escudriñaba la expresión de mi rostro, que pronto viró del alivio al placer. Sentí terror y vergüenza, quería pedirle que parara, y también que no se detuviera jamás. Ella siguió, y yo percibí cierto goce en su mirada. No dejó de tocarme, y su disfrute y el mío fueron crecientes; pero el mío estaba dolorosamente sometido al suyo, y eso a ella no solo no le importó, sino que alimentó su placer. «Listo», dijo de pronto, poniéndose de pie y dejándome ahí, temblando. «Vístete, hijita». Así descubrí mi clítoris, Verónica. Cuando ella me violó.

Luego llegaron las noches de terror bajo las sábanas con Mariana, cuando nuestra madre, después de hacernos rezar varios ángeles de la guarda, nos apagaba la luz dejándonos a merced de los fantasmas y demonios que se nos aparecían apenas se hacía la oscuridad. Mariana se metía en mi cama y, como en un acuerdo tácito, fruto del secreto aprendizaje de un sinnúmero de noches, nos entregábamos a tornar el miedo en placer: a besarme ella a mí, ahí, y yo a ella; a hacer lo que vulgarmente se llama, querida Verónica, un 69. Imagínate si le recordara hoy estas escenas a mi cucufata hermanita.

Con estos dos últimos párrafos me he corrido el riesgo de colmar tu tolerancia. Ojalá puedas escribirme antes de tener que meterme en la cocina con Eric, para quedarme tranquila. Si no, tendré que soportar la angustia de perderte, como dice el vals.

Besos,
Amalia

P. D. No se dice «*cunnilingus*», querida Verónica. Se dice «chupada de coño».

Vero <vero@suyo.com>

26 abr. a las 11:45 p. m.

Amalia querida, no te voy a negar que me has dejado choqueada, sobre todo con lo de la pomada. Pero escandalizarse es otra cosa, ¿ya? ¡Supera esa paranoia de una vez! Es más, a raíz de tu relato, que, no te mentiré, me ha dado escalofríos, me he acordado, de pronto, de algo que me ha palteado siempre.

De chiquita, mi mamá había viajado, y yo, como siempre que se iba de viaje, me quedaba a dormir en la cama con mi papi, tan amoroso. Una mañana, él me dio un beso en la boca. Un besito nomás, no creas que con lengua, ni nada de eso. Pero sentí terror y asco, porque me pareció como medio lujurioso. ¿Será por eso que nunca me han hecho mucha gracia los besos? No. Nada de interpretaciones filosóficas, como tú bien dices, ni pseudopsicoanalíticas. Estoy completamente segura de que eso me lo he imaginado yo y de que, si hubo mañosería de por medio, fue mía. Mi papi sería incapaz. Mejor cambio de tema, y te juro que no vuelvo a pensar en esto porque si no, ¿cómo voy a poder mirar a mi papi a la cara la próxima vez que lo visite en Cajamarca? Qué fuerte.

Cómo nos engañaste a todas en el colegio, Amalia. No lo puedo creer. ¿Tú, la *super woman* liberada? Me da un poco de rabia, si te digo la verdad, porque, pucha, que no me hayas tenido la confianza... También me siento un poco idiota por haberte creído. Pero, bueno, por algo habrá sido. Las cosas, amiga, pasan por algo.

Me he demorado en escribirte porque ha estado aquí Fer, que se acaba de ir. Como me quedé pensando en eso de que los hombres «se achican» cuando las mujeres tomamos iniciativas, decidí compensar el asunto del *sushi* esperándolo desnuda, esposada a un barrote de nuestra cama, como diciéndole «Haz conmigo lo que quieras». (También por eso me demoré... No me fue fácil conseguir un par de esposas, qué roche). Fue milagroso, porque se volvió loco (en el buen sentido) y se le recontra paró, aunque al final me sentí superfrustrada, porque lo que yo en verdad quería era que me besara ahí abajo... Pero no me atreví a pedirselo. Él, como si temiera perder en cualquier momento su erección, procedió a penetrarme de una. Pero mira cómo he mejorado, Amalia (por eso te digo que puedes hacer el bien con tus escritos, y no me importa que me digas que no): le rogué a gritos que me liberara una

mano para masturbarme, y él, que no lo podía creer, porque jamás le había pedido una cosa así, me obedeció al toque. Y lo hice delante de él, que me miraba alucinado. Por primera vez tuve un orgasmo con Fer. Tal era mi felicidad que estuve a punto de confesárselo cuando terminamos los dos, pero no dije nada. Nos quedamos tirados en la cama, de la mano, hablando sonseras y tomando vino. Fue un momento tan mágico, no te imaginas... Hasta que empezó a cabecear y yo, que me he tomado lo de la separación muy en serio, me puse a darle besitos como para despabilarlo.

Pero desperté al demonio. Me dijo que esto de la separación lo estaba perjudicando, que todas sus cosas estaban aquí, que su cuarto oscuro estaba aquí... Yo, ni corta ni perezosa (porque, ya te he dicho, me he vuelto bien mala cuando me molesto), le dije furiosa «Qué cuarto oscuro ni qué ocho cuartos, si tú ya eres puro Photoshop. Si siempre te vas a poner así, mejor no vengas más y nos separamos de verdad». Y mientras hablaba, me iba arrepintiendo de cada una de mis palabras, aunque sabía que ya era tarde.

Se quedó mudo y se levantó para empezar a vestirse. «Muy bien. No vengo más, pues», me dijo todo serio. Pucha, Amalia, lo había ofendido mal con lo del Photoshop... Cuando estaba a punto de rogarle que no se fuera y de pedirle perdón, ya había cerrado la puerta. Entonces me pareció que lo correcto era pedirle disculpas, porque, en verdad, si lo que quiero es que dejemos los insultos y todas esas cosas feas, por lo menos tengo que dar el ejemplo. Le escribí por WhatsApp diciéndole que en verdad no pienso lo que le dije y que para mí su trabajo sigue siendo lo máximo (pucha, le mentí, porque acá entre nos, Amalia, mucho más me gustaban sus fotos de antes, que eran artísticas de verdad). Casi me muero, porque se demoró en contestarme una eternidad, hasta que me escribió perdonándome y pidiéndome disculpas él también, porque hemos quedado en algo y él tiene que cumplir con su parte. Me prometió no volver a molestarse cuando lo

«botara» otra vez. También me dijo «Oye, pero qué tal polvazo, ¿no? Está buenaza la reinventada», y yo me derretí, feliz y orgullosísima. Al final me propuso que lo acompañe mañana a la presentación de una revista de modas y le volví a mentir (¡qué horror!): le dije que tenía una reunión con los clientes del libro sobre artesanía «justo a esa hora». Lo que pasa, querida, es que odio con toda mi alma a las modelos y a todas las flacas del mundo (a todas menos a ti, obvio), y solo de imaginarme ahí con todas esas regias, empiezo a enchancharme.

Espero que esté saliendo bien tu comida familiar. *Ay, sorry, mujer, pero ya no puedo dejar de imaginarte haciendo ya sabes qué con tu hermanita Mariana, ja, ja.*

Bye, bye.

Vero

Asunto: Estoy de malhumor

Amalia <amalia@propio.com>

27 abr. a las 4:13 a. m.

Querida Verónica:

Estoy de un humor de mierda. Eric se la pegó anoche de tal manera que no ha podido levantarse para ir siquiera a su *muay thai*.

Mariana y Juan llegaron puntuales y eufóricos como siempre —evidentemente venían «avanzados»—, botellas de vino en mano, justo cuando Eric había terminado de sellar los lomos Stróganov y ultimaba la salsa con una meticulosidad exasperante, calculando la crema de leche y el *roux* con taza y cucharas de medir —a estas alturas podría perfectamente hacerlo al ojo—, mientras yo sacaba del horno los bocaditos, unos triángulos de masa filo rellenos con hongos y queso. No sé si mi hermana empeora con los años o si mi intolerancia va *in crescendo*, pero no pude dejar de sentir cierta repulsión al verla toda maquillada, con peinado de peluquería y con un vestidito escotadísimo que exhibía sus tetas nuevas y sus musculosas piernas en toda su magnitud. Tuve que aguantar la respiración al darle el beso de saludo, pues desde lejos su perfume —seguramente muy ficho— ya se había impregnado en mis fosas nasales para marearme. Lo mismo me pasó con Juan, que siempre abusa de las detestables colonias masculinas.

Nos sentamos en la sala y Eric —ya embalado, pues se había bajado casi una botella mientras cocinaba— se encargó de servir el vino. Desde el

comienzo constaté que los lindos ojos color granadilla de Eric se posaban, involuntariamente, una y otra vez, sobre las tetas falsas y las superpiernas de mi hermana, mientras conversaban los tres. Para mí, sus voces habían pasado a segundo plano, convertidas en un rumor de fondo. Presa de la indignación, no hacía sino escudriñar la mirada de Eric, cuya evidente lujuria —que parecía hacer añicos los vidrios de sus anteojos al atravesarlos— me retorció las tripas. En esas estaba cuando la aguda voz de Mariana retumbó en mis oídos.

—¿Qué es de Elisa, ah? —preguntó, con un tono que ni siquiera intentaba ocultar su doble intención.

Yo la fulminé con la mirada y me dispuse a contestarle, pero Eric se me adelantó:

—Bien, feliz con sus clases de Teatro en la Católica. Están ensayando una obra. Podríamos ir a verla cuando se estrene —dijo amable.

—Yo voy, de hecho —declaré—. Elisa tiene un talento enorme. Qué suerte. Todo parece indicar que la actuación es lo suyo.

—Menos mal que eso lo tiene claro... Porque la pobre sigue confundida con lo del género, ¿o no? —lanzó agriamente Mariana.

Percibí que Eric iba a responder con condescendencia y me adelanté:

—No está confundida. Elisa es *gay*, Mariana, y probablemente en este momento esté tirando feliz con su linda chica... —dije sonriendo, y nuestros invitados se miraron escandalizados, para mi contento.

—Estoy de acuerdo con Mary —pontificó Juan apurando otra copa de vino—. Nadie puede ser feliz así, Amalia. No por gusto Dios nos creó varones y mujeres; no existen más géneros que esos dos. Todo lo demás está mal.

—¿Han ido al cine últimamente? —intervino Eric, pero sus palabras rebotaron contra las paredes.

—Por eso es que me preocupa mi sobrina, por lo que dice John —replicó Mariana—. Sin embargo, como tiene la suerte de haberse criado entre gente superdecente, de buena familia, en algún momento sabrá distinguir entre el bien y el mal, y entrará en razón. Yo siempre rezo por ella.

—¡Gracias, Marianita! —dije burlona, y agregué—: Voy a mezclar el Stróganov para ir sirviendo. ¡No me arriesgo a seguir escuchando más cojudeces!

—Tú no cambias, hermana... ¡Te ayudo! —exclamó Mariana haciendo el falso además de levantarse, mientras Eric se aguantaba la risa.

—No, Mary —dijo Eric con un tono que debía parecerle gracioso—, no nos abandones tú también.

Me levanté rabiosa, refunfuñando para mí misma «¿Mary? ¿No nos abandones?, ¿qué le pasa a este?», y entré en la cocina respirando hondo, con la esperanza de que la tarea culinaria me ayudara a despejar tanto sinsabor. Cuando movía el Stróganov dentro de la olla para calentarlo, alguien me tomó por la cintura y me habló al oído: «Dudo que este lomo esté mejor que la cocinera y más caliente que yo», musitó Juan farragosamente, mientras sus brazos me rodeaban cada vez más fuerte.

Me di la vuelta para zafarme, pero su boca me ganó y rozó la comisura de la mía, y yo, como por encanto, hipnotizada o poseída, me rendí de inmediato. Él lo percibió, pues se atrevió a decirme entre dientes «Te tengo unas ganas locas desde hace años». No sé qué me pasó, Verónica, pero no pude sino abrazarlo, tomándolo por el cuello. Y nos besamos, con un ímpetu que hacía tiempo se me había perdido. De pronto, el hombre empezó a agarrarme el culo y entonces me di cuenta de lo que estaba pasando. Como despertada de una pesadilla, me lo quité de encima y le dije, tan tajante como pude:

—Esto sí que está mal... Te vas a quemar en el infierno. Vete —y al escucharme, me escandalizó el moralismo de mis palabras, escapadas sin permiso.

Juan salió despavorido y yo me dispuse, aún jadeante, a servir la comida en las fuentes, que intenté llevar al comedor como si nada. Apenas nos sentamos —Eric al lado de Mariana y yo junto a Juan, a iniciativa de la pendeja de mi hermana—, mi marido y ella siguieron engarzados en una conversación cuyo contenido no pude registrar a causa de una rabia ensordecedora, pero que era, a todas luces, un pretexto para canalizar su arrechura contenida. Enloquecí buscando inútilmente la mirada de Eric; solo tenía ojos para ella.

Hasta antes de emparejarme con él, Verónica, he sido una enferma de celos capaz de torturar a mis hombres sin piedad, y hasta anoche estaba segura de que con Eric me había curado de eso, aunque sin mucho mérito de mi parte, pues él —casi único en su especie— era incapaz de sacarme la vuelta ni con el pensamiento. ¿Se acababa de desatar en Eric una faceta hasta ahora desconocida para ambos o yo había andado ciega todos estos años? Estas cavilaciones, unidas al reciente beso de Juan, cuya boca aún perturbaba la mía, me impidieron seguir en la mesa. Eso, y la borrachera de todos los presentes, que ya «prometía». «Chicos, no me siento bien», dije educadísima. «Me voy a acostar. Se quedan en su casa», añadí, y me retiré lo más dignamente posible.

Apenas entré en mi cuarto con el corazón desbocado, *Sofía* maulló y me miró con reproche (había tenido que encerrarla porque mi hermana, encima, les tiene fobia a los gatos). Acaricié a mi compañera, la besé en la cabeza, me zampé un clonazepam de dos miligramos entero, me desnudé, me puse un camisón, me acosté y cerré los ojos intentando calmarme. Pero solo venían a mi mente las miradas arrechas de Eric clavadas en Mariana y el beso de

Juan... No sé cuánto tiempo habré tratado de espantar estas imágenes turbulentas, cuando entró Eric tambaleante, murmuró algo incomprensible y se privó a mi lado, después de sacarse el zapato izquierdo empujándolo con el derecho, con gran torpeza. Empezó a roncar sorprendentemente pronto.

Intenté dormir, y solo logré dar vueltas sobre el antipático colchón. De pronto se abrió la puerta de mi habitación en tinieblas. El corazón se me paró, pero mantuve la calma y agucé la vista incorporándome a medias, hasta que lo pude ver: Juan se acercaba a mí, en silencio, tendiéndome una mano. Los ronquidos de Eric indicaban un sueño profundo, así que yo, como sonámbula, tomé la mano de ese hombre y salí con él de la habitación. Una vez que llegamos a la sala, me tendió en el sofá y se posó suavemente sobre mí. Entonces me besó otra vez. Su boca era tibia y dulce, y con sus dientes mordía suavemente mis labios entreabiertos, mientras mi lengua se paseaba sobre los suyos con delicadeza. Nuestra arrechura era galopante. Se abrió el pantalón y empuñó una pinga férrea, brillante, con la que empezó a frotarme suavemente, hasta casi hacerme terminar. Juan me tapó la boca cuando mis gemidos amenazaron con tornarse en gritos y me la metió, muy despacio, mientras con un par de dedos acariciaba mi clítoris, tal como lo hubiera hecho yo. No tardé en irme en un orgasmo que me convulsionó toda, y él me siguió echando la cabeza para atrás, con el torso erguido. Cerré los ojos tratando de calmar mis latidos y mi respiración, hasta que recobré la cordura. Luego sobrevino la angustia y musité, desesperada «¿Qué estoy haciendo? ¿Qué he hecho?». Me incorporé con fuerza para quitarme de encima a mi cuñado, y me vi sentada sobre mi cama, empapada en sudor, con un estrepitoso ronquido al lado que terminó de despertarme. Me levanté, todavía fuera de mí, y me vine a escribirte.

Verónica, ¡acabo de tirarme a un hombre que, además de ser mi cuñado, es un huevón a la vela! ¿Por qué justo él tenía que lograr erotizarme de esta

manera? Se acaba de repetir —en versión empeorada— la historia del hombre anaranjado que te conté. Estoy mal hecha, Verónica, la naturaleza me traiciona cuando finalmente me hace el favor de volver a mí, con toda su fuerza. Espero que este sujeto no abra la boca. Por Dios que lo capo. Después de negarlo todo hasta la muerte, por supuesto. Tú sabes que eso es lo que hay que hacer siempre, ¿no? Negarlo todo hasta la muerte, digo. Te dejo porque creo que finalmente me está entrando sueño y quiero dormir aunque sea un rato. Qué desolación.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>
27 abr. a las 8:33 a. m.

¡Me la hiciste! ¡Eres una mala! ¡Me creí toditito tu polvo con el cuñado y casi me da un infarto! Pero no, chica, no exageremos. Tener un sueño húmedo no es igual que acostarte con el fulano de carne y hueso, no me vengas. Yo no te creo capaz de hacerle eso a tu hermana en la vida real, ni hablar. ¡No hay forma! De hecho, me parecería pésimo. Pero bueno, si llegara a suceder, ¿igual me lo contarías, no? ¡Por favor! Porque yo no te juzgo, tú sabes. (De eso se trata aquí, ¿no?, de contarnos las cosas «a calzón quitado»).

Y lo de la cocina, fue un desliz nomás. No te hagas más paltas, mujer. El tal John te agarró con la guardia baja y todo parece indicar que, por más idiota que sea, tiene sus encantos. Tú tranquila. Yo pondría mi mano al fuego por que el sujeto no va a decir ni «mu». Acuérdate de mí. ¿No quedaría igual o peor que tú? Y lo hecho hecho está, y a lo hecho, pecho, como dicen. Solo

te aconsejaría, no sé, ¿evitarlo un tiempo? Como una no es de hierro, y estás en toda tu búsqueda...

Sí me has dejado lela con lo de tu ataque de celos durante la comida. (Dicho sea de paso, qué capa eres, me encanta cuando escribes los diálogos con los guiones, esos largotes, me siento superorgullosa de estar maileándome con una escritora de verdad). Pucha, jamás me imaginé que una mujer como tú, tan, no sé, tan guapa, tan segura, tan sexi, pudiera haber sentido celos en su vida. ¿Quién va a tener la necesidad de sacarte la vuelta a ti? Aunque, pensándolo bien, si Brad Pitt engañó a la mamacita de Jennifer Aniston... Claro, le sacó la vuelta nada menos que con Angelina Jolie... En fin, tú entiendes lo que quiero decir. Eso sí: una vez más, Amalia, queda claro que me tuviste engañada durante los muchos años que anduvimos juntas. ¡Amalia celosa! ¡No lo puedo creer!

A mí también me ha pasado una cosa locaza, que me hace pensar que entre tú y yo hay una conexión extrasensorial o algo así. Jamás se me ha ocurrido que Fer podía serme infiel, ni en sueños. Él es superhonesto, y además nuestra relación es tan tormentosa y apasionada que ni tiempo ni ganas nos deja para pensar en otra cosa. Pero ahora, ¡chócatela!, ¡creo que estamos en las mismas!

Pienso que de repente he sido siempre una tarada y Fer me saca la vuelta. Esto, Amalia, se me ha ocurrido solo ahora, justo cuando estoy descubriendo el sexo de verdad. ¿Será que ese «despertar» viene con sus celos más? No creo, ¿no? Sería injusto, la verdad. Bueno, en todo caso he pensado esto a partir de una llamada de la Luchi Araya. Me dijo que se había encontrado con Fer en la presentación de la revista de modas y me preguntó por qué no fui (le mentí, obvio). Luego me soltó lo que ha alterado mis pensamientos: «Cuida a tu maridito nomás». ¡Literal! ¿Qué significa eso, Amalia? ¡Que, por lo menos, lo vio coqueteando con otra! Me provocó matarla, pero me hice la

loca y me las arreglé para colgarle rápido con la excusa de que tenía que hacer muchas cosas esta mañana, pero en realidad porque me había clavado una espina bien fea. Te juro que yo sí soy capaz de cualquier cosa si me entero de que Fer ha estado con otra. Tú eres pura boca, pero yo sí saco cuchillo, o pistola, en serio. O sea, si llego a amparar a Fer, vas a tener que ir a visitarme al Penal de Mujeres de Chorrillos ¿O ni siquiera así nos daríamos permiso tú y yo para vernos? No creo que me dejen llevar mi *laptop* a la cárcel, te advierto... Mejor dejo de pensar tonterías, que la mente es muy fuerte y puede atraer desgracias. Te dejo porque tengo clase de yoga ahoritita. Ojalá me tranquilice... ¡Pensemos en positivo!

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

27 abr. a las 8:53 a. m.

Querida Verónica:

Pues sí: los celos me han carcomido sin clemencia desde la primera vez que me enamoré. Te parecerá una locura, pero justamente a causa de ellos me volví empedernidamente infiel. Cuando estaba en la universidad —no había cumplido los dieciocho—, mis papás no me dejaron ir, por más que les lloré, a un campamento en la playa Bermejo. Sabían que quería ir con el hombre que sospechaban —siempre intenté ocultarles todo— era mi enamorado, el diablo encarnado que robaría mi virginidad. Creo que jamás odié tanto a mis padres como esa vez, lo que es mucho decir, porque vaya si los he aborrecido durante años. Se llamaba Mauricio, y aunque era conocido por mujeriego, yo

estaba segura de que estaba perdidamente enamorado de mí. Me quedé confinada ese fin de semana en nuestro departamento de Ancón, atormentándome con la idea de que Mauricio estaría agarrando con un cuerazo en su carpa, tirando con una en el mar, revolcándose con otra sobre la arena... Tal era mi martirio que me negué a bajar a la playa a pesar de la insistencia de mis amigos anconeros de la infancia.

Hasta que una mañana entró en mi cuarto Nacho, un pata bastante mayor que yo, una especie de confidente y hermano, y un completo pinga loca a quien, sin embargo, mis padres adoraban y creían un santo. «Vamos a dar una vuelta, Amalia, desahuévate», me dijo. Y entonces vislumbré oscuramente que él personificaba la oportunidad de mi vida. No lo pensé ni un segundo y ya estábamos en su auto embriagándonos con guinda, camino al balneario de Santa Rosa. No sé dónde tomó un desvío que nos llevó hacia una carretera de tierra en medio de unas dunas hermosas, interminables, silenciosas. Bajamos ahí y caminamos un poco, riendo bajo los efectos del ese licor infame que seguíamos bebiendo del pico de la botella. Hasta que nos tendimos sobre la arena y él empezó a besarme, a tocarme toda, y yo lo dejaba hacer con un placer inédito, que no era sexual, sino producto de estar haciendo eso que, según yo, Mauricio hacía en Bermejo con otras. Si por Nacho hubiera sido, habríamos terminado tirando, pero lo detuve cuando estábamos a punto y, claro, él se picó un poco. Horas después, me vi abrazada del wáter del departamento de Ancón, vomitando el alma con mi madre sosteniendo mi frente y mi larga cabellera, sintiéndome morir, pero con la secreta satisfacción que me proporcionaba la certeza de que Mauricio no me había agarrado de cojuda. Esa fue la última vez que chupé en mi vida. Y ese día marcó mi futuro amoroso: cuanto más me enamoré, más celos padecí y, por ende, más infiel me vi obligada a ser. Hasta que conocí a Eric... Uy, justamente se acaba de despertar y se me ha presentado aquí con una cara de

resaca terrible. Me da pena verlo así, pero sigo furiosa con él. Te dejo por un rato y vuelvo luego. Tiene que salir volando a dictar su clase de Filosofía Antigua en la universidad.

Acaba de irse. Es increíble la capacidad de negación que tenemos los seres humanos: no se acuerda de nada de lo que pasó anoche. Por más que yo había decidido —créeme, Verónica— que esta vez lo confrontaría de verdad, no pude. No sé qué mierda me impide decirle cuánto me jode, me hiera. Y sospecho que todo se reduce a que admitir mis celos revelaría una inseguridad vergonzosa. En fin... Me hice la cojuda, como siempre con él. Hemos quedado en ver una peli comiendo juntos en la cama esta noche. ¡Qué lindos!

Te voy a confesar algo que me avergüenza: no logro sacarme de la cabeza ni el beso en la cocina, ni el sueño con mi horrible cuñado, y constato el enorme poder erótico de la evocación. Apenas me descuido, rememoro cada uno de esos instantes, y me estremezco. Es terrible, Verónica, porque esos recuerdos, ese reconstruir el contacto con su boca, su abrazo, su pinga dentro de mí y hasta el más mínimo detalle, resultan más excitantes que la realidad misma. Tengo que sacudirme, con carácter de urgencia.

Me ha escrito X para volver a vernos, pero sus mensajes esconden mal una peligrosa vehemencia. Me reafirmo en la decisión que mi olfato me indicó el otro día: no lo vuelvo a ver. Más bien voy a salir con un «amigo» al que conocí hace algún tiempo en el Messenger (tú sabes que yo no uso la cuenta de Facebook que creé bajo un seudónimo hace tiempo, pero sí el *chat*, que puede resultar muy útil para estas lides). Luego saldré a correr varios kilómetros de malecón con los Beatles clavados en mis orejas a todo volumen. Al regreso espero empezar a escribir en serio mi novela en lugar de tirarme a seguir con *Breaking Bad*, que me tiene cautivada. He tomado una decisión, al fin, después de mil esbozos y de darle tantas vueltas al asunto: mi

libro será el diario en el que una veinteañera relatará sus aventuras sexuales.
¿Qué te parece?

Beso,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>

27 abr. a las 12:47 p. m.

¡Me encanta la idea del diario! ¡Superchévere! ¡Suerte con eso! Oye, Amalia, ¿por qué no le captas el lado positivo a tu desliz con John? No sé por qué a veces es como que si te empecinaras en verle el lado feo a las cosas. Fíjate: el pata (imbécil y cuñado, qué importa) te ha resucitado eso que tenías ahí adormecido. ¡Ha hecho galopar a la yegua salvaje que hay en ti! Pero eso sí, querida, tienes que aprovecharlo bien, me parece. Deberías canalizar todo hacia tu objetivo mayor, que es la felicidad plena con tu marido. A veces (te lo digo con todo respeto, no te me vayas a molestar) me parece como que pierdes un poquitín el rumbo.

Con lo que no atraco de ninguna manera (y no hay forma, te aviso) es con que te encuentres con un pata salido del Messenger. O sea, no te pases... Eso no es ser mandada, sino loca (otra vez, con todo respeto). ¿Cómo te atreves a salir con un ilustre desconocido? ¿Y si te toca un psicópata de esos? Me muero de los nervios, amiga. Alucino que si sigues así, un día vas a terminar cortada en pedacitos dentro de una maleta.

¡Amalia! ¡Me acaba de pasar algo horrible! Estoy temblando de pies a cabeza. Justo te estaba escribiendo y me paré a traerme una copita de jerez heladita, (porque ya es mediodía, ¿no?) y al regresar me encuentro con Fer bien sentado frente a mi *laptop*. Entré en pánico, porque me miró feo. Había

entrado con su llave (aunque me había parecido de mal gusto quitársela, la verdad es que ahora siento que es el colmo que la use así nomás, sin avisar). Mi impulso fue cerrar la *lap* y alejarla de él, pero, ni sonso, Fer al toque se dio cuenta de que le estaba escondiendo algo. Es que, Amalia, yo no tengo experiencia como tú, porque nunca en mi vida he ocultado nada y lo hago muy mal... ¡Ahora resulta que cree que tengo a alguien! Me agarró a gritos: «¿Tú crees que soy cojudo? ¡Todo el día estás pegada escribiéndote con alguien con el cuento de que estás diseñando!». Y luego no paraba de repetirme «¿Crees que me vas a agarrar de huevón?». Le dije, furiosa (porque sus celos como que despertaron los míos), «¡El ladrón cree que todos son de su condición, Fernando! Por eso te pones así, porque me estás sacando la vuelta con una de tus modelos flacuchentas». En fin...

Amalia, no paramos de insultarnos, y lo hacemos cada vez peor. Hasta me dijo «¡Paranoica, loca, menopáusica!» (¿puedes creerlo?), mientras yo le gritaba «¡Pipiléptico, vendido, arribista! ¡Lárgate y no regreses!», abrazando mi *laptop* con todas mis fuerzas y llorando a mares. Por supuesto, se fue tirando la puerta y jurando que no volvería jamás. Me he quedado destrozada y, además, me mata la paranoia. Ay, Diosito, preferiría que Fer me encontrara con cuatro negrazos en la cama (qué vulgar estoy, de puros nervios) a que haya leído lo que tú y yo nos escribimos. Y si ha visto mi historial de navegación, con todas las investigaciones pornos, ¡me muero! Ahorita borro todos nuestros correos (¡qué pena me da, te juro!) y los archivos... Te confieso que primero escribo estas cartas en Word para que el corrector me ayude con las faltas de ortografía, porque qué vergüenza... Amalia, no paro de llorar. Le he escrito varios mensajes pidiéndole hablar cuando nos calmemos, y solo me ha respondido «No me busques más». Ahora sí lo perdí para siempre. Me quiero morir.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

27 abr. a la 1:18 p. m.

Querida Verónica:

Me da mucha pena que estés sufriendo, pero necesito saber, *ya mismo*, si Fernando llegó a leer nuestra correspondencia. ¿Cómo es posible que no tengas clave para entrar en tu computadora? ¿No te das cuenta del riesgo que corremos? «Corremos» es un decir, Veroniquita, porque la verdad es que si Fernando leyó, la única jodida soy yo: francamente, tus cartas y el historial de búsquedas que llamas « pornos » solo dan cuenta de tu infantilismo y de tu ingenuidad sin límites. Es muy fácil que Fernando logre identificarme. No sé cómo vas a hacer, pero me comunicas en el acto si Fernando leyó o no. De lo contrario, nuestro intercambio termina aquí.

Amalia

Amalia <amalia@propio.com>

27 abr. a la 1:28 p. m.

Verónica, ¿por qué no me contestas, carajo? Me estoy comiendo las uñas. ¡Necesito saber! Esto no es broma.

Amalia

Vero <vero@suyo.com>

27 abr. a la 1:37 p. m.

Puedes estar tranquila, Amalia. Fer no ha leído tus mensajes. Me lo habría dicho; él nunca se calla nada. Te advierto que no me ha gustado nada cómo me has escrito, así que esta sonsa, infantil, ingenua te dice «Chau».

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

27 abr. a la 1:45 p. m.

Querida Verónica:

Discúlpame, por favor.

Tienes razón. Soy una bestia. He sido ofensiva contigo porque estaba aterrada. No pienso que seas infantil ni ingenua o, en todo caso, me encanta cómo eres y cómo me escribes. No me abandones, ¿ya? Solo prométeme que le vas a poner una clave de acceso a tu computadora y que tendrás más cuidado, por el bien de ambas. ¿Sí? ¿Y me perdonas?

Te digo lo de la clave porque una nunca sabe, Verónica; si hasta yo le reviso el teléfono y el correo a Eric cada vez que puedo... Ah, también puedes ponerles clave a los archivos de Word. No será nada difícil para ti, que eres una chica cibernética. Espero tus noticias; quiero saber cómo estás, en serio.

Muchos besos,

Amalia

Vero <vero@suyo.com>

27 abr. a las 8:35 p. m.

Bueno, Amalia, te perdono... Y ya le puse clave a todo, por si acaso. Pero nunca más me escribas así, tan feo, ¿ya?

Acabo de llegar a Cajamarca. Llamé a mis papis para que reservaran la *suite* de su hotel y me tomé el primer avión que pude. Estaba tan triste por lo de Fer (y también por tu culpa) que necesitaba este calor de hogar, sentirme, no sé, como protegida...

Te cuento que he tomado una decisión: no pienso escribirle un mensaje más a Fer, ni muerta. Y si él me busca, no me va a encontrar. O sea, se acabó. Oye, Amalia, no te puedo creer: eso de revisarle las cosas a la pareja es *de última*. Yo sí creo que el amor se basa en la confianza mutua y sería incapaz de hacer algo así. También por eso estoy tan decepcionada de Fer. Jamás me imaginé que pudiera desconfiar de mí. Me voy a montar el caballo que me acaban de ensillar o me pongo a llorar otra vez.

Bye, bye.

Vero

Vero <vero@suyo.com>

27 abr. a las 10:51 p. m.

¡Hola! ¡Ay, Amalia...! ¡No sabes todo lo que me ha pasado! Regresé de montar (fue deli, te juro, recontra terapéutico) y me encontré con un mensaje de Fer en mi teléfono. Nos pusimos a chatear. Seguro piensas que caigo redondita apenas me ruega perdón y también seguro te aburren mis historias con Fer, que parece que se repiten igualitas, pero no, no sé, lo he sentido

como diferente. Se disculpó, sí, pero reconoció que en el fondo es recontra machista y le da inseguridad sentirme a mí más mandada, más sexual, aunque eso a la vez le encanta (pucha, me emocionó que me dijera eso). Me pidió que sigamos tratando, aunque sepamos que esto de las peleas no va a cambiar de la noche a la mañana. Estuvo superlúcido y amoroso. Hemos quedado, bien picarones, en hablarnos más tarde por Skype. Yo, sin querer queriendo, ya tengo una sorpresita en mente...

Hay algo que no te había contado porque tú sabes que me encanta sorprenderte con mis innovaciones eróticas: antes de pelearme con Fer, recontra arrebatada, llamé a un Uber para que me llevara a un *sex shop* que busqué por internet. Para esto, qué roche con el taxista, que se dio cuenta de todo porque saqué de mi cartera un pañuelo que me puse en la cabeza y unos lentes oscuros de mi mamá, tipo los de la Jackie Kennedy, y bajé al centro comercial donde está la tienda así, disfrazada. Tú sabes que Lima es un pañuelo. Bueno, creo que me he comprado *el* vibrador, porque costó un ojo de la cara. Entre el apuro y los nervios, no me enteré de qué cosas más había en la tienda, salvo unos penes atterradoramente enormes, pero seguro volveré. Pensaba usar el vibrador con Fer, pero ahora que me he quedado solterita lo usaré sola con mi alma. Pucha, por más triste que estoy, ¡ahora nadie me quita lo bailado, Amalia! Me voy a tomar lonche con mis papis y regreso. Dejo este mensaje sin enviar porque veo que tú no me has escrito. Ya vuelvo...

Acaba de terminar mi sesión por Skype con Fer. Pucha, te advierto que estoy bastante zampada, así que me perdonarás si estoy más desordenada que de costumbre. Apenas nos conectamos, me planté en el suelo asegurándome de que la cámara me enfocara de cuerpo entero, desnuda, de espaldas a él, con mi botas de equitación puestas y mi fute en la mano. Pucha, me atreví a todo gracias al pisco que había tomado y que seguía tomando durante mis

preparativos para agarrar valor, porque te juro que me sentía una chancha después del picante de papa con cuy y del chicharrón con mote que me había tragado con mis papis...

Bueno, ahí estaba yo, parada, recontra sexi, y al apretar el botón de mi teclado que puso a sonar la música famosa de *Nueve semanas y media* (ya sé que es un cliché, pero no se me ocurrió otra y esa canción me inspira horrores), taratá, tatá, tararatá, tatá, me volteé hacia la pantalla y descubrí que Fer me miraba, también desnudo, echado sobre su cama, con su miembro erecto (¡asu!, ¡y eso que yo todavía yo no había hecho nada!) entre las manos y una cara de excitación que ni te cuento. Entonces lo señalé con mi fute, como llamándolo, moviendo las caderas al ritmo de la música, recontra sensual, y luego me llevé el fute a la boca y empecé a acariciar mis labios con él, y a lamerlo. Después decidí pasármelo lentamente por la nuca y el cuello, acariciándome, sin quitarle la mirada de encima a Fer, que enloquecía cada vez más, con una preciosa sonrisa en los labios, y eso sí me gustó, me excitó bastante. Entonces deslicé el látigo entre mis tetas, y sentí cómo mis pezones se endurecían, como pidiéndome que los tocara también, y los rocé, haciendo saltar el fute de uno al otro al compás de la canción, alejándome y acercándome a la cámara según mi inspiración.

Ya para ese momento yo tenía cero vergüenza y mi cuerpo (hermoso, porque te juro que ya no le sobraba ni le faltaba nada, y mis tetas y mi poto y mi barriga y mis brazos y mis piernas eran perfectos) como que se movía solo, poseído por la música, hasta que le di la espalda a la cámara (o sea, a Fer) y me incliné hacia adelante de modo que mi trasero se viera en todo su esplendor, y hacia allí se dirigió mi látigo, primero para pasarlo entre mis nalgas, que se bamboleaban rítmicamente, y luego para azotarlo contra ellas, al comienzo despacio, como tanteando, y cada vez más fuerte, hasta sentir el límite del dolor con el placer. Yo misma me sorprendí de cuánto me gustaba

esto de latigüearme y, cuando me volteé, siempre bailando, me di con Fer en la pantalla masturbándose a todo dar, extasiado, y entonces yo también me excité al máximo y solté el fute, salí de cuadro, y volví a aparecer, vibrador en mano, y arrastrando una silla sobre la que me instalé con las piernas muy abiertas, de modo que Fer lo viera todo en primerísimo plano.

Por un momento temí que la incursión del aparato le bajara todo al hombre, porque su expresión reflejó como que asombro, pero no, él siguió mirándome loco, moviendo su mano con fuerza. Entonces instalé el vibrador ya encendido sobre mi clítoris, y no tardé en llegar al clímax de los clímax, y entonces me lo metí hasta adentro, y pude ver cómo Fer eyaculaba gimiendo. ¡Era la primera vez que teníamos un orgasmo al mismo tiempo! La felicidad fue total, qué te puedo decir...

Una vez que nos calmados, llevé la compu a la cama y nos quedamos tomando pisco (yo) y vino (él), hablando sonseras a través de nuestras pantallas. ¿Ves, Amalia? Cuando todo parece perdido y oscuro, llegan la felicidad y la luz. Estoy viendo triple... Me voy a dormir, *baby*, previa ducha y antihistamínico, porque tengo urticaria por todo el cuerpo. Creo que el fute de mi papá, que saqué de un viejo armario, estaba lleno de hongos y de ácaros. ¡Y desde mañana, dieta! Voy a soñar con los angelitos.

Bye, bye.

Vero

Asunto: Eres mi heroína

Amalia <amalia@propio.com>

28 abr. 8:07 a. m.

Querida Verónica:

Chapeau! Tu *striptease* cajamarquino me ha parecido de lo más excitante. Qué envidia me da que todo sea tan nuevo para ti, y también me conmueve profundamente cómo te has puesto en la tarea de descubrirlo. Te estás convirtiendo en mi heroína. Yo he tenido la mala suerte de que me venga a mover el piso justo el sujeto menos indicado, pero creo que tienes razón: mi cuñado me ha hecho el enorme favor de demostrarme que eso que creí dormido para siempre puede resucitar, y esta constatación me esperanza.

¿Sabes que el pobre —ya me da lástima, lo confieso, porque idiota y todo le tengo un cariño que no puedo negar— me llamó hace un rato por teléfono? Me habló con voz toda acartonada, nervioso y deshilvanado. «Amalia, quería decirte que... estaba muy borracho... Eso que pasó en la cocina... Disculpa...», me dijo. Yo lo interrumpí. Normalmente, mi reacción hubiera sido —no es la primera vez que recibo una llamada semejante, lo que me demuestra lo poco originales que somos los seres humanos— contestarle tajantemente «No sé de qué me hablas. ¿En la cocina? John, has alucinado». Pero no. Como él anda pregonando el valor supremo de la familia y de lo que está «bien» y, encima, el muy machista, se disculpa por un beso que nos dimos *los dos*, llevándose todo el crédito, no me aguanté las ganas de hacerlo sentir mal. «Te vas a ir al

infierno, Johncito. Anda y confiésate ahorita», le espeté. Se quedó mudo, y solo tras comprobar su perturbación, me suavicé, me reí y le dije que se relajara, que no había pasado nada. Pero su llamada, Verónica, fue milagrosa: colgué, y pude sentir cómo este hombre indeseable abandonaba mi cabeza. ¡Al fin!

Cuando Eric llegó de su clase en la universidad con una bolsa de Delifrance en la mano, los estragos de su resaca eran evidentes. Yo, como siempre, me acerqué a la puerta apenas lo oí entrar, y él, como siempre también, me saludó con un besito en la boca. Se quedó de pie en la entrada y me miró suplicante.

—He estado con náuseas todo el día, recién me ha dado hambre. ¿Comemos? —preguntó, señalando los bocaditos.

—Sí, comamos —le dije, tomando la bolsa y disponiéndome a dejarla sobre el comedor para poner la mesa, pero él me detuvo.

—En la cama, Amalia, por favor —suplicó como un niño— ¡Solo por hoy! Anda, di que sí.

—Ya, bueno, pero pobre de ti si cae una sola migaja —le dije sonriendo, y me dirigí hacia la cocina en busca de lo necesario para que el «pícnico» resultara lo más aséptico posible.

Cuando entré en el cuarto, cargada de manteles y de un azafate con platos, servilletas y cubiertos, lo encontré en bóxer, tendido sobre el colchón. Dejé las cosas en una esquina de la cama, al lado de donde él había puesto la comida, y me quedé mirándolo.

—Sácate todo y ven —me dijo como tantas veces, mirándome con deseo mientras metía la mano debajo de su bóxer.

No me lo esperaba, dado su lamentable estado físico, aunque la experiencia me ha enseñado que las resacas pueden acompañarse de tremendas arrechuras, e hice lo que me pedía. Me tendí desnuda a su lado, de

costado, mirándolo fijamente, pero, en realidad, mi atención estaba puesta en mi propio cuerpo, atenta a si acusaba o no alguna respuesta, que nunca llegó. Entonces él abrió mis piernas con sus manos y yo adiviné —no había que ser bruja, Verónica, me sé de memoria su *modus operandi* sexual— que lo que venía era una metida de mano para excitarme y metérmela, pero yo —haciendo gala de un coraje inesperado— lo contuve y le rogué «Espera, bésame» (no le dije «Besémonos como antes», porque quería evitar cualquier tufo a reproche), y apenas puse mi boca en la suya muy suavemente, me zampó una lengua rígida que buscaba la mía moviéndose como una hélice contra mis encías y mis dientes. Me armé de valor y lo aparté con suavidad, susurrándole con toda dulzura «No, así no, mi amor... Despacito, así». Me miró con un desconcierto que por suerte no afectó sus ganas, y luego me dejó hacer, y empecé a mover mis labios sobre los suyos, rozándolos largamente, y dejé que mi lengua blanda y lenta los lamiera con delicadeza hasta animarse a buscar la suya, que se relajó al contacto con la mía y la siguió con un ritmo pausado. Y así se recorrieron mutuamente, jugaron punta con punta, probando todas las variantes de este contacto tan poderosamente arrechante, hasta que no pudo más y apartó su boca de la mía para pasar sus dedos sobre mi clítoris mojado mientras se acomodaba sobre mí, colocando su pinga para frotarla contra él. Me la metió con menos apuro que siempre, y empezó a moverse lento, y me preguntó con respiración entrecortada «¿Te gusta?», y yo le respondí «Sí», porque sí me gustaba, pero no le dije cuánta falta me hacía besarlo más, y entonces, resignada, le dije «Ven, quiero que te vengas». No tardó en obedecerme, y lo hizo dentro de mí, con un gemido ahogado. Nos quedamos un rato mirando el techo, él recobrando el aliento y yo sintiendo, contenta, que no todo estaba perdido. «¿Ahora sí, bocaditos?», escuché de pronto, y asentí en silencio. Mientras comíamos panes con patés,

quesos, terrinas y jamones sentados sobre la cama, sentí unas ganas súbitas, incontenibles, de hablar, y me llené de coraje para hacerlo.

—Les tengo mucho cariño a Mariana y a Eric, ¡pero qué desubicados y cojudos son, por Dios! Ayer me provocó matarlos. Siempre tienen que meterse con Elisa, sin el menor respeto y como si no hubiera otra cosa de qué hablar —solté, como tanteando el terreno.

—Tienen sus cojudeces, pero a mí me da igual lo que digan de Elisa. Hasta me divierten. No me joden porque no me los tomo en serio... —me contestó, con toda tranquilidad.

—Yo no soporto su doble moral y su intolerancia de mierda. No sé cómo puedes, Eric —repliqué, evitando sonar demasiado agria.

—Linda, ser así de intolerante con los intolerantes también es signo de intolerancia —dijo, seguro de haber pronunciado algo gracioso, mientras se echaba y acomodaba su cabeza sobre la almohada.

Entonces quise elegir bien mis palabras, me envalentoné, y hablé sin mirarlo, mientras recogía platos y sobras, y ponía todo sobre una cómoda.

—Ese es el problema, Eric: a ti nada te molesta, o te lo guardas todo. Y aguantas a Mariana porque te gusta, porque, si por ti fuera, te la tirarías. ¡No le quitaste los ojos de encima! Te digo esto porque tu arrechura con ella me ha dolido. En cambio, tú jamás me dices nada de lo que te molesta de mí —proferí, intentando sonar ligera.

No hubo respuesta. Me volví hacia él para enfrentar el inédito efecto de mi sinceridad, y lo descubrí durmiendo como un bebé. ¿Te imaginas? No había escuchado lo único que verdaderamente necesitaba decirle. Sentí rabia, pero también cierto alivio. Me eché a su lado. Miré su boca. Recordé el beso reciente y sonreí. Me acurruqué junto a él pensando «Así eres. O te quiero así, o te quiero así, no queda otra». Entonces me apoyé sobre su pecho, acariciándolo, y sentí que algo dulce me calentaba por dentro, como si mi

sangre se hubiera convertido en una miel tibia, y me dije *¿Qué es esto? Es amor, creo. No quiero perderlo. No lo voy a perder.* Resultado de lo cual, querida Verónica, he tomado una decisión que, creo, te va a encantar: no voy a tirar con ningún otro hombre. Se acabaron mis andanzas: voy a dedicarme a resucitar mi cuerpo con Eric. Y no es solo porque logré, aunque brevemente, recuperar nuestro fantástico beso; es porque me he dado cuenta de que quizá me equivoqué al creer que si lograba despertar con un hombre, lo haría con los demás, partiendo del supuesto, también falso, de que solo tengo un cuerpo. ¡Verónica, acabo de verlo con claridad! No soy siempre la misma, sino varias, y me transformo, ingobernable, dependiendo de con quién me encuentre. El dilema no es si estar con uno o con varios, sino cuántos cuerpos estoy dispuesta a ser. Es este —el que ha reaparecido hoy con Eric— el que quiero recuperar. Ahora me voy a desayunar con él, que se acaba de despertar.

Acabo de leerme. ¿Me estaré volviendo loca?

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>

28 abr. a las 9:01 a. m.

Amiga, he visto que me ha entrado un correo tuyo, pero, pucha, la cabeza me revienta de la resaca. Me tomo una pastillita, duermo un poquito más, y te juro que te leo y te escribo como Dios manda. ¡Me estoy muriendo! Yo que quería montar a caballo... ¡¡¡Ayyy, quiero a mi mamáááááá!!!

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

28 abr. a las 9:40 a. m.

Querida Verónica:

No puedo imaginarme recurriendo a mi madre bajo ninguna circunstancia, y no porque ahora ella esté con alzhéimer avanzado. Ya mi querida hermanita Mary se encargó de recordarme que hace más de dos meses que no piso la casa de reposo, pero me vale, literalmente, madres... He llegado a aceptar — con los años, después de mucho obligarme y castigarme— que no tengo por qué quererla y que no me hace ninguna falta. Más bien siento que finalmente me liberé de ella. A mi padre, en cambio, lo extraño de un modo que ni yo misma me atrevo siempre a explorar. Seguramente te enteraste de que murió hace como diez años. ¿Lo recuerdas? Él te adoraba. Lo extraño tanto, que incluso me privo de pensar en él. Cuando su recuerdo aparece, como ahora que te escribo, siento el mismo dolor en las entrañas que me hizo correr de la casa hacia la calle para gritar su muerte. Cómo extraño abrazarlo, Verónica. Cuando de chica me sentía tan sola y rara, así como vuelvo a sentirme ahora, me amarraba a su pecho y lo respiraba todo. Te muestro el «poemita» (esta palabra queda muy grande, lo sé, pero qué diablos, te lo transcribo igual) que encontré hace poco. Lo escribí a los quince, como si hubiera sabido lo que sentiría ahora:

Así te abracé, pegada a tu pecho, enterrada

mi cara en tu hombro,

Queriendo que todos los hombres se parecieran a ti,

Que olieran a ti y me respiraran, así, al oído,

como tú.

Extraño el colchón de tu cuello,

El de todo tu cuerpo.

Nadie se parecerá a ti,

No volveré a abrazar a nadie así.

¡Basta, que me pongo a llorar! Mejor hablemos de algo más ligero: ya te he dejado saber que cualquier cosa que se parezca a una familia me produce espanto, pero ahora te regalo un secreto indecible: muchas veces agradezco al cielo que los padres de Eric hayan muerto en ese accidente de auto, aunque me dé una pena enorme cuando lo imagino de chiquito, perdiéndolos. No tengo suegros con quienes almorzar cada domingo.

Acaba de pasarme algo que me ha dejado movida. La semana pasada, mi editora me escribió diciéndome que me iban a buscar para un reportaje sobre «talentos femeninos», o algo por el estilo, de esos temas que están de moda, y me rogó que aceptara, porque conviene para el lanzamiento de mi próxima novela, porque el fotógrafo es «*top, top*», porque quieren hacerlo «*superfashion*, y como eres regia». Me dijo también que por favor la sesión fuera en mi casa, para «captarme en mi espacio». Accedí a regañadientes y me olvidé del asunto, pero acabo de recibir la llamada del fotógrafo en cuestión, cuyo nombre he olvidado de puro nerviosa, pero a quien denominaré, en adelante, F. Te confieso que la voz del tipo me encantó de arranque, me cayó muy bien y tengo toda la impresión de que fui correspondida. Es más: intercambiamos teléfonos para fijar por WhatsApp la

fecha de la sesión —los de la revista están apurados— y de inmediato empezamos a chatear. Primero quedamos en que vendría pasado mañana y, luego, de pronto, me preguntó «Oye, ¿y si lo hacemos esta tarde? ¿Puedes? Se me acaba de liberar el día, la luz está bonita».

Acepté. Así que, Verónica, tengo que ir a la peluquería, maquillarme un poco, escoger ropa... No sé por qué —mentira, sí lo sé: el tipo me ha encantado— la perspectiva de todo lo que normalmente odio ahora me resulta tan estimulante. He cancelado mi salida con el «asesino en serie» del Messenger. Ya sé lo que estás pensando, pero te equivocas. Al «asesino en serie» lo iba a cancelar de todos modos, porque la decisión que te comuniqué sigue en pie: le seré fiel a Eric de ahora en adelante; y si el fotógrafo me gusta, pues piña, me tendré que aguantar.

Otra cosa que envidio de ti: la soltura en tu relación con el mundo, de la que yo soy perfectamente incapaz. ¡Primero muerta antes que subirme a un caballo! La última vez que lo intenté, cagada de miedo, estaba segura de que el animal sufriría un ataque de rebeldía y se desbocaría lanzándome por los aires y dejándome parálitica. Para colmo, un amigo tuvo la peregrina idea de advertirme: «Tranquilízate, que el caballo siente tus nervios». Para qué me dijo eso... El animal leyó mi mente y mi cuerpo, y mi terror se multiplicó. Me lancé de la silla antes de que fuera demasiado tarde y fue un milagro que no me rompiera la columna yo solita.

Oye, allá en Cajamarca échate bastante bloqueador, por favor, no te vaya a dar cáncer de piel. Luego te escribo contándote cómo me fue con F. Cómete una rica cecina y un tamal en el Salas por mí, y olvídate de la bendita dieta, ¿quieres?

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>

28 abr. a las 10:37 a. m.

Pucha, Amalia, qué fuerte esto... No termino de recuperarme, aunque me metí un piscinazo helado (¡qué aguas termales ni qué ocho cuartos!). Y como ya te leí, no puedo dejar de responderte...

A ver... No sé por dónde empezar... Bueno, ya: ¿en serio has decidido ser fiel? Me llega un poco que digas con tanta seguridad que esa noticia me alegraría, como si yo fuera, o sea, una cucufata más o menos. ¿Y estás hablando en serio? ¿No vas a salir con otros? Sí me alegra (para qué te voy a decir que no, si sí), pero no porque yo crea que cualquier matrimonio es lo máximo, sino porque me parece, siento, presiento, cómo te digo, me tinca, que tú y Eric se aman de verdad.

Muy aparte, tu reflexión superprofunda sobre los cuerpos me ha encantado, pero me ha hecho sentir un poco misia y a la vez recontra suertuda... Es que, o sea, según tú, ¿yo solo he tenido un cuerpo en toda mi vida, porque me casé virgen y siempre le he sido fiel a Fer? Ya no sé qué es peor: si ser como soy yo o como eres tú... Sin embargo, lo más bacán de tu carta es que ¡ahora resulta que mi amiga, la rompecorazones Amalia, es una romántica perdida! ¡Ya sabía yo! Otra cosita, para serte bien sincera: no sé con qué cuajo pretendías tú reclamarle a Eric las miraditas a tu hermana Mariana, mientras tú bien que te chapaste a su marido en la cocina, y encima no dejaste de pensar en él.

¿Pero qué lindo es el amor, no? Casi me has hecho llorar con lo de Eric (ese beso promete, te juro) y con lo de tu papi... Claro. ¿Cómo no me voy a acordar de él? Tan lindo, tan cariñoso, tan elegante. ¡Y qué hermoso tu poema! Está demostrado que siempre fuiste escritora. ¿Ya ves? Tu papi era puro amor, puro corazón. No me olvido de cómo nos engreía... Tú mami, la

verdad, siempre me dio un poco como de miedo, o de terror más bien. Porque, aparte de que era recontra estricta, siempre sentí que no me quería nadita y me miraba horrible, y que era medio bruja. Por eso entiendo lo que dices de ella, aunque yo sé que en el fondo la quieres.

Y hablando de querer, sin querer queriendo empecé esta carta por lo más *light*. Lo más *light* para mí, en todo caso... A ver... Tomo valor... ¡Ya! Me has dicho, literal, «Tu *striptease* cajamarquino me ha parecido de lo más excitante». Ya sé que es un tema delicado, pero no me lo aguanto, amiga, y tú misma me has puesto en bandeja una pregunta que hace rato como que me da vueltas. ¿Te excitó, *excitó*, o qué? Tú me entiendes... En verdad, me muero de curiosidad por saber si todavía te gustan las chicas. Yo ya aprendí eso de que hay que negarlo todo hasta el final, te juro, y no sabes cómo me arrepiento de eso que pasó hace años por mi culpa, por boca floja y por cobarde... Perdí por años a mi mejor amiga, y más... Pero mira cómo es la vida, que nos ha acercado otra vez, cuando menos lo esperábamos y más nos necesitábamos, y ojalá me puedas decir la verdad.

Otro tema, que tiene que ver con lo anterior (creo que todavía estoy medio borracha, porque estoy escribiendo recontra mandada), es que me pregunto si no tienes otras amigas... O sea, para qué mentirte, siento como que casi no ves a nadie ni paras con nadie... Solo hablas conmigo. ¿Es verdad? No sé si me entiendes... Yo, en cierto sentido, solo puedo hablar de algunas cosas contigo, pero tengo mis amigas, como la Luchi, la Ani, la Tina, y varias más, que, claro, son medio sonsas y jamás podría hablar así con ellas, pero son chéveres como para pasar el rato... ¿No te sientes sola? Tu vida es un misterio para mí. Porque casi solo me hablas de patas y de sexo, como si no existiera nada más en el mundo.

Pucha, Amalia, hice una pausa porque justo me llamó Rafa por Skype desde Boston, y me ha dejado recontra preocupada. Alucina que casi me

equivoco y le hago un *striptease* a mi propio hijo. ¡No, mentira! Ahora sí, en serio: le ha ido superbién en todos los cursos (¡hasta en *Ear Training 2*, que quiere decir «Educación del Oído», o algo así), pero está palteado. Dice que su papá con las justas le habla y que le parece rarísimo que me haya venido sola a Cajamarca. ¡Claro, si siempre he venido con Fer! Traté de dorarle la píldora, porque ya te he dicho que no quería que se enterara de que estamos «separados», porque se iba a preocupar horrible y se lo iban a jalar en sus cursos... Pero el chico (no hay nada que hacer, es hijo de su padre y no se guarda nada) me preguntó «¿Por fin se separaron? ¡Ya era hora!». Le respondí que no, que su papi y yo nos estamos dando un tiempo porque, aunque nos queremos mucho, nos hemos dado cuenta de que nos peleamos demasiado y eso tiene que cambiar. «¡Wow, qué tal descubrimiento!», me dijo todo burlón, y siguió: «Cojudéense entre ustedes todo lo que quieran, pero no me traten a mí como a un cojudo». Me dejó helada. Hablarme así, y encima con lisuras... ¿Qué le ha pasado? ¡Nunca me había hablado con lisuras! Me he quedado recontra preocupada. ¿No se estará malogrando, no?

Ay, acaba de llamarme mi mami para ir a un *brunch* en el Salas las dos solitas. Tengo que bañarme. Te dejo por ahora y a la vuelta te sigo escribiendo. Creo que me salvó la campana, porque lo más importante todavía no te lo he dicho. Qué importa, aprieto *Enviar*, y...

Bye, bye.

Vero

Vero <vero@suyo.com>

28 abr. a las 2:52 p. m.

Hola, Amalia. Todo este rato he estado mirando mi teléfono, mientras comía y tomaba unas cervezas con mi mami en el Salas, y me ha preocupado no recibir ningún correo tuyo. Me imagino que lo de la sesión con el famoso fotógrafo te tiene muy ocupada... No sabes lo súper que la hemos pasado mi mami y yo. Hablamos de todo... Bueno, de casi todo, porque por más relajados que ella y mi papi siempre hayan sido con el tema del sexo (te juro que no sé por qué yo he salido tan pava), tampoco le voy a contar todo como a ti, pero me entendió perfecto lo que pasa con Fer y me apoyó horrores. Es linda, te juro. Física y espiritualmente. Es como una fotocopia mía, pero mejor.

¡Escúchame! Yo había dejado mi cartera sobre la mesa, a un lado, pegada a la pared, cuando de pronto empezó a vibrar toda, y se puso a caminar. Creo que la había chocado con el brazo. Me había olvidado de que, cuando le abrí la puerta del cuarto a mi mami, medio resaqueada todavía (ella venía para salir juntas a comer), con las justas pude esconder el vibrador que había dejado tirado por ahí y lo metí en mi bolso... Mi mami me preguntó qué cosa era eso, riendo, y toda pícara, sugirió si no tenía «un segundo teléfono»... «Pero debe ser enorme», me dijo, y yo metí la mano para apagar el aparato, toda colorada. Aunque nos reímos, me dio roche...

Okay, suelto la pepa ya mismo, porque me la vengo aguantando y le doy vueltas y vueltas hace rato: ¿ese fotógrafo tuyo no será Fer, no? Me tienes recontra confundida. Primero le pones una chapa, como a tus amantes, y a la vez me dices que ya no le vas a sacar la vuelta a Eric con nadie; después le pones F, que es de *fotógrafo*, pero también de *Fer*. Como sé que tu lema es negarlo todo hasta el final, pucha, ¿eso también aplicaría en caso de que te estuvieras viendo a escondidas con mi marido?

¡Ya lo dije! ¡Ya te lo pregunté!

Encima, a pesar de lo bien que lo pasamos anoche por Skype, toda la mañana ha estado cortante conmigo por el *chat*, y me dice que tiene una sesión de fotos importante ahora, pero no me cuenta con quién... ¡Mucha coincidencia! ¿O no? No es que yo sea malpensada, Amalia, pero tenía que preguntártelo, aunque a la vez sé que tú serías incapaz de meterte con mi marido. ¿No serías capaz, no? Escíbeme rápido, por favor. Apiádate de mí, ahora que sabes las cosas horribles que se me están pasando por la cabeza.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

28 abr. a las 7:45 p. m.

Querida Verónica:

Lamento haberte dejado sufriendo durante horas. En efecto, estaba en plena sesión de fotos. Primero lo primero: no, F no es tu marido. El tipo me gustó mucho —más incluso en persona que por el *chat*— y posar para él resultó fantástico, pero no me lo voy a tirar (algún día te contaré sobre el placer de modelar, que acabo de revivir). Me mantengo firme: solo quiero estar con Eric.

Si te tranquiliza, le cambiamos la chapa —lo de la F ha sido una *fatídica* coincidencia—, porque sí la vamos a necesitar. Me ha pasado algo rarísimo con este hombre, que no pienso desperdiciar: chateamos de una manera inusitada; me sorprende la inteligencia con que escribe; y me arrecha, sí, pero solo permitiré que lo haga con palabras. Ahora mismo, mientras te escribo echada en mi cama al lado de Eric, con la *laptop* sobre las piernas —¡cómo

agradezco al cielo la falta de suspicacia de mi marido!—, converso con F (perdón) por WhatsApp. Por suerte parece que a él también le fascina hablar conmigo así. Ah, Verónica, te equivocas si pretendes juzgar estas cosas buscándoles alguna lógica: pajearme todo el día pensando en otro no me impediría odiar a Eric con toda mi alma si osara serme infiel, aunque solo fuera con el pensamiento. Y sí, ¡soy la más romántica de todas, mi querida Verónica! ¡La última romántica!

Ahora ya no sé cómo seguir este mensaje...

Vamos con lo más «fácil». ¡Me encanta tu hijo! Hablas de él como si fuera un bebé y un cojudo (ambos términos, tú sabes, para mí pueden ser sinónimos). Pero, además, has venido basándote en un supuesto falso, que él acaba de restregarte en la cara: no es una verdad universal que los hijos anhelan que sus padres sigan juntos a toda costa y que el divorcio les acarree traumas y sufrimientos indecibles. Cuando mis padres se separaron, lo agradecí a Dios, en quien por entonces creía; y Mariana también, pues aún no se había convertido en la insoportable defensora a ultranza de la familia que es ahora. No sabes cuánto me ha reconfortado «escucharte» decir que la bruja de mi madre te daba terror. Ella, en efecto, te odiaba, con la intensidad demencial que le hacía detestar todo aquello que yo pudiera querer aparte de ella. Gracias, Verónica, porque el pasado se presta a ser retocado por quienes no quieren recordar, y alguna vez he llegado a pensar que yo me lo había inventado todo.

No, no tengo amigas. Después de una especie de «poda» natural de los años, me quedé con dos: Liliana, gran directora de televisión, y Claudia, colega guionista. Te voy a decir algo importante: hasta mi rencuentro contigo pensaba que compartía mi vida con ellas o, en todo caso, todo aquello que era susceptible de comunicarse. Ahora sé —con cierta tristeza, porque las quiero y ellas perciben mi distancia y me extrañan— que no saben de mis miedos,

de mis sueños, de todo lo que importa, que es lo que te cuento a ti. Verónica, nuestro adictivo intercambio por correo es, si no único, algo muy raro; somos un par de locas de mierda enzarzadas en algo que nadie —ni nosotras mismas, a veces— entendería. Si empezamos a medir a nuestras demás amistades con esta vara tan larga, estamos jodidas. En este momento he pasado a extrañar conversar sobre trivialidades con mis dos amigas.

Y hablando de mujeres... me has preguntado si yo, ahora, a mis cuarenta y siete años, soy —o sigo siendo— bisexual: lo primero que se me ocurre decirte es que sigo sin cerrar ninguna puerta y que mi deseo no distingue géneros. Pero tu pregunta me ha hecho pensar: en efecto, constato que mi universo sexual —el mundo que habito y en el que me debato todos los días — solo está habitado por hombres. No sé en qué momento descarté, en los hechos, buscar el amor en una mujer. Pero volviendo a tu inquietud: ¿quieres saber si me excitó, *excitó*, tu fantástico *striptease*? Sí. Y aquí prefiero ponerle punto final a este asunto entre tú y yo, que el día de la fiesta de la prom, cuando quedamos en escribirnos, prometimos no tocar.

Ahora sí te dejo, porque no puedo escribirte y chatear con F a la vez. Te mando besos. Oye, ¿no estás tomado mucho? Deberías juntarte con mi marido...

Más besos,

Amalia

Vero <vero@suyo.com>

28 abr. a las 8:05 p. m.

Ay, Amalia, perdóname. Pucha, me siento atroz por haber pensado así de ti... Creo que una vez que se te mete el bicho de los celos te fregaste para

siempre. ¿O no? ¡Me desespera no saber qué está haciendo Fer! Te juro que contrataría a un detective privado. ¿Sería igual de horrible que rebuscarle el teléfono? Creo que sí. Estoy frita. Por suerte ahora han venido mis primos y ojalá me distraiga con ellos.

Te entiendo, literal, lo de chatear. Es buenazo. Eso me encanta de Fer: cómo chatea. Y me gustaría whatsapppear contigo, ya te he dicho, pero ya sé: es o eso, o esto; y me quedo con esto de lejos, aunque parezca (o sea) locazo. Ya entendí por qué una cosa (chatear) quita la otra (mailear). Pucha, no se puede tener todo en la vida, pues.

Te escribo cuando se vayan mis primos.

Bye, bye.

Vero

Vero <vero@suyo.com>

28 abr. a las 10:45 p. m.

Hola de nuevo. ¡Qué noche!

Antes que nada, gracias por decirme lo de mi *striptease*. La verdad es que, como me ha encantado la cosa y me he propuesto mejorar (practicando coreografías buenazas que hay en internet), me agarré un portaligas y medias de mi mami, y unos zapatos lindos de tacones (¿sabes que mi papi siempre dijo que la decadencia de Occidente empezó con el invento de las *panties* y el olvido de los portaligas?), y me los puse para practicar en mi cuarto frente al espejo (no sabes qué placer, qué sexi me sentí, olvídame), cuando tocó la puerta mi primo Jose, que acababa de llegar. Me tapé al toque con una bata y le abrí. Es como mi hermano, por si acaso, así que lo dejé entrar con su botella de pisco, pero cuando lo vi vestido íntegramente de blanco, porque es

chalán el hombre, medio cochino encima, sentí unas ganitas, una atracción, y me asusté... Al toque le conté que estaba esperando encontrarme con Fer por Skype y la captó, y yo whatsappé a mi marido, pero el muy perro no me contestó. ¡Me plantó! ¿Puedes creerlo? Casi lloro, segurísima de que está con otra...

Felizmente estaba ahí Jose, que es medio básico (no es artista, pues, como Fer), pero es superbacán, y me dijo para salir al jardín, porque la noche estaba linda y los demás primos estaban demorando. Oye, nos sentamos en el pasto, bien juntitos porque hacía frío, con la botella de pisco, y no sabes lo que era el cielo. Nos echamos para mirar las estrellas y te juro que me olvidé de todo lo horrible que me estaba pasando. ¡Eran miles! Seguimos tomando (no te preocupes por lo del trago, yo lo manejo). En un momento nos agarramos las manos y fue como que ellas se convirtieran en órganos sexuales, literal, te juro, porque qué clítoris ni qué ocho cuartos. Y casi me agarra la culpa, pero seguí, Amalia, como tú en las dunas de Santa Rosa, para sentirme menos idiota. Pero no pude, alucina. No soy como tú. Empecé a pensar que Fer no se merecía eso, y retiré mis manos. Jose me preguntó «¿Estás bien?», le dije que sí, pero que mejor quería estar sola porque necesitaba pensar, y me dejó bajo ese cielo lleno de lucecitas y con una excitación increíble sobre mi cabeza.

Cuando estaba ahí echada, empecé a tocarme ya sabes dónde (estaba sin calzón) y encontrarme con mi portalignas me encantó. De pronto se apareció mi mami, con su camión de encaje lindo, y se sentó a mi lado. Me paralicé, pero ella me dijo «Todo está bien, Vero», y me besó en la boca. Jamás había sentido unos labios tan deliciosos, que empezaron a deslizarse por mi cuello y llegaron hasta mi clavícula, mientras con una mano me abría la bata. Y entonces... ¡me desperté sola tirada en el pasto! ¿Te la hice o no, Amalia?

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

29 abr. a la 1:04 a. m.

Querida Verónica:

Sí, me la hiciste. Hablamos mañana. Ahora no me siento muy bien.

Besos,

Amalia

Asunto: No me dejes

Amalia <amalia@propio.com>

29 abr. a las 6:03 p. m.

Querida Verónica:

Anoche no pude escribirte porque me agarró un ataque de angustia, o de catatonia más bien, que me impidió cualquier cosa que no fuera mirar el vacío. En momentos así solo puedo recostarme junto a *Sofía* —que siempre parece saber lo que me pasa— y acariciarla una y otra vez, dejándome mirar por sus insondables ojos verdes. No intenté —ni lo haré ahora— averiguar el motivo de semejante estado, pues no es una causa en particular la que lo genera; no se relaciona con nada concreto y lo abarca todo a la vez. Me tomé una pastilla y logré dormir más o menos pronto, felizmente. Ahora soy otra y te voy a contar por qué. En momentos como este, envidio a la gente que puede ser más o menos la misma a lo largo de sus días.

Mientras desayunaba con Eric, me pidió encarecidamente que le diera el encuentro en un almuerzo con sus alumnos de la universidad, pero me negué aduciendo un falso cólico menstrual. Desde que se fue, me quedé largo rato —no sabría decirte cuánto— tonteando en pijama, yendo de un lado al otro de la casa, deambulando inútilmente entre la computadora y mi cama, seguida por mi fiel *Sofía*, hasta que de pronto llegó Eric, justo cuando me senté para obligarme a escribirte con la esperanza de desahuevarme. Me sorprendió que volviera tan pronto —esos almuerzos de la universidad son

bien regados y de largo aliento— y también que solo estuviera medio picado. Se acercó a mí, me tendió una mano para levantarme, me miró con sus ojos anaranjados como si percibiera algo —estos «ataques» míos no pueden haber pasado desapercibidos a lo largo de décadas de convivencia— y me abrazó contra su pecho. Así, acurrucada en él, sentí cómo se iba diluyendo mi angustia y se llenaba mi vacío; así como cuando me estrechaba contra el pecho de mi padre.

—¿Qué milagro tan temprano? —le pregunté sumergida en su abrazo.

—Me aburrí, te extrañé. Me entró un ataque de Amalitis... —me dijo tiernamente, y prosiguió—: Espera, no te muevas, quiero que escuches algo.

Corrió hacia el equipo de música y empezó a buscar entre los cedés. Temí que me torturara —mi ánimo no estaba para eso— con algún reciente descubrimiento de unos de esos jazzistas complicados que a él le encantan, pero que a mí me cuesta entender o que, mejor dicho, no logran tocarme el corazón. Pronto reconocí, para mi encanto, una preciosa versión en *jazz* de «*Ne me quitte pas*», que significa “No me dejes” (ojalá no te ofenda esta aclaración, querida Verónica, pero recuerdo que el francés no era tu fuerte). Eric me tomó por la cintura para bailar, yo rodeé su cuello con mis brazos y empezamos a movernos lentamente, mirándonos a los ojos. Entonces me besó. Me besó como antes, Verónica, como me gusta, como se inauguró nuestro amor.

Y mientras bailábamos así, muy despacio, nos fuimos quitando la ropa, casi sin despegarnos y, a medida que nos desnudábamos, nuestras bocas besaron cada pedazo de piel recién descubierta, con labios esmerados en no dejar pasar ninguno por alto, al tiempo que caíamos lentamente sobre la alfombra. Ahí, me dediqué a lamer suavemente su pinga mientras él replicaba los movimientos de mi lengua con la suya sobre mi clítoris. Cuando sintió que yo estaba a punto de venirme y me escuchó susurrarle «Métemela,

métemela ya», se dio la vuelta colocándose sobre mí y me penetró. Me estremecí en un orgasmo fantástico y él se movió dentro de mí, sonriendo del goce que le producía mi placer, que parecía —y era— sin fin. Entonces me incorporé tendiéndolo bocarriba y me senté a horcajadas sobre él, con su pinga dentro de mí, y me dediqué a besarlo en la boca, saboreando con placer el resabio de mis propios jugos, y me moví ondulantemente, sin despegar mis labios de los suyos, hasta hacerlo terminar. No dijimos palabra. Solo se escuchó el sonido de nuestras exhalaciones, pero yo constaté de pronto, maravillada, cómo el desaforado ritmo de su corazón se iba ralentizando contra mi oído. Nunca supe en qué momento había dejado de sonar la embriagadora canción de Brel, pero los latidos de Eric me arrullaban al punto de que me dije *No quiero moverme nunca más de aquí. Este es el único cuerpo que quiero ser.*

De pronto, me murmuró relajado «Tu teléfono no ha parado de sonar», y le respondí, zambullida en su pecho, «No pienso contestar», con una sinceridad que me conmovió a mí misma. En ese momento me di cuenta de que mis chateos con F estaban de sobra, y de que no me iba a costar nada terminar esa historia. Tú sabes que carezco de todo espíritu de sacrificio: lo haré porque me sale del forro, porque me he vuelto a enamorar de Eric, ahora sí con toda la fuerza de la que soy capaz, y no quiero dividirme más; porque estoy completamente segura de que quiero ser una, para él. Y mira lo que te voy a decir: «La vida es linda, Vero».

Besos,
Amalia

P. D. Me temo que sí, que cuando los celos llegan, tienden a instalarse para siempre. Son de lo peor. Pero se puede lidiar con ellos. Dada mi nueva condición de mujer fiel, no puedo recurrir a mi antiguo método de

«adelantarme» sacando los pies del plato; ahora simplemente *no quiero saber*, y me repito esa frase cada vez que una sospecha o una certeza amenazan con enfermarme. Funciona. Así he dejado de atormentarme por cualquier eventual infidelidad en mi contra. Ah, olvidaba comentarte algo importante: en el fondo eres de lo más mandada, Verónica: ¡hay que tener cojones para imaginar un agarre con la propia madre!

Vero <vero@suyo.com>

28 abr. a las 6:33 p. m.

Hola, querida amiga. Ay, Amalia, te cuento que me he mordido los dedos para no ponerme ladilla y reclamona. ¡Es que nunca te habías demorado tanto en contestarme! Pucha, gracias por responder mi pregunta medio impertinente sobre lo de las mujeres. Yo, como siempre he sido medio pava y aliguito repre, no me alucino con una mujer. Y es raro, porque, pucha, no es que los «miembros viriles» me hayan encantado (de hecho solo he conocido uno, que ya te he dicho que me sigue asustando y a veces me duele), pero, o sea, aparte de eso, si te hablo con sinceridad, no me vas a negar que son, literal, medio feúcos...

¿Qué te dije yo, chica? ¡La vida es maravillosa! No sabes cómo me ha emocionado tu baile romántico con Eric. Pucha, qué cosa más linda. Amalita, ya te curaste, ¿no crees? Ya sé que no hay que cantar victoria así nomás (alucina que yo misma paso últimamente de un estado al contrario, como si nada, y es locazo), pero te juro que presiento que ya recuperaste tu matrimonio, tu cuerpo, todo... O que estás a punto de lograrlo. Ya te he dicho que mucho es la perseverancia, tal cual, y a ti no te falta voluntad. ¡Sigue así! Eric es recontra suertudo, Amalia. Obvio, que te quieran así, libremente, sin

sacrificar nada, eso no pasa todos los días. ¡Lo máximo! ¡Yo quiero que Fer me ame así!

Ay, Amalia, a mí, en cambio, me ha pasado cada cosa... Bueno... Como te conté, practiqué varias coreografías de *stripteases*, y fue un trabajo de locos, porque, o sea, no soy como que muy coordinada, ni tampoco me siento muy sensual que digamos, salvo raras veces, y me tengo que esforzar horrores... Pero creo que logré que uno de los bailes me saliera, modestia aparte, no te diré recontra pro, pero casi casi. De hecho, tu halago sobre mi *show* cajamarquino me ayudó horrores, y te lo agradezco, yo que soy tan insegura con mi cuerpo y esas cosas. Bueno... Me perdí. Ya. La cosa es que había quedado en llamar a Fer por la mañana y me pareció una superbuena idea sorprenderlo con un bailecito por Skype... ¡Un mañanero, pues! Necesitaba un atuendo para la ocasión (acuérdate de que, después de nuestra primera sesión *online*, había sentido a Fer frío y distante por el *chat*). Aunque descubrí que hay tiendas de lencería bonita en Cajamarca (¡también hay *sex shops*, alucina!), no me daba el tiempo para salir a comprar y volver. Tuve que meterme a escondidas en el clóset de mi mamá otra vez, ¡y encontré un cajón repleto de ropa interior recontra sexi y superficha! Pucha, qué traviesa había sido mi mami...

La cosa es que me vestí, cuadré la cámara y la música, y me coloqué en posición apenas Fer contestó mi llamada y apareció medio dormido en la pantalla. Entonces empecé con los primeros pasos (recontra difíciles, pero, como hago tanto yoga, lo que no tengo de sensual lo tengo de flexible, gracias a Dios). Lo miré bien atrevida yo mientras me movía, cuando él me detuvo; bonito, porque en verdad te mentiría si te dijera que me habló feo, nada que ver, pero la cosa es que me paró. Me dijo «Disculpa, cholita, pero tengo que ducharme ahorita para salir». ¡Pucha, Amalia, se pasó! O sea, me sentí tan idiota parada ahí con mi *négligé*, mis tacazos, mis tetazas medio al

aire, que casi me pongo a llorar de una. De hecho se me salieron mis lagrimitas, para qué te voy a mentir. Fer se dio cuenta porque, caray, no tiene un pelo de sonso, y creo que le di pena. ¡Qué feo me pareció darle pena! Tan feo que casi me arranco a llorar pero mal, mal. Entonces empecé a vestirme, toda ofendida y se me salió justo lo que me vas a decir que no se me tenía que salir: le dije «¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto?». Me contestó que cómo no le voy a gustar si estoy riquísima, pero que no puede estar disponible las veinticuatro horas, y entonces sentí que se estaba molestando y que se venía la bronca, pero después me dijo supertierno y medio pícaro que mejor vernos en persona, o sea, cuando yo regrese... Ojo, no me pidió «regresa», y eso también me dolió horrores, pero no se lo reclamé, aunque por un pelo. Medio que me tranquilicé cuando me dijo «Ya, déjate de sonseras, chola linda. Avísame cuando vengas. Y no alucines cojudeces, ¿ya?» (¡ahora veo por qué Rafa me habla con lisuras, pues! De tal palo...). Yo le di la razón, porque en verdad no habíamos quedado, y nos despedimos bonito, aunque yo medio tristona. Eso sí, le di la razón solo de la boca para afuera, porque empecé a alucinar, pero literal, que está en algo con otra. Mira, Amalia, yo sí creo que las mujeres tenemos un sexto sentido y te puedo asegurar que Fer está raro. Pero como también sé que pensar en negativo atrae las desgracias (tu método contra los celos no me funciona para nada, déjame decirte, porque eso de decir «prefiero no saber» supone que hay algo que saber, y yo, definitivamente, *sí quiero saber*). Por eso he decidido volver a Lima ya (mi papi ya me sacó un pasaje al toque) y que yo misma soy. No me voy a rendir, ni muerta. Además, pucha, aunque me da cosa, te diré que tengo entre ceja y ceja un pendiente: el asunto del *cunnilingus* (así se escribe, por si acaso, ya lo comprobé). ¡Qué bárbaro, me muero de ganas! Te juro que o me lo hace o me lo hace. ¿Ves? Solo de pensar en cosas bonitas ya me mejoró el humor.

No veo las horas de llegar a Lima y ver qué está pasando por allá, porque, pucha, hay cada jugadora suelta... Ya me fregué: no puedo dejar de pensar cosas horribles otra vez. Me imagino de todo, sin parar, y esto de tener más experiencia sexual no me ayuda, porque ahora puedo condimentar mis películas de terror con lujo de detalles. Mejor cambio de tema.

Estuve pensando... ¿Cómo va a ser tu novela erótica tipo diario? ¡Qué lindo que ya empezaste a escribir! ¿No serás capaz, como Bayly, de contar tu vida en colores, ni de echar a gente conocida, no? Bueno, chicoca, o te dejo ya mismo o me deja a mí el avión. Hablamos *later*. Y hablando de contar cosas... Me raya un poco que nunca me hayas dicho cómo *eran* tus *chats* con el tal F. ¿Se decían qué?, ¿cochinadas? ¿Se ponían a filosofar o qué? No te hagas, has estado supermisteriosa con eso... Dicho sea de paso, y no lo digo por cucufata, me parece genial que dejes de escribirte con él. O sea, porque eso era como jugar a doble cachete, amiga; si tú misma me dijiste que te excitaba y tanta cosa... ¡Estoy feliz por ti! ¿No es lo máximo estar enamorada?

Bye, bye.

Vero

P. D. Oye, Amalia, hace tiempo quiero decirte algo y ya no me lo aguanto, aunque me muera antes de caerte empalagosa...: No estás sola. ¡Te quiero mucho, amiga! (¡Cómo me encanta esto de las posdatas!).

Amalia <amalia@propio.com>

28 abr. a las 7:30 p. m.

Querida Verónica:

Para empezar, eres una de las mujeres más sensuales que he conocido; no sé cuándo vas a reconocer que no tienes que hacer el menor esfuerzo para parecerlo. Es increíble nuestra fatídica tendencia a distorsionar malamente la visión de nuestro propio cuerpo. Otra cosita: me desconciertas cuando me pintas como un témpano de hielo o un monstruo sin sentimientos. ¡Yo también te quiero mucho, Verónica! Y te voy a decir más: no sé qué haría sin ti. ¿Cómo te quedó el ojo? Ya, basta de sentimentalismos baratos.

No he empezado a escribir mi novela. A duras penas voy perfilando a los personajes, para poder «verlos» yo y para que ellos, por su parte, cobren vida propia, por huachafo que suene. Y con esto respondo también tu segunda pregunta: si mi novela tratara sobre gente de la vida real, no tendría que tomarme ese trabajo. Además, creo que no podría publicar mis asuntos privados ni los de la gente que quiero o he querido. No sé por qué esto resulta tan difícil de entender. Cuando me entrevistaban por el lanzamiento de la serie erótica para Netflix, nunca faltaba una pregunta: «¿Y tú eres Mónica?». Quizá si hubiera mentido y dicho que sí, habría tenido todavía más éxito. En fin... Me aterra lo que me pase una vez terminada esta etapa previa a la escritura, aunque ahora que experimento el despertar de mi cuerpo tengo la esperanza de ser capaz de entregarme con todo a mi novela. En verdad no llego a entender la relación entre una cosa y otra: es una cojudez pensar que un escritor puede hacer lo mismo que sus personajes, pero otra vez aquí no me funciona la lógica. No importa. Como verás, soy una escritora erótica en pañales, pero contenta. Creo que me estás contagiando gravemente tu optimismo existencial. ¡*Vade retro*, Satanás!

Entre el párrafo anterior y este he caído en un abismo. Acaba de escribirme Mariana para decirme que mi mamá ha empeorado, que está esquelética y casi ya no habla, que ha cogido una neumonía y que la están alimentando con sonda. El verdadero mensaje —que no soltó con todas sus

letras porque me tiene miedo— era evidente: «Anda a verla, no sigas siendo una hija de mierda». La última vez que me armé de valor y la visité, sufrí la peor de las pesadillas. Apenas me vio, me acusó, con voz y ojos de loca — imagínate, si ya daba miedo cuando estaba sana—, de querer matarla, de haberla envenenado con raticidas para encerrarla en esa «cárcel», separarla de mi padre y quedarme con él por pervertida. Terminó pidiendo a gritos que me sacaran de ahí. Salí al borde del infarto y con una indescriptible mezcla de pena y de odio. Una vez afuera, no pude evitar escucharme decir, desde lo más profundo, *¿Para esto vengo? Me odia. No vuelvo más.* Los médicos me dijeron que no reconoce, pero yo tuve claramente la impresión contraria. Solo la noticia de que mi madre ya casi no habla me hace considerar la posibilidad de ir a verla, pero ese «casi» basta para que me aterre exponerme a su locura. En todo caso, la llamada de mi hermana me ha dejado perturbada; debe de estar feliz la cojuda.

Y encima, querida amiga, acaba de lloverme sobre mojado.

Estaba sentada aquí, lista para enviarte este mensaje, apagar mi computadora y salir a correr con mis audífonos y mi canguro de deporte, cuando Eric me buscó, después de su siesta de rigor, para anunciarme — mientras se servía un *whisky* en las rocas— que Elisa se mudará a nuestra casa indefinidamente desde mañana. Me alegré muchísimo, porque la adoro y me llevo muy bien con ella, pero de inmediato capté una sombra de preocupación en el rostro de Eric.

—¿Se ha peleado con Nicole? —le pregunté.

—Sí —me respondió consternado—. Y parece que la cosa ha sido seria... Para que haya decidido irse de su casa... Creo que está hecha mierda la pobre.

—Pucha, ¡cuántas veces le dije que evitara la convivencia a toda costa! La gente se empeña en hacer justamente *eso* que manda las relaciones al

carajo: emparejarse, vivir juntos... —dije sin pensar, y me arrepentí en el acto.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? O sea que, según tú, nosotros dos estamos en la mismísima mierda. Y yo recién me entero... ¡Qué cojudo he sido! —dijo con expresión agria, muy rara en él.

—He generalizado mal, Eric. Eso es lo que les pasa, creo yo, a la mayoría de las parejas —traté de arreglarla, vanamente, porque Eric me miró con una dureza inquebrantable.

—Te voy a pedir un favor: guárdate tus teorías escépticas cuando Elisa te cuente sus cosas. No creo que le hagan bien —profirió tajante, secando su vaso, sirviéndose otro y sentándose a mi lado con la evidente intención de ahondar en el tema que yo solita había puesto sobre el tapete.

—No me digas lo que puedo decirle o no a tu hija, que es mi amiga, Eric —le dije con firmeza, y agregué, intentando rozar, al fin, la honestidad—: El hecho de que yo sea una persona contradictoria, que veces hace lo opuesto de lo que piensa, no me desautoriza...

—Tú no sabes lo que quieres ser, Amalia. Y esa indecisión tuya es lo que me paraliza y me lastima. Tu constante inquietud... —confesó con dolor, y agregó, al advertir mi profunda estupefacción—: ¿No querías la otra noche que te dijera lo que me molesta de ti?

—¡Me escuchaste cuando te reproché la otra noche lo de Mariana! ¡Y te hiciste el dormido! —exclamé medio ofendida.

—Siempre he pensado que hay cosas de las que es mejor no hablar, pero ahora se me ha soltado la lengua. Lo siento... —dijo con desparpajo, tomando otro largo sorbo de *whisky* y auscultando su vaso.

—¿Tú me quieres, Eric? ¿Quieres seguir conmigo a pesar de que te lastimo así? —pregunté asustada, rogándole sinceridad con la mirada.

—Te quiero, Amalia. Me muero por ti, sí, pero a pesar de mí —contestó, esbozando una sonrisa exenta de ironía, y prosiguió con cierta timidez—: ¿Y tú me quieres a mí?

—¡Claro que te quiero! —exclamé desde el fondo de mi corazón, lanzándome sobre él, y agregué medio coqueta—: Creo que ha sido evidente que, hace unas horas, aquí sobre esta alfombra, he muerto, literalmente, por ti. Puedo dudar de todo, Eric, pero estoy segura de que quiero estar contigo. ¿Y tú?

—Yo también. Ya te he dicho que estoy jodido, linda —dijo conmovido como un niño, levantando su vaso en señal de «salud», y yo sentí, de pronto, que no podía seguir ahí.

—Me voy a correr... antes de que decidas chotearme, y yo, tirarme por el barranco de enfrente —le dije haciéndome la graciosa y agregué sin pensar —: *Ne me quitte pas, mon amour*, y no chupes mucho, que borracho te pones insoportable. ¿Nos estamos sincerando, no? —y tras darle un besito en la boca, partí.

Salí del edificio y, como en piloto automático, estiré los músculos de mis piernas apoyándome sobre el muro del malecón mientras miraba el mar, atónita. Empecé a trotar despacio, pero pronto mi cuerpo adoptó, con una fuerza ajena a mi voluntad, una velocidad creciente, rabiosa, masoquista, pues el esfuerzo era tal que me dolía todo. Hasta que no pude más, porque también me ahogaba, y me detuve. Entonces sonó la voz de Eric en mi cabeza: «Me muero por ti, a pesar de mí», «Tú no sabes lo que quieres ser, Amalia», «Me paraliza, me lastima», «Tu inquietud»... Salté el muro del malecón y me senté en un jardín de cara al mar, presa del desconcierto.

Hacía un rato parecía haber digerido con bastante ligereza —¡hasta le había soltado a Eric un coqueto «*Ne me quitte pas, mon amour*»!— esto que ahora me hacía llorar. ¿Qué era eso? ¿Pura negación? Ni idea. Este hombre

habló, me abrió al fin su corazón, y yo, literalmente, salí corriendo. Sus palabras me habían enrostrado por primera vez el sufrimiento inherente a su amor por mí, y esta constatación me pesaba y me devolvía el ser múltiple y dividido que hacía poco creía haber dejado atrás: ya no era esa que quería ser un solo cuerpo, el que surgía al lado de Eric. Estaba resentida con él, sí, porque me quería contra su voluntad, porque, en el fondo, preferiría poder evitarlo, porque seguía conmigo a causa de su debilidad. Entonces recordé mis antiguos amores y me di cuenta, con dolor, de que enamorarse de mí es y ha sido siempre condenarse a un tormento. No me sentía capaz de decidir por Eric y dejarlo para liberarlo de mí; tampoco quería ni podía, contra todo, vivir sin su amor loco. Pero yo ya no era la misma de horas atrás, y eso parecía irreversible. De pronto, vi algo claro: él no me había dicho nada que yo no supiera; ambos habíamos querido callar esta verdad durante años, ya veríamos juntos cómo lidiar con ella.

Una nueva liviandad se fue apoderando de mí a medida que inhalaba la brisa marina. Salté el muro del malecón, me senté en el jardín que mira el mar, saqué el celular de mi canguro y leí los mensajes de F. Inmediatamente volvieron a hechizarme sus palabras, y el recuerdo de su voz y de su cuerpo —que nunca había tocado—, y digité para él una frase de Oscar Wilde: «La única manera de deshacerme de la tentación es ceder ante ella».

Me tendí sobre el pasto con los ojos cerrados y me encontré besándolo en la boca con todas mis fuerzas, largamente, y deslicé una mano por debajo de mi *short* para tocarme. De pronto escuché voces detrás de mí. Una parejita se había instalado a unos metros, para entregarse, en la discreción de ese paraje, a los juegos del amor. Saqué la mano de mi entrepierna, me levanté, me coloqué el par de audífonos, salté el muro de regreso al malecón y partí corriendo, libre y ligera como el viento, sin despegar los ojos del mar, embriagada por la satisfacción que me producía haber perdido la compostura.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>

28 abr. a las 8:07 p. m.

¿Qué te puedo decir, querida? A veces me parece que (pucha, no te vayas a molestar) estás completamente chiflada. ¡Te juro! Pero igual me encanta todo lo que me cuentas, no vayas a creer que no, aunque me pases de vueltas y por ratos no entienda nada pero a la vez entienda todo. ¿Qué loco es eso, no?

Mira, a mí me queda claro que uno se empareja para ser feliz. No hay otra. Y si Eric sufre y te quiere, piña pues. ¡Esa es su manera de ser feliz! O sea, sufriendo... Medio rayado, pero bueno. Lo que yo quiero es que tú seas feliz y que te hagan feliz, y si es con él, con otro o con todos a la vez, es tu chifa. Yo sé que tienes un corazón de oro y que jamás le harías daño a nadie a propósito. Y la intención es lo que vale, ¿o no? Lo único que me raya un poquito es que parece como que podrías enamorarte del tal F, ya te lo he dicho, y eso de querer a dos a la vez sí me huele a imposible sin correr el riesgo de volverse loca, aunque no sé si se puede estar más loca (esto último fue broma, porsiacá). Uy, creo que estoy diciendo lo contrario de lo que escribí hace un par de líneas, cuando te hablé de tu chifa... Bueno, pues, yo también soy una chica contradictoria, aunque no parezca. ¡Chócatela!

Por cierto, muy bonita esa frase que le escribiste a tu F, superpoética, ¿pero quiere decir que te vas a meter con él? ¿Ya lo viste? ¡No sé por qué te pones tan misteriosa! Es que, pucha, no me queda para nada claro... ¿Alucinaste que chapabas con F o con Eric tirada en el pasto? No sé, te juro que no entiendo.

A mí me ha ido recontra mal. Llegué a Lima y le avisé a Fer que ya estaba en la casa para que viniera. Me dio un poco de roche esperarlo con el atuendo del *striptease* paporreteado (aunque tuve la música lista y todo), y me acordé de que mi mami siempre me decía de chica «Date a deseo y olerás a poleo», y yo nunca entendí bien porque no sabía si el poleo apesta o huele rico, pero busqué en el diccionario y resulta que es deli, así que me puse el portaliagas y todo (sin calzón, obvio) y me tapé con una bata bien bonita, como para asolapar y hacerme desear.

Apenas entró Fer, lo noté como que raro, de malhumor. Se sentó en la sala y yo también, junto a él, con las piernas cruzadas, supersexi, bien segura, con mi bata un poco abierta como para que también viera algo de mis tetas (tu piropazo sobre mi sensualidad me transformó, porque te juro que yo en ese momento era lo máximo de lo máximo). De hecho, se le fueron los ojos y al ratito las manos, porque me empezó a agarrar toda, superexcitado, locazo el hombre. Eso me encantó, aunque me puse un poco triste porque, pucha, al toque me di cuenta de que mi *show* estaba un poco fuera de lugar si lo dejaba seguir, pero también pensé que era el momento perfecto para pedirle que me hiciera *eso* y me ilusioné, y le dije, parándolo, sí, pero te juro que amablemente y hasta con voz recontra sensual: «Amor, bésame ahí abajo». No sabes cómo reaccionó. ¿Habré sido como que torpe? Te juro que no creo, por más que pienso y pienso. La cosa es que me acusó de no dejar que las cosas fluyan, que últimamente me dedico a darle órdenes cuando tenemos sexo («tiramós», dijo), que no le gustaba nada cómo me estaba volviendo, que esto de reinventarnos no significaba que yo fuera su sargento, y él, mi soldadito... Me molesté horrible y no lo disimulé para nada, Amalia, y quedé pésimo, porque lo más loco de todo, lo más increíble, alucina, es que me soltó todas esas cosas hirientes sin gritar como antes, sino tranquilo... Hasta me dijo «No quiero pelearme contigo, cholita. Me he cruzado, así que mejor

me voy. Por favor, no te molestes. Hablamos más tarde». ¡Y se fue dándome un besito! Se fue para encontrarse con la otra, estoy segura, la modelo flacuchenta esa con la que seguro está saliendo.

Entonces he decidido seguirlo, Amalia. No ahorita, porque sería muy obvio, pero voy a seguirlo de todas maneras, y lo haré yo misma. Qué detective privado ni qué ocho cuartos. Tú le revisas el teléfono a Eric y no eres una mala persona por eso. No me queda otra, amiga, no hay forma de quedarme con la intriga. Estoy furiosa. Aunque, dime, ¿será un avance que no haya habido bronca y que él no haya tratado, como siempre, de arreglarlo todo con «sexo» (¡comillas, mira, estoy malísima!)? No ha querido hacer el amor conmigo. Lo odio.

¡Ahora escúchame! Anda a ver a tu mami, que si no, te vas a arrepentir. Métete en la cabeza que es una persona enferma, y por eso qué importa si te insulta. Estoy segura de que te quiere y te necesita. ¿Qué madre no ama a su hija? Tenía ganas de decirte esto antes, pero no quería caerte pesada como Mariana, ni pecar de metiche. Ahora me atrevo porque, o sea, la rabia por lo de Fer, cómo te explico, hasta me hace escribir sin pensar. ¡Ahorita me pongo a romper cosas! Mejor me voy a servir un trago...

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

28 abr. a las 8:17 p. m.

Querida Verónica:

¡No se te ocurra seguir a Fernando! Sería una bajeza y tú no eres así; te arrepentirías a muerte. ¡Claro que soy una mierda por violar la privacidad de Eric! Por favor, no me hagas sentir que te hago daño contándote ciertas cosas. Ya no podría volver a hablarte con toda libertad. Pero, fíjate en cambio: tú me haces bien a mí; iré a ver a mi madre mañana, te lo prometo.

Algo me ha hecho muy feliz. Mañana te lo cuento todo.

Besos,

Amalia

Asunto: Espero tus consejos

Vero <vero@suyo.com>

29 abr. a las 9:26 a. m.

Hola, Amalia. Ayer no te contesté porque no me gustó que me hablaras con ese tono, no sé, como si yo fuera una niña y no nos tratáramos de igual a igual (me gusta que te preocupes por mí, pero, o sea, esa no es la manera, ¿entiendes?). Además, yo ya había tomado mi decisión y, cómo te explico, no había forma de quedarme aquí tranquila tragándome la angustia. Anoche estaba tan rayada imaginándome a Fer suelto en plaza con la modelo flacuchenta que no pude dormir. Te voy a contar todo lo que he hecho esta mañana, pero pobre de ti si me vienes con sermones. ¿Okay? Si no me siento libre hablando contigo, estamos fritas, así que déjate de cosas, ¿ya?

La única forma de saber en qué anda mi marido (o de ampararlo infraganti, mejor dicho) era agarrándolo desde que comienza su día, porque va al gimnasio tempranito, y seguirlo. Entonces, en lugar de ir en mi auto, porque de hecho Fer me iba a descubrir, llamé a un taxi y le pedí un servicio por horas. «Soy investigadora privada y vamos a seguir a alguien», le dije al hombre, para que no le pareciera tan raro todo y no se fuera a asustar. Nos estacionamos frente a la casa de mi suegra a eso de las seis de la mañana (yo sé que Fer no se levanta antes ni hablar). Como yo estaba de boleteo, empecé a cabecear en el asiento de atrás, disfrazada igualita que cuando fui al *sex shop* esa vez que te conté, pero esta vez tenía también un periódico para taparme la cara (solo me faltó hacerle los huequitos para los ojos). En un momento me

despierta la voz del chofer todo exaltado (no sé cuánto tiempo me habré dormido), que me dice «Acaban de salir. ¿Los sigo, señora?». Pucha, casi me da un infarto al despertarme así, te juro, con el hombre hablando en plural encima (¡«acaban», dijo!). Le contesté que sí al toque, que los siguiera y le pregunté con quién había salido el señor. Me dijo que con una chica. Casi me muero y entonces, mientras avanzábamos detrás del auto de Fer, interrogué al taxista: «¿La mujer tiene pelo corto o largo?». Me contestó «Cortito, señora, es una flaca vestida de deporte». Casi me pongo a llorar horrible, porque mi cuñada Clara (que era mi única esperanza) siempre ha tenido el pelo hasta la cintura y jamás ha ido, ni iría, a un gimnasio. ¡La flacuchenta encima ya duerme con él, en casa de su mamá, qué tal cuajo! Seguro que la borracha de mi suegra ni cuenta se ha dado y la marciana de Clara nunca se sabe en qué mundo anda...

La cosa es que, de repente, el auto de Fer empezó a sobreparar en Dasso, como buscando dónde estacionar, y yo me puse a chequear si había un hotel por ahí cerca, porque seguro se iban a la cama. Claro que después pensé que para qué si ya habían dormido juntos, aunque nunca se sabe. Hasta que Fer encontró un sitio y se parqueó. Mi chofer que, pucha, parecía tanto o hasta más interesado que yo en el seguimiento, se detuvo a una distancia prudencial, pero entre los nervios y un poste que me tapaba no pude verlos bien. «Están entrando a un café, señora», me dijo, superservicial, y me señaló el lugar. Le pagué y bajé del auto como una loca. Te juro que no me importaba cuadrarlos ahí mismo, hacer roche delante de toda Lima. En verdad, o sea, estaba fuera de mí cuando crucé la puerta y los vi a él bien sentado y a la flacuchenta de espaldas, los dos mirando la carta. Al verme avanzar hacia él, Fer como que se sorprendió, y ya cuando estaba cerquita, te juro que estaba a punto de meterle una cachetada o un sopapo, hasta que

felizmente me di cuenta de que la flacuchenta no era otra que mi cuñada Clara, con nuevo *look*, irreconocible, y me quedé helada.

Me invitaron a sentarme, todos asombrados pero simpáticos. Yo me hice la que qué casualidad, tú sabes, pero igualito me seguían temblando y sudando las manos, y no sé si Fer se habrá dado cuenta de todo o qué. La cosa es que Clara me dijo para vernos un día y tomar un café, y al toque se fue porque llegaba tarde al gimnasio. Cuando nos quedamos solos, Fer me preguntó todo orgulloso qué me parecía el cambio de *look* de su melliza, y me contó que ahora hasta hacía ejercicio y él era su «productor de imagen». Le dije la verdad: que estaba regia (era cierto, te juro), pero yo alucinaba con la boca abierta, porque los dos se ven igualitos, qué nervios. Entonces Fer me dijo que justo me iba a llamar más tarde. Estaba como que distante, pero a la vez medio coqueto, no sé cómo explicarte. Me preguntó si estaba molesta por lo de anoche, y yo le contesté que no, y él me dijo que había estado pensando en lo de reinventarnos y me soltó «¿Cholita, yo también puedo proponerte cositas?», y yo me quedé de una sola pieza, pero le dije «Claro, sorpréndeme». Todo pícaro me preguntó «¿Vale todo?», y le contesté que sí, en verdad medio asustada pero haciéndome la bacana. «¿Estás segura?», insistió, y yo asentí. Entonces se quedó callado un ratito y me dijo «Ya. Solo dime una cosa: ¿hombre o mujer?». Pucha, Amalia, decir que me dejó lela sería poco, porque primero no entendí nada, y como me vio la cara de susto, me repitió «Solo dime: ¿hombre o mujer?». Pensé rapidísimo que lo que me iba a proponer era un trío, de hecho, porque tan quedada no soy, y me puse nerviosaza, y se me salió sin pensar la respuesta: «Hombre». Pero al toque me imaginé echada calata en mi cama, con dos penes erectos enormes colgando sobre mi cara, y me arrepentí y le dije «¡No, mejor mujer!». Él sonrió y al toque cambió de tema.

Hablamos un ratito sobre Rafa, de que le va regio en la universidad en Boston, pero yo no podía concentrarme en la conversación, pucha, porque solo pensaba en lo que acababa de aceptar y ya no había forma de retroceder sin quedar como una idiota. Nos despedimos con un besito en la boca y quedamos en que vendría a la casa tipo cuatro de la tarde.

Ya te imaginarás, Amalia, cómo estoy. Ahorita me pongo a ver videos de tríos en internet, porque lo que no puedo permitirme, no hay forma, es hacer un papelón. ¡Me muero! Supondrás bien que nunca he hecho algo así, y lo peor es que ni siquiera me lo había imaginado en mi vida... ¿Has tenido alguna experiencia que me pueda servir, amiga? Estoy locaza. Por un lado, pienso que no está bien, o sea, hacer algo que asusta tanto solo para darle gusto a Fer y no quedar como una repre, pero, por otro, me parece un reto chévere, no sé, siento como que mariposas en la barriga de solo imaginarme en una situación así, y también estoy orgullosa por haberme atrevido a aceptar.

A ver, si te soy completamente franca, mis miedos son básicamente dos: que me dé un ataque de celos en pleno trío y ¿necesariamente tengo yo que tener algo con la mujer o no? A los hombres les gusta mirar esas cosas, y de repente eso quiere Fer. Pucha, una cosa es haber hecho cositas así de chiquilla y otra, o sea, ahora, porque estoy segura de que yo con mujeres nada que ver... Voy a chequear cómo diablos hacen en los videos mientras espero que me contestes. No sé si depilarme toda, qué dolor, porque si la tipa se aparece así, como en las pornos, y resulta que eso le encanta a Fer, voy a quedar fatal si estoy toda peluda... ¡S. O. S.! ¡Qué haría yo sin ti, amiga!

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

29 abr. a las 10:12 a. m.

Querida Verónica:

Te mentiría si te dijera que no he dudado sobre escribirte lo que pienso acerca de tu pronto trío, pero no porque quiera protegerte cual madre preocupada (entiendo que te haya molestado mi tono de ayer y me disculpo), sino porque creo que puedes estar metiéndote en camisa de once varas y, según tú, ya no hay vuelta que darle. Supongo que los tríos pueden ser problemáticos cuando hay pareja de por medio, como es tu caso y como siempre ha sido el mío. Yo he estado emparejada toda mi vida —¡qué horror!, ¡ahora que lo pienso, nunca he estado sola!— y he sido tan enfermizamente celosa que siempre me he negado de saque a la posibilidad de ver a mi hombre alternando sexualmente con otra mujer. Primero muerta. Así que, mi querida Verónica, a buen palo te arrimas. Como verás, otra vez, me confieso mucho más convencional de lo que aparento.

¿Qué consejo puedo darte? Tranquilízate pensando que siempre puedes retroceder, aun si te das cuenta ahí mismo de que la escena te resulta insufrible; nadie te obliga a nada, querida Verónica, y al diablo el papelón. Aunque, quién sabe, de repente terminas descubriendo, para tu felicidad, una poderosa afición que estaba latente en ti. Sobre tu posible intercambio carnal con la invitada, creo que hay dos posibilidades: o ustedes dos (las chicas) se ignoran mutuamente y se dedican a complacer al caballero, quien, a su vez, debería hacer lo propio con ambas, o los tres juegan todos contra todos más o menos equitativamente. No se trata, querida, de qué posibilidad te resulte menos insoportable, sino de que alguna te excite de verdad. Se supone que lo que mueve estos *ménages à trois* es la arrechura. No quiero desanimarte, pero

si las pingas te parecen más bien feúcas, no sé qué opinión te merezcan las chuchas que, a mi parecer, bonitas no son. Siempre me han asombrado los hombres que se extasían contemplando una vagina abierta de par en par. No sé si sea buena idea mirar videos en internet: te vas a encontrar con una de chupadas de pingas y de coños que ni te cuento; y como lo tuyo no parece ser —al menos hasta ahora— el sexo oral... Pero, como te digo, no quiero desanimarte. Te deseo toda la suerte del mundo y espero con ansias saber cómo te fue. Admiro tu coraje.

Sí, ayer me vi con F, y agradezco a todos los dioses el arrebató que me llevó a escribirle la cita de Wilde, que era, de hecho, una invitación a la cama. La confesión de Eric sobre lo doloroso que le resulta quererme y su agresiva manera de describirme me hicieron verlo —o vernos, más bien— bajo una perspectiva más amplia, desde lejos, y esa mirada a la distancia terminó por derrumbar el estado de enamoramiento en el que había vuelto a caer poco antes. Quizá estar volcado en el otro y permanecer inmerso ciegamente en él sean requisitos para la pasión. Al menos algo así me había pasado siempre —aunque mucho más radicalmente—, hasta antes de conocer a Eric. Como sabes, siempre he dejado a todas mis parejas, y esto ocurría muchas veces como consecuencia de echarles —disparada por algún detonante en apariencia cojudo, como escucharles decir «pienso *de que* tal cosa»— una mirada nueva que resultaba en un fatídico, irreversible desenamoramiento, que tornaba la atracción en rechazo. Debido a esa repentina repulsión, he dejado, sin poder darles explicación alguna, a hombres a quienes minutos antes amaba para siempre. Como te imaginarás, una y otra vez he quedado como una buena mierda. Nunca, tampoco ayer, Eric me produjo ese asco —te aseguro que si así fuera ya lo habría dejado—, pero sí una profunda sensación de soledad y lejanía que me facilitó escribirle a F sin pensarlo.

F contestó al toque mi mensaje y me recogió del malecón para acompañarlo a hacer fotos de paisajes nocturnos en una playa del sur aprovechando la luna llena. Me subí al carro y me paralicé. No era que no me gustara, sino al contrario: apenas lo vi al volante quise tirármele encima como una loca, pero la cita de Wilde había sido demasiado prometedora y no sabía si podría estar a la altura; y eso de quedar como calientahuevos, jamás. Decidí abrirme con él y le confesé mi inseguridad, que él ya había intuido porque, en nuestros *chats*, han sido motivo de largos intercambios mi adormecimiento sexual y la extraña relación que últimamente he entablado con mi cuerpo. Es increíble, pero este hombre a quien recién conozco sabe mucho más de mí que Eric, con quien vivo desde hace quince años. Le conté también cómo me había descuadrado la reciente conversación con mi marido y F me habló de la falta de deseo por su linda esposa (sí, Verónica, es casado, y no te me escandalices).

Hasta la Curva de Chorrillos comentamos pormenores sobre nuestros respectivos males de amor, riéndonos de nosotros mismos. Ya en la carretera al sur sentí que el verbo había esfumado mis miedos, y me rendí a la poderosa atracción que este hombre ejercía sobre mí. Empecé a acariciar su antebrazo derecho, apenas poblado de vellos, y su mano de dedos largos sobre el timón. Me sorprendió la inesperada suavidad de su piel. Luego me aproximé lentamente a su cuello y, cuando lo besé, me dejé embriagar por su olor, que aspiré profundamente buscando con mi olfato cada matiz para saborearlo, mientras él recorría mis muslos con la palma de su mano, rozándolos apenas, provocando una corriente eléctrica que se expandía por todo mi cuerpo. Nuestras bocas se encontraban brevemente y de lado, proporcionándome un placer enorme, y yo, de pronto, tomé el dorso de su mano para llevarla por debajo de mi *short*. Necesitaba con carácter de urgencia que me tocara, y así lo hizo, con suavidad extrema, abriéndose paso

entre mis labios mojados, y allí se instaló para tantearme cuidadosamente, conociéndome. Yo le correspondí palpando, a través del pantalón, su bulto, que descubrí pleno, hirviendo, al borde de la explosión, y lo acaricié con las puntas de los dedos adivinando, para acariciarla, su pinga erecta aprisionada, y ella respondió a mi tacto asombrosamente, luchando por desenroscarse. De pronto, él dio un giro a la derecha sin dejar de tocarme, prendió las luces de emergencia y se estacionó en la vía auxiliar de la carretera. Liberó su mano, se sacó el cinturón de seguridad, desabrochó el mío y me besó en la boca, tomando mi cuello con ambas manos, con suma delicadeza. El beso, Verónica. Se hizo el beso. Yo me así de sus manos mientras nuestros labios jugaron largamente a rozarse sin dejar intocado el menor trozo de piel, entreabriendo las bocas y cerrándolas, alternando recorridos sobre superficies húmedas y secas, jugando al ritmo del intercambio de alientos tibios. Nuestras lenguas por fin se atrevieron a tocarse, animándose poco a poco a lamerse mutuamente, y sentí que la creciente arrechura que irradiaba nuestro beso podía hacerme terminar, y me dejé llevar, y tuve un orgasmo arrasador, que me hizo gemir a gritos dentro de su boca, mientras él también estaba a punto de reventar de felicidad y de arrechura.

Recuperé el aliento sin despegarme de él, y apenas me sentí más o menos dueña de mí misma, miré a ambos lados de la carretera para constatar nuestra relativa soledad y lo empujé hacia su asiento. De inmediato abrí el cierre de su pantalón y liberé su pinga erecta, perfecta, que pedía a gritos mi boca. La lamí toda, de arriba abajo, y luego me detuve a besar su brillante glande expuesto, muy despacio, para luego tragármela toda y sentirla rozar el fondo de mi garganta, y así le di placer con mi boca hasta que lo percibí convulsionar, y su semen caliente me inundó por dentro mientras él ahogaba un grito, que también fue mío. Me incorporé, nos miramos sorprendidos,

reímos, nos abrazamos fuerte y él procedió a acomodarse el pantalón mirando a través de las ventanillas del auto con semblante travieso. No había palabras.

Con un gesto acordamos seguir nuestra ruta y durante el trayecto nuestras manos no dejaron de tocarse con avidez y dulzura. Mi propio cuerpo me había poseído al fin, y yo ya no era distinta de él. De pronto, F me dijo «Me muero de hambre. ¿Tú no? ¿Un pan con chicharrón?», y yo asentí, entusiasmada. Paramos en un pequeño restaurante al borde de la ruta y nos sentamos al fondo. No podíamos dejar de tocarnos, de mirarnos, de besarnos, aun mientras devorábamos nuestros sándwiches —jamás había probado delicia semejante—, casi sin hablar. Hasta que sonó la alerta de mi teléfono. Dudé antes de ceder a reconectarme con el mundo, pero no pude evitar mirar la pantalla: Eric, que estaba dictando clase, me pedía abrirle la puerta del departamento a Elisa, que había adelantado su mudanza y estaba con sus cosas en la portería del edificio. F comprendió mi urgencia y me dijo sonriendo «Tranquila, ya no tengo ganas de hacer fotos, ni de nada más aparte de ti. Te llevo». Normalmente, una declaración semejante me habría cortado de hacha la libido, pero no fue así: hasta que me dejó en el malecón cerca de mi edificio, mi cuerpo siguió encendido, sintiendo la proximidad del suyo. No fue fácil bajarme del auto y dejarlo. Una vez sola, me hincó la duda: no sabía cómo reaccionaría frente Eric la nueva mujer que era yo entonces.

Llegué al edificio, entré con Elisa al departamento —la encontré hecha mierda y más flaca que de costumbre a la pobre— y, cuando estaba a punto de dejarla para que se instalara en su cuarto, me dijo «No te vayas, Amalia. Acompáñame». Ya te he dicho que tengo debilidad por esa chica linda, brillante y de pocas palabras. Me contó, con lágrimas en los ojos, que Nicole, su novia, la había dejado y que le resultaba inconcebible vivir sin ella, aun cuando sabía que la pasión había desaparecido progresivamente desde que se

mudaron juntas. Me sentí impotente. ¿Qué puedes decirle a alguien que constata la agonía de su amor y a la vez se aferra tercamente a él?

—Tú me lo advertiste —me dijo con rabia, y añadió conteniendo inútilmente el llanto—: Me dijiste que la convivencia era una mierda.

—Sí, te dije que si de verdad la querías, evitaras vivir con ella. ¡Pero mírame a mí! ¡Siempre he hecho lo contrario de lo que predico! —le contesté abrazándola para que llorara en mi hombro.

—¡Soy una cojuda! ¡Una cojuda! —repetía sollozando.

—Todos somos unos cojudos, amorcito. Ya va a pasar... —le dije besando y acariciando su cabeza.

De pronto escuchamos el sonido de la puerta de entrada. Era Eric, sin duda.

—Elisa, que no nos ampaye tu papá hablando como dos locas escépticas. ¿Pedimos algo y vemos una peli los tres juntitos, como la linda familia que somos? —le dije, con una ironía que la hizo sonreír apenas y asentir secándose las lágrimas y los mocos.

Salimos a darle el encuentro a Eric y en el camino luché por calmar mi ansiedad. Apenas lo vi abrazar a su hija, mi garganta se anudó y me sentí profundamente atraída por él, al punto que tuve que contenerme para no colgarme de su cuello. No era solo el amor entre ellos lo que me conmovía así; era él. Mientras comíamos los tres —yo con una voracidad loca a pesar del sándwich de chicharrón de hacía poco—, Eric en medio de las dos, instalados en mi cama, viendo *Gritos y susurros* de Bergman —menuda película escogió la preciosa loca de Elisa para aderezar su desamor—, no pude dejar de mirar a Eric de reojo para constatar cuánto me gustaba, ni de sentir el inédito placer que me proporcionaba el contacto de su cuerpo contra el mío. Todo parecía indicar, Verónica, que «me había curado» milagrosamente, para decirlo con tus palabras. Pero no solo estaba con él. Por

ratos, mi mente volaba para instalarse en la sensación de aquel beso en el auto y revivirlo paso a paso, con un realismo feroz, al punto que hubiera podido tener un orgasmo ahí mismo. Es increíble, Verónica: jamás la había dado con solo besar. Cuando me llegó un mensaje de F diciéndome «Solo quiero besarte más», le contesté «Yo también a ti, y lo estoy haciendo ahora», y luego volví a Bergman, a Elisa y a Eric, para amarlo a él también. No quería pensar; solo vivir lo que me estaba pasando. No importaba nada más. Me dormí abrazada a Eric, amándolo más que nunca.

Cuando me desperté hoy, Eric y Elisa ya se habían ido a la universidad. Me levanté pletórica, llena de energía. Le escribí a F diciéndole que lo extrañaba (nunca he sido de las que se quedan esperando). Pero no me contestó. Me empecé a angustiarse. Me conozco: sé que puedo enloquecer por una respuesta que no llega. Entonces decidí prender la computadora, pensar en otra cosa. Y este escape, contra todo pronóstico, terminó en la escritura de un cuento, imagínate. Algo me hizo recordar unas notas guardadas por ahí y echar mano de ellas. Se hizo otro milagro, querida Verónica. ¿Será casualidad o el eros y la escritura estarán amarrados en mí?

A estas alturas ha pasado demasiado tiempo, no dejo de preguntarme por qué no me contesta este huevón y no puedo pensar en otra cosa. ¿Será que esa intensidad demencial que me pareció mutua fue solo cosa mía? ¿Seré capaz de alucinar así? Necesito saberlo. ¿Pero cómo? Me estoy volviendo loca, cual adolescente con la mirada clavada en mi teléfono, comiéndome las uñas. Ya me jodí. Hasta que no me escriba, desfalleceré. Encima me enferma la perspectiva de visitar a mi madre después de almuerzo. Felizmente Eric me va a acompañar.

¡Verónica, mi teléfono acaba de sonar y es él! Tengo que dejarte. Te sigo escribiendo luego.

Besos,

Amalia

Amalia <amalia@propio.com>

29 abr. a las 10:32 a. m.

Querida Verónica:

¡Estoy enamorada! ¡Locamente enamorada! ¡La vida es preciosa!

Besos,

Amalia

Vero <vero@suyo.com>

29 abr. a las 7:21 p. m.

Hola, Amalia querida. Primero, quiero felicitarte de todo corazón por todas tus curaciones. Por favor, deja de pensar de una vez por todas que me voy a escandalizar, porque nada que ver. ¡Estoy superemocionada por ti! Te juro que vivo tus triunfos como si fueran míos, en serio. Eso sí, te advierto que estoy medio zampada y viendo doble (las letras bailan bien bonito en la pantalla), pero no podía esperar hasta mañana para contártelo todo. Es que siento como que voy a reventar.

Mientras me probaba un montón de *looks* diferentes para recibir a Fer, recontra indecisa (comprenderás que no era fácil con la perspectiva de un trío, o sea, imagínate), me tomé varios *whiskies* yo solita para calmarme. Te juro que me bajaba un vaso tras otro, y el trago como que no me hacía efecto de tantos nervios, y eso que no había comido ni iba a comer ni michi, para no

tener nadita de panza delante de la regia esa, que seguro era cero grasa. Al final me decidí por un vestidito un poco demasiado sexi para mi gusto, pero ni hablar me iba a arriesgar a que la chica llegara toda mamacita y yo estuviera vestida cual monja. ¡Alucina que hasta me quité el calzón, misma Sharon Stone! Ya te he dicho: me moría de miedo, pero también tenía ganas de saber qué iba a pasar, y cada vez más mientras se acercaba la hora de la verdad.

Bueno, la cosa es que llegó Fer superpuntual (me saludó con un besito en la boca, normal nomás) y me pareció que también estaba nervioso, caminaba de un lado a otro, miraba su teléfono a cada rato y me pidió un trago. Le pregunté cuál era la sorpresa, haciéndome la sonsa, y él me contestó «Ahorita llega». Ya, pues, ¡obvio que me esperaba un trío MHM! (así los llaman, he investigado en internet). Al ratito tocaron el timbre. Te juro que sudé frío y me zampé seco y volteado mi vaso. Fer se dirigió a abrir la puerta, pero ni loca lo iba a dejar solo: lo seguí para mirar bien si él y la tipa se conocían de antes, porque ahí sí, Amalia, te juro que la botaba a patadas y le cortaba ya sabes qué a él. No lo vas a creer, amiga. Yo me imaginaba que entraría una mujer con escote y tetazas, encajes, minifalda, no sé, bueno, tipo prostituta, ¿no? ¡Pero no! Esta era una chica regia, sí, con una cara bien bonita, piernas superlindas, buen poto y tetas redonditas (la escaneé completa, claro), pero normalaza, con su faldita de *jean* y un polo básico, maquillada como para el diario y con el pelo largote, supernatural... Parecía, no sé, recién llegada de su universidad. Eso sí, era bastante chibola (mayor de edad, porsiacá, no vayas a pensar mal), mucho menor que yo, y eso casi me mata de cólera. Lo bueno fue que se la veía tan buena onda que al toque dejé de sentirme una tía y fue obvio que nos caímos recontra bien. Como que había su química. Oye, ¡o sea que las chicas normales también chambean así! Eso al comienzo me rayó,

pero después me pareció que por qué no, o sea, ¿qué tiene de malo ganarse los frejoles yendo donde gente como Fer y como yo?

La cosa es que Katia (así dijo que se llamaba, pero será una chapa, ¿no?) aceptó el trago que le ofrecí y nos sentamos en la sala, las dos en un sofá, mientras Fer ponía música. Yo ya sabía que lo más difícil iba a ser el comienzo, porque, o sea, quién empieza y cómo. Ella se dio cuenta, creo, de que yo estaba nerviosísima, y como le confesé despacito que era mi primera vez, me agarró la mano (Fer nos miraba sentado sobre la alfombra, cerquita de ambas) y te juro que me encantó tocarla y que me tocara. Pucha, me gustó su piel, no sé, como que me tranquilizó horrores, aunque eso sí, seguí tomándome el *whisky* superrápido, porque todavía me sentía como dura. De repente, no me preguntes cómo, ya estaba chapando con ella, y te juro que fue lo más natural del mundo, literal. Oye, yo no soy capaz de poner en palabras ese chape, porque no soy escritora como tú, pero alucina que cuando nos besamos era como si, no sé, como si me besara a mí misma, o sea, nada que ver con lo que he sentido siempre con Fer (nunca he besado a otro hombre, qué vergüenza), porque además su saliva me pareció deli y me excitó horrores, sentí que me latía ahí abajo recontra fuerte, y no quise que eso parara nunca más.

En un momento en que separamos un poquito nuestras bocas y nos miramos, las dos un poco derretidas, vimos a Fer de reojo y nos dimos cuenta de que lo habíamos dejado de lado, y creo que nos sentimos un poco mal de abrirlo así, y entonces ella me miró como diciendo «Vamos donde él», y yo, la verdad, no tenía muchas ganas, pero, caballera nomás, fuimos, bajándonos del sofá y como gateando, supersexis, para qué. Ahí mismo me di cuenta de que, pucha, estaba bien mareada, caray. Vi que ella se dirigía, de una, a practicarle sexo oral a Fer, que ya estaba en bóxer, supererecto (se notaba a la legua), y no supe si podía resistir esa escena, te juro, qué fuerte. Como no

podía decir nada que sonara a protesta (¡qué roche!), entonces me zampé otro trago, recontra picon, porque la boca que yo quería para mí solita me había abandonado nada menos que por el pene de mi marido, y no quise ver. Moscaza yo, me acerqué a Fer para besarlos en los labios mientras yo misma me masturbaba subiéndome el vestido. Pucha, fue mala idea, Amalia, porque su boca como que no me gustó, pero tuve que disimular, así que dejé de besarlos y, cerrando bien los ojos para no ver ya sabes qué, me puse como posando para que él se vacilara mirándome y me seguí tocando para no perder la calentura. Mientras ella le hacía una *felatio* interminable, yo ya no sabía qué más hacer, porque, pucha, yo podía terminar así nomás, pero me daba no sé qué, por la falta de *timing* con ellos. Por suerte, en ese momento, ella dejó el pene de Fer y se me acercó, me abrió las piernas y empezó a lamerme ahí abajo, de una manera, Amalia, pero de una manera... Tú sabes que era mi primera vez en la vida y descubrí que no había nada mejor en el mundo... No vi qué hacía Fer, pero ahora que lo pienso, seguro la estaba penetrando a ella, Dios sabe por dónde. Ya no me importaba nada, solo sentir lo que ella me hacía con su boca, que me pasaba de vueltas, me volvía loca.

No pasó mucho rato hasta que me hizo tener un orgasmo. Ahí sí que no pude controlarme, y me desplomé sobre la alfombra, que parecía que me chupaba hacia debajo del suelo y todo me daba vueltas, y escuchaba jadeos y gemidos como desde muy lejos, y luego ya no oí nada. Traté de levantarme pero casi no podía moverme. Así me quedé, como flotando en espiral, hasta que vi todo negro.

De pronto sentí que me acariciaban la frente y alcancé a abrir los ojos. Era Fer que me decía «¿Estás bien, cholita?». Solo balbuceé «Sí... ¿Y Katia?». Él me contestó que ya se había ido, y después me dijo «¡Ni bola me has dado, cholita!». Pucha, qué roche. Obvio, se había dado cuenta de todo y creo, alucina, que me hizo el amor cuando estaba privada, porque tenía todo

un poco irritado y algo me bajaba de ahí, pero no le dije nada. Me ayudó a sentarme y me dio un vaso de agua. Pensé que de repente se había molestado, pero no: se reía, más bien. Me llevó a mi cama (te juro que casi no podía caminar) y después me acostó como a una bebita. Recuerdo que me dio un beso y luego ya me privé, literal, completamente.

Cuando me desperté hace un rato, Fer ya se había ido, y primero pensé que todo lo había soñado, te juro. Al toque empecé a ver lo ocurrido como en una película recontra desordenada, literal, y me he quedado entre palteada y contenta, no sé, con una mezcla raraza. ¡Ay, Amalia, no sé qué pensar! ¿Me habré vuelto *gay*? La verdad es que no creo, porque la gente tiene estas experiencias bien locas, y hasta peores, y eso no quiere decir nada... Me revienta la cabeza y tengo náuseas. Te dejo.

Bye, bye.

Verónica

Amalia <amalia@propio.com>

29 abr. a las 8:32 p. m.

Querida Verónica:

Me temo que en este momento solo soy capaz de hablarte de mí.

Fui a visitar a mi madre. Eric, que sabe cuánto me cuesta cada esporádico encuentro con ella, estuvo cariñoso durante el camino hacia la casa de reposo, y yo agradecí profundamente su compañía. Acordamos que entraría sola a la habitación, mientras él me esperaría en la salita de al lado. Como te conté, Mariana me había anunciado el deterioro de mi madre, así que, aunque iba preparada para encontrarme con un espectáculo por demás desagradable, me

tranquilizaba pensar que su debilidad le impediría maltratarme otra vez. Apenas entré, ella, mucho más delgada de lo que había imaginado, me recibió con una sonrisa amorosa que no recuerdo haber recibido jamás de sus labios. Me quedé paralizada.

De pronto me extendió una mano huesuda que se quedó temblando en el aire hasta que me acerqué a recibirla, sin ninguna gana. *No me ha reconocido*, pensé, *me está confundiendo con otra*. Pero acto seguido me susurró «Amalia, hijita, te he estado llamando, gracias por venir», y añadió con los ojos repentinamente mojados de lágrimas «¿Me perdonas?». No me inmuté. No sentí nada más que lástima, la misma que me habría producido cualquier ser extraño en un estado así de deplorable. Entonces asentí y ella besó el dorso de mi mano, repitiendo «Gracias». En ese instante empezó a toser con estrépito, se aferró con fuerza a mí y yo no pude sino soltarla y alejarme unos pasos. Empezaba a ahogarse. Entraron presurosas dos enfermeras, le colocaron una máscara de oxígeno y revisaron sus signos vitales. Recobró el aliento poco a poco, con los ojos cerrados, y así se quedó un buen rato. Salí de la habitación y Eric me abrazó, pero mi cuerpo estaba sin vida: seguía sin sentir. Durante todo el regreso a casa él tomó mi mano y yo permanecí así, con la mente y el corazón en blanco. Cuando llegamos al departamento, Eric me preguntó si quería que se quedara conmigo y yo le dije que no, que fuera tranquilo a su clase de *muay thai*. Apenas estuve sola, salí a la terraza para ver el mar. Entonces, de la nada, me entró un ataque de llanto que no pude contener y que, creo, duró horas. Apenas pude llegar al baño para buscar una pastilla que me durmiera, pero de las fuertes. Luego me eché en la cama con mi *laptop* sobre las piernas para escribirte y ya no tengo fuerzas para más. Me tranquiliza saber que no estés esperando mis comentarios sobre tu trío, dado tu avanzado estado de ebriedad. Comuniquémonos mañana, por favor.

Besos,
Amalia

Asunto: ¿Estás mejor?

Vero <vero@suyo.com>

30 abr. a las 10:01 a. m.

Ay, Amalia, me has partido el corazón con lo de tu mamá. Yo te había dicho que era imposible que te odiara como tú creías y ahora me atrevo a decirte que, ¿ves?, tú también la quieres. Pucha, qué fuerte, amiga. Estoy segura de que ella ha sido supersincera pidiéndote perdón. A veces la gente cuando está en las últimas se da cuenta del daño que ha hecho, y tú, como tienes un corazón enorme, ya la perdonaste. Estoy segura. Porque no eres tan dura como parece, querida. ¿Ya estás mejor ahora? Cuéntame, porfa. Me preocupa pensar que no me hayas escrito porque sigues mal.

Oye, de repente me ha asustado todo lo que estoy haciendo con la loca idea de reinventarme sexualmente con Fer. Es como que, o sea, no me reconociera. Eso de la tal Katia, por ejemplo, ha sido un poco *too much*, no me digas que no... ¿En qué voy a terminar? Qué miedo. Hoy me levanté supertriste, como vacía, y sentí la necesidad urgente de llamar a Fer para que viniera a tomar un *brunch* (no le dije que quería conversar con él para no alterarlo), porque ni hablar iba a esperar hasta la hora de almuerzo. Es que, pucha, siento como que ya sufi, como que no quiero seguir con esto, amiga. Ay, ¡qué emoción! No veo las horas de que llegue Fer. Ya tengo listos los triples de palta, tomate y huevo, y los panqueques con miel de maple. Muere por ellos.

¡Escúchame! ¡Parece que te curaste! Perdóname si te digo «parece», pero es que, la verdad, mejor no hay que cantar victoria. No quiero ser *waterparty*, Amalia, ¿pero y si te desenamoras de F así como te ha pasado con tantos otros patas en tus épocas de *femme fatale*? De repente lo dejas hecho puré al hombre. Otra cosita: ya sé que siempre te digo que hay que pensar en positivo, pero si te soy franca, o sea, como eso de que el hombre sea casado no me cuadra (ojo, no te estoy juzgando), no me daría tanta pena si tu romance se fuera al tacho, aunque entiendo y me alegra que tu nuevo enamoramiento haya resucitado tu pasión por Eric y, encima, que te hayas puesto a escribir. ¿Pero no te sientes mal por la esposa? ¡Pobrecita! No sé por qué me identifico un poquito con ella, *sorry*. Me has dejado lela con tus agarres en plena carretera (¡pucha, obvio que se han podido estrellar!). Y lo de la *felatio* en la vía pública, ni te digo. Ya sé que en esta época casi no hay tráfico, pero igual. Muy aparte, te confieso que yo ni muerta me tragaría el semen de Fer. ¡Guácala! Solo de pensarlo vomito. Pero entre gustos y colores... Eso sí, te aconsejaría que tuvieras más cuidado, no vayas a terminar con problemas por atentar contra la moral y las buenas costumbres, y qué roche, no me digas que no.

Por otro lado, eres increíble. ¡Primera noticia que una podía tener un orgasmo solo con un beso en la boca! ¡Yo también quiero! Y hablando de besos... Te confieso que a cada rato pienso en los de Katia (en los de arriba y en los de abajo). ¡No puedo evitarlo, es más fuerte que yo! Y me dan como escalofríos ricos y latidos fuertes ya sabes dónde. En verdad, quiero más. ¡Me muero por más! Pero no necesariamente con ella, no creas, aunque no te niego que se me ha pasado por la cabeza llamarla sin que sepa Fer. Claro que yo misma me he escandalizado de semejante idea. ¡Qué horror! Tengo una duda: ¿los hombres también saben hacer eso bien, no? Qué estúpida he sido

de nunca haber dejado que Fer me bese ahí... Me arrepiento a muerte, pero nunca es tarde, amiga.

¡Uy! ¡Acaba de llegar Fer! ¡Vuelo! Ya te cuento luego.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

30 abr. a las 10:41 a. m.

Querida Verónica:

Creo que apresuras una conclusión con relación a lo de mi madre: no creo que ese llanto me atacara porque la quisiera, ni porque me haya pedido perdón, ni porque me conmoviera verla así. Creo que, más bien, me atacó una mezcla de rabia y de tristeza por lo que ella nunca me dio: cariño. No pienso volver a verla. Ayer he percibido en su rostro el rigor de la muerte y yo hace tiempo me despedí de ella.

Pasemos a cuestiones gratificantes. Hoy me desperté al alba, sobreexcitada, y lo primero que hice fue mirar la pantalla de mi celular, mientras Eric todavía dormía profundamente a mi lado. Encontré, para mi felicidad, un WhatsApp de F: «Me he dado cuenta de que mi verdadera vocación es manejar por la carretera. ¿Recorremos varios continentes? Aunque también daría la vida por estar en una cama contigo y besarte toda, toda. ¡Dime cuándo nos vemos, por favor, que ya no puedo más!». Me pasé de vueltas. Cerré los ojos y rememoré, una vez más, mis manos en las suyas, sus dedos sobre mi clítoris, su pene en mi boca, su beso. Andaba sumergida en estas cavilaciones arrechas cuando Eric empezó a dar señales de vida. Me

acerqué a él y le di un breve beso que lo despertó con una sonrisa. No pude esperar a que se despabilara por completo para decirle, hablándole coqueta, muy de cerca, «¿Sufres mucho conmigo?», y él me respondió con voz adormilada «Sí, pero estoy aquí porque quiero. Y quiero suponer que tú también». «Supones bien», le contesté, y cuando me acerqué más para buscar su beso, él empezó a acariciar y a lamer mis tetas con avidez y ternura. Aunque mi boca había pasado tristemente a segundo plano, me dejé llevar, pronunciando mentalmente palabras inspiradas en ti (*No se puede tener todo en la vida*), y cerré los ojos para abandonarme al enorme placer que me proporcionaba su lengua sobre mis pezones. Mis manos, por iniciativa propia —yo estaba maravillosamente poseída—, fueron a dar a su pinga erecta bajo las sábanas y la acariciaron primero suavemente, para luego aprisionarla con fuerza, de arriba abajo, hasta que me dijo «Espera, linda, que me vas a hacer terminar». Entonces, siempre de lado, me la metió rogándome «Tócate, quiero ver cómo te tocas», y se movió dentro de mí con la mirada clavada en mis dedos, que sobaron de lado a lado mi clítoris, arrancándome suaves gemidos de placer. Luego me dijo «Avísame», y yo intenté imitar el movimiento de su lengua sobre mis tetas con un dedo que mojé con mi saliva, y sentí que llegaba al fin. Se lo hice saber con la mirada, y él se vino mientras yo también me estremecía toda. Se tendió sobre mí y me preguntó, travieso, «¿Te gustó tu *quickie* mañanero? Estás de lo más arrecha últimamente, amorcito, qué barbaridad». Yo asentí feliz y me sonrojé como una niña tímida. Nos quedamos abrazados un rato en la cama, hasta que rompí el silencio. «¿Preferirías no quererme, Eric?», le pregunté, y él me respondió «Amalita, ¡ya pues! Tú sabes que me muero por ti», y me dio un besito y se incorporó para levantarse. Eric había cerrado las puertas a cualquier conversación sobre nosotros que pudiera mover mínimamente nuestro piso: no había más que hablar. Pero no entristecí ni me molesté. Repetí para mí

misma, nuevamente, tus sabias palabras, a las que añadí en silencio: *Mi cuerpo ha renacido también con él. El beso y el verbo, felizmente, están en otra parte.*

Tu trío, querida amiga, me ha parecido sensacional, dejando de lado la borrachera brutal que te mandaste, aunque me parece que tu desmayo jugó como un eficiente mecanismo de defensa para no presenciar lo que no querías ver. Lo importante es que finalmente descubriste el fantástico mundo de las chupadas de coño sin el que, francamente, no sé cómo se puede vivir. Para tu tranquilidad, dejemos de lado por el momento el hecho de que quien te inauguró fuera una chica. Yo creo que la destreza en este delicado arte no depende del género del ejecutante. Según mi experiencia, hay hombres que detestan incursionar en él —por asco o por mera inhibición, supongo—, pero también hay muchos negados para el asunto —quizá porque la mayoría ni se ha enterado de que las mujeres tenemos clítoris—, y están quienes lo hacen maravillosamente y encuentran gran placer en ello. Estos son, a mi humilde parecer, los únicos hombres con los que vale la pena tirar. No me parecería ninguna mala idea que contrataras a Katia tú solita —no me vas a negar que la chica te gustó, y eso no tiene por qué preocuparte, ni hacerte acreedora de etiqueta alguna—, si no fuera porque muy posiblemente después te harías un mal rollo con eso. Lo que queremos es disfrutar de la vida, ¿no?

Ay, Veroniquita, ¿por qué tenías que hablarme de la posibilidad de que me desenamore de F? No se me había ocurrido pensar en eso. Sería fatal. No quiero perder el estado de erotización perenne que me proporciona y contagia fantásticamente a mi vida conyugal y a mi escritura. Pero es cierto, cualquier cosa puede suceder. Me has instalado el miedo feroz de que, cuando vuelva a verlo, me ataque esa parálisis que me incapacita para entregarme al placer con todo. Voy a confesarle ahora mismo a F el pánico que se está apoderando de mí cada vez con más fuerza; está visto que hablar de estas cosas con él

logra disipar mis temores, por lo menos hasta ahora. Y como hemos quedado en vernos mañana... Le acabo de escribir diciéndole, obviamente medio en broma «¿Y si no se me para?», y me ha contestado «No me metas miedo, que no se me va a parar a mí, de las ganas que te tengo. Si no se nos para, nos apachurramos nomás. Necesito verte ya». F me hace reír, me distiende. Pero siento que entre hoy y mañana transcurrirá una eternidad que puede hacerme volver a foja cero. Me siento como una niña aterrada. Me gustaría ser capaz de quedarme con los recuerdos vívidos de nuestro primer encuentro y librarme del amenazante momento del cuerpo a cuerpo, pero no puedo. Estoy jodida. Me cago de miedo, y a la vez me matan las ganas de verlo. Para variar, quiero dos cosas que se excluyen mutuamente.

Te diré sin la menor vergüenza que no me siento mal en absoluto por la esposa de F. No es ni mi conocida ni mi amiga. Sé que trabaja en una editorial, pero no la he visto ni en foto. Te confieso que de muy joven cometí varias veces la bestialidad de meterme con los enamorados de algunas amigas, y me arrepentí en el alma. No lo volvería a hacer. Pero eso sí: a estas alturas de mi vida, he llegado a considerar requisito casi indispensable que un hombre sea casado para aceptarlo como amante, bajo la única premisa de que su mujer sea una ilustre desconocida para mí. Eso me libra de un peligro mayor —que el hombre se me pegue como una lapa—, aunque ciertamente —no lo voy a negar— encarne otros riesgos que, sin embargo, pueden sortearse si se procede con cautela.

No dejes de contarme cómo te fue con Fernando.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>

30 abr. a las 12:03 p. m.

Acaba de irse Fer, Amalia. Mientras él devoraba feliz el *brunch* y me contaba cosas de su chamba, yo ni lo escuchaba, porque solo tomaba valor para comunicarle mi nueva propuesta, toda emocionada, pensando que de repente terminábamos celebrando en la cama y que me iba a besar *ahí*. No pude probar bocado porque, claro, estaba nerviosa, y él medio que me regañó por ser tan maniática con la dieta. «Si estás riquísima así», me dijo, y yo pensé *Bien que te gustan las esqueléticas, no te hagas*. Hasta que, cuando estábamos tomando café, me lancé. Le dije toda dulce «Mira, amor, creo que mejor nos dejamos de tanto jueguito, ya estuvo bueno, me parece. Vuelve a la casa, vivamos como las parejas normales, como éramos antes. Yo estoy segura de que ya no nos vamos a pelear porque, no sé, te noto como que más tranqui». Amalia, ¡se negó! Me dijo que le parecía que nos hacía bien no vivir bajo el mismo techo, que sí, que estaba más relajado y de mejor humor porque ahora se sentía más libre, pero que pensaba que, si regresaba a la casa, volverían las broncas. Casi me muero, Amalia. Me puse toda colorada, se me salían las lágrimas. ¡Me estaba choteando! Qué vergüenza admitirlo, pero me puse a llorar y le rogué, le supliqué que se mudara otra vez aquí, que volviéramos a ser una familia, que la idea de reinventarnos era para eso, para ser una pareja normal, que pensara en Rafa... Pucha, ¿tú crees que me hizo algún caso? Hasta se puso medio malo porque me dijo «Tú me botaste. La curiosidad mató al gato, cholita». ¿O sea qué? ¿Que me daba por muerta? Ya el colmo fue, te juro que casi me muero, cuando el muy desgraciado me dijo que estaba buscando un depa para mudarse porque ya no aguantaba estar en casa de su mamá. Entonces yo, que ya era un solo de llanto, de mocos y de hipos, le pregunté si seguiríamos siendo una pareja o no (no me atreví a

especificarle si nos comprometíamos a seguir siendo fieles, como antes, porque me aterraba la respuesta) y me vio tan mal que se conmovió y ahí se puso bonito, me consoló, me dijo que me quería, pero que mejor estábamos cada uno en su casa. Yo, sin parar de llorar, le imploré que lo pensara, que se diera cuenta de que si hacíamos eso podíamos terminar separados para siempre, pero él miró su reloj, dijo que se le hacía tarde, que hablábamos luego, me dio un besito en la frente y se paró para largarse, con las mismas.

O sea, más o menos, lo que me había dicho era «Lo tomas o lo dejas». ¿Te das cuenta? Yo no pude más y lo perseguí hasta la puerta, gritándole que seguro quiere tirarse a otras, y él me dijo que no fuera ingenua, que eso lo podía hacer viviendo aquí conmigo también, ¿te imaginas? Es un perverso, un sádico para hablarme así. Así que le chillé que se largara, que no lo quería ver nunca más en mi vida. La fregué, Amalia. ¡Lo espanté, seguro! Justo cuando el sexo estaba tan lindo entre nosotros y yo empezaba a sentir como nunca (bueno, en verdad, por Skype fue lo mejor que hemos tenido, pero eso era un superbuén comienzo, ¿no?). Es que te juro que lo estoy odiando con toda mi alma, segurísima de que lo que pasa en verdad es que, claro, está con otra. Y eso de que viviendo aquí sería igual, no me lo creo. Que no me venga. Estoy destruida, Amalia. Nunca me he sentido tan humillada, tan triste, tan mal. Jamás me imaginé una cosa así. Me ha salido el tiro por la culata. Y encima el asunto del trío me ha terminado de fregar, porque ahora pienso que si trajo a la chica esa que, por muy normalita que pareciera, era una puta al fin y al cabo, y seguro Eric anda en esas desde hace tiempo. ¿Me habrá estado engañando durante años? Me quiero morir... No pienso escribirle, ni contestarle, a ver si reacciona cuando se dé cuenta de que me está perdiendo.

Si me pongo a pensar (solo a ti te puedo decir todo esto), me doy cuenta de que yo también me siento superbién viviendo sola, y hasta me gusta despertarme sin él en la cama. Claro que a la vez me muero por Fer, no

quiero perderlo y me carcomen los celos. Es que una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa. Vivir sola sería muy chévere si supiera que lo tengo a él solo para mí. Aquí en la casa lo tenía como que seguro, aunque parezca una tontería...

Algo tengo que hacer, no puedo quedarme así. Tengo que averiguar en qué anda. Pero eso de seguirlo ya no, no tiene sentido, porque si lo ampayo, todo se iría al diablo y yo lo que quiero es recuperarlo. Se me ha ocurrido hablar con Clara, su melliza. Ella no sabe mentir (o sea, según tú, es medio idiota como yo) y yo creo que se solidarizará conmigo, como mujer, digo, porque será recontra marciana pero es buena gente y se supone que es mi amiga. Le voy a escribir ahorita. Ojalá podamos tomar un café hoy mismo, porque te juro que no aguanto un día más.

¡Ya! Clara me ha invitado a almorzar a su casa porque va a estar sola. Parece que mi suegra tiene una invitación fuera. Voy a llevar un buen vino a ver si le suelto la lengua a mi cuñada, que es recontra cabeza de pollo. La vieja se muere si me tomo su trago, literal, porque, además de borracha, es recontra tacaña.

Bye, bye.

Vero

P. D. ¿No me mandarías tu cuento, porfis?

Amalia <amalia@propio.com>

30 abr. a las 12:15 p. m.

Querida Verónica:

Me vas a matar, pero concuerdo con Fernando en que la oportunidad de sacar los pies del plato no disminuye con la convivencia marital (eso lo sé por experiencia). A lo más, vivir solo te proporciona mayor disponibilidad de horarios. Una preguntita: ¿te sigue gustando Fernando o solo te enloquecen los celos?

Voy a intentar corregir el cuento del que te hablé, que todavía está verde. A ver si me animo a mandártelo cuando esté más o menos presentable.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>
30 abr. a las 4:53 p. m.

¡Amalia, tengo que contarte! Estoy a mil. Vengo de almorzar con mi cuñada Clara y, la verdad, no sé si fue la mejor idea del mundo.

Llegué con mis supervinos, toqué el timbre y alucina que la loca me abrió medio calata, de lo más campante, con su nuevo *look* de pelo corto, envuelta en una toallita enana. Me quedé lela, qué te puedo decir, porque encima no pude evitar mirarla de arriba abajo, y qué tal cuerpazo que se maneja. Nunca me había dado cuenta. Me dijo que recién se iba a vestir y que la acompañara a su cuarto. Yo, la verdad, me sentí bastante corta, pero, o sea, no le iba a decir que no, así que la seguí, mirándole las piernas (preciosas, la verdad), la espalda y los brazos supermarcaditos, los hombros bellos y un cuello hiperlargo, precioso. Le pregunté si podía ir al bar a descorchar un vino para llevarlo al cuarto (te juro que lo necesitaba a gritos porque medio que me había puesto nerviosa) y me dijo que por supuesto. Cuando entré a su cuarto con la botella y dos copas, pucha, Amalia, la encontré de espaldas, calata,

como Dios la trajo al mundo (había dejado la toalla tirada en el suelo), buscando en su cómoda algo para ponerse. Qué tal falta de pudor, te juro, yo no me calatearía así delante de ninguna amiga, pero ella se agachaba, y yo, pasada de vueltas, no podía despegar mis ojos de sus nalgas, que eran perfectas, y de pronto se agachaba más y le notaba todo abierto, tú sabes, y hasta podía ver su vagina desde atrás, igualito que en las pelis porno, y no me pareció nada fea la cosa. Te juro que me tomaba el vino a forro queriendo mirar para otro lado, y no podía. ¿Cómo te explico? Pucha, ahora que te escribo te puede parecer, o sea, un espectáculo medio chabacano, pero no, al contrario, su cuerpo era perfecto y sus movimientos superarmónicos y sexis, sin ser para nada vulgares. Y hasta varias veces se volteó hacia mí, como probándose algo por encima, sin ponérselo, y tenía unas tetas increíbles, y me preguntaba qué tal le quedaba, y yo solo le decía a todo que estaba superlindo, queriendo que se decidiera de una vez y se vistiera, y al mismo tiempo también que siguiera así, porque me encantaba. Lo malo, Amalia, fue que empecé a sentir una atracción horrible, tenía ganas de tocarla, de calatearme yo también, pero, claro, ni hablar, seguro que la aterraba a la pobre. Yo sabía que era bien rara mi cuñada, como que asexuada más bien, porque además nunca nadie le ha conocido varón; pero así, nada que ver, jamás me la imaginé. Me costó horrores contenerme y disimular, y no me quedó otra que fingir que me entraba una llamada y salí a contestarla a la sala. Te juro que lo que en realidad quería era entrar al baño y tocarme, literal. ¡Qué loca me puse, Amalia! Me senté en un sillón y traté de enfriarme, respirando profundo, y pensé *¡Lo que pasa es que es igualita a Fer y por eso me atrae así!* Pucha, y todavía tenía que soplar me todo el almuerzo con la versión femenina de mi marido que me volvía loca, qué atroz, porque aunque suponía que, obviamente, no se iba a sentar calata a la mesa, su cara también me seducía horrores, su mirada, y su boca, ni te digo...

Bueno, tuve que hacer esfuerzos para comer (me había preparado dieta, qué linda) sin mirarla mucho, pero resulta que hablamos de un montón de cosas tomando vino, superdivertidas. Me dijo que ella también está tratando de empezar a vivir la vida a forro, porque siempre ha sido medio pava, igual que yo. Y no me lo vas a creer: ¡me olvidé de sacarle la información sobre Fer! ¡Se me borró de la mente el hombre! Oye, ¡no vayas a creer que en verdad me quería agarrar a la hermana de mi marido! Del pensamiento al hecho hay mucho trecho (creo que así no es el dicho, pero qué importa). Ya te he contado: ella es Fer en mujer y, como él no tiene su lado femenino nadita desarrollado (porque todos tienen ese lado, ¿no?), se me movió el piso.

Lo que sí te digo es que he llegado a mi casa contenta, aliviada, con ganas de vivir otra vez, sintiendo que todo es lindo, amiga. Y no es por el vino que tengo encima, te lo juro. Hemos quedado en vernos mañana temprano porque quiere que le dé una clase de pilates; según ella, las pesas no son lo suyo. Qué nervios. ¿Será que a ella le ha pasado algo parecido conmigo? No creo. Mejor ni pienso. No me importa. Aunque cierro los ojos y la veo otra vez, escucho su voz, me imagino su boca... Mejor me callo, que si no, yo misma empiezo a creerme que me gusta y que soy capaz de hacer algo con ella y, te juro, no hay forma. Ya se me va a pasar.

Te cuento que Fer me estuvo reventando el teléfono toda la tarde, a punta de WhatsApps, mensajes de texto, llamadas y hasta correos. Estoy superorgullosa porque no caí, amiga, no le contesté, y te juro que no me tembló la mano. (¡Alucina que ni siquiera he empezado esta carta hablándote de él! ¿Será que está pasando a un segundo plano?). La verdad, no quería que me dijera algo feo y me arruinara lo que queda del día. Pero hace un ratito le contesté una llamada, de puro harta, y también porque me dio aliguito de curiosidad qué cosa me quería decir tan urgente. ¡Alucina, chicoca! Me rogó, me su-pli-có volver a la casa, dejarnos de experimentos y estar juntos como

antes, porque no puede vivir sin mí... ¿Qué bicho le habrá picado? Él es superimpulsivo, ¿pero como para cambiar de opinión así tan rápido? Me huele a que la flacuchenta lo ha dejado y quiere arrimarse donde la sonsa de Vero, que siempre lo espera con las puertas y las piernas abiertas. Ya no. Bien hecho; que sufra. No pienso dejarlo volver porque me hace sufrir (¡todo lo que me dijo por la mañana!), y como ya se me metió el gusano de que me saca la vuelta, no pienso vivir ni este nuevo infierno, ni tampoco el viejo (el de las broncas). Ni hablar. Encima de que yo he estado esforzándome por parecer lo que no soy y hacer cosas que no me gustan. Creo que eso, ¡horror!, lo vengo haciendo desde hace años, literal. Viviendo como si él fuera el centro del mundo y preocupándome porque tenga buen sexo conmigo, y yo fregada, sin sentir casi nada... No creas que no estoy confundida, porque yo creía que vivía superfeliz y ahora me siento raraza. Ay, Amalia, espero no arrepentirme, porque tengo miedo de que, con esta pesadilla de la reinventada, haya mandado al cacho mi matrimonio. ¿Sabes qué? Me voy a hacer clases de pilates para tranquilizarme porque estoy superacelerada.

Ah, pero antes de despedirme quiero pedirte perdón por haberte clavado el miedo a desenamorarte de F. Malazo. Aunque, si pasa, pasa, y las cosas pasan por algo, estoy segura. Hay una cosita que me tiene preocupada y te la voy a decir, aunque otra vez de repente te bajonee toda. ¿Te estás cuidando con F? Me parece que no mucho, o sea, porque eso de tomarse el semen, he leído en internet que te puede contagiar enfermedades, y como no sabemos mucho del pata... *Sorry*, pero no podía dejar de decírtelo. Qué burra, comienzo disculpándome por clavarte una espina y termino con esta puñalada. En verdad, estoy segura de que no te va a pasar nada, pero más vale prevenir que lamentar. Nunca es tarde, *darling*.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

30 abr. a las 7:23 p. m.

Querida Verónica:

Oye, ¡te manejas una facilidad para bajarme al llano cuando estoy flotando de felicidad, convencida de que se puede amar a dos personas a la vez y ser muy feliz! Me cagaste, sabiendo, encima, lo hipocondriaca que soy. Ya estoy con todos los síntomas del herpes, la clamidia, la gonorrea, la hepatitis, y me están saliendo las verrugas genitales propias del virus del papiloma humano. ¡Joder! Voy a tener que ir al ginecólogo y hacerme análisis, y también pedirle a F, aunque resulte bien matapasiones, que se los haga él también y me los muestre, si es posible mañana mismo. Acabo de pedir a la farmacia un cargamento de condones, porque los hombres son de una irresponsabilidad incurable: apenas se les sube la arrechura a la cabeza, todo les importa un culo, salvo meterla o que se la chupen; qué chucha los contagios y los embarazos. Intento ahuyentar los demonios que has tenido a bien clavarme, pensando en otra cosa que me preocupa.

Hoy, poco después del mediodía, entré al cuarto de Elisa para recuperar mi cargador de celular que le había prestado. Lo encontré enterrado entre varios cuadernos (es desesperadamente desordenada la chica, como el padre) y, al levantar uno de ellos, cayó un papel sobre el suelo. Era una hoja escrita a mano por ella (conozco su letra). Vas a pensar que soy una inmoral horrible, pero no pude evitar leerla. Te la transcribo:

Soy Elisa. Mis muñecas tienen un rollito que se extiende por el antebrazo, cuya piel ha adquirido una consistencia gelatinosa que se percibe a simple vista; a mis codos les sigue una carne blanda que

casi se superpone a ellos y se extiende, colgando de mal en peor, hasta mis hombros, desaparecidos ya. Clavículas no tengo. Mi cuello consta de tres cordones de grasa coronados por una papada fofa y, mirado desde atrás, se lo ve unido al torso por una joroba de cebo. ¿Sigo subiendo? No. Mejor bajo. Mi cara no es lo peor, a pesar de que a cada lado de mi mandíbula flota un globo carnoso. Bajo más. Detesto la exuberancia de mis pechos pues, aunque intente evitarlo, siento su roce contra las altitudes de mi abdomen, que antes empezaba debajo del ombligo para atormentarme y ahora se abulta desde el pecho y sigue bajando al punto de llegar a plegarse sobre mis ingles y tocar la parte alta de mis muslos. Si cabe la palabra muslos para designar un par de toneles informes y cuarteados por el peso de la gravedad, que descansan en lo que eran dos rodillas y, ahora, un cúmulo de lomas asimétricas que se montan sobre mi par de pantorrillas indistinguibles. La unión entre ellas y mis pies es una mezcla de múltiples hinchazones redondeadas, que casi tocan el suelo. Ese que me duele pisar cada mañana, cuando me cuesta tanto levantarme.

Leer este texto me ha sacado la mierda. Me he sentido identificada porque pude haberlo escrito yo hace veinte años, cuando fui bulímica (esto tampoco lo sabías, querida Verónica, y jamás se lo he dicho a nadie). Sé cuánto se sufre cuando uno distorsiona la imagen del propio cuerpo de esa abominable manera. Esta mañana vi salir del baño a Elisa con los ojos llorosos e irritados, y lo atribuí a su mal de amor, pero ahora ya no estoy segura. Voy a tener que hablar con ella, aunque me revele como una basura por violar su privacidad. ¡Qué jodida es la vida, carajo! Ser mujer puede ser una buena mierda.

Eric llegó hace un rato, eufórico y cariñosísimo, preso de un ataque de enamoramiento loco por mí, y me ha rogado que lo acompañe, una vez más, a un viaje a la selva con sus alumnos de la universidad. Me suplicó que reconsiderara mi negativa, no sería difícil comprar un pasaje para mí hoy mismo. Él sabía que tenía que implorármelo, porque la última vez que pisé la exuberante jungla juré nunca más volver: los zancudos no solo picaron mis párpados que se inflaron como los de un sapo —fueron la única zona corporal que tuve que dejar al descubierto y sin repelente, pues andaba tapada con múltiples pareos, como *burkas* superpuestas—, sino que se me metían en la boca y me los tragaba indefectiblemente con cada esforzada inhalación de aire hirviente. Además me negué a zambullirme en los ríos turbios que alucinaba plagados de pirañas y caimanes. Ni siquiera llegué a avistar jamás ninguno de los monos y demás preciosos animales exóticos que hacían chillar de alegría a nuestros compañeros de viaje.

Yo había olvidado que Eric tenía este viaje programado para mañana, y así se lo dije. Se extrañó, pues me aseguró que me lo ha recordado día tras día. «¿En qué andarás pensando?», me preguntó, pero de manera retórica, pues era evidente que no esperaba respuesta de mi parte. Finalmente no pudo sino aceptar que, además del pavor que me produce internarme en la selva, me es imposible dejar mi novela ni siquiera por un par de días, justo cuando siento que, aunque a duras penas, por fin está arrancando. Creo que, en todo caso, atribuyó mi olvido a mi obsesión laboral. El resultado de todo esto, querida amiga, es que me quedaré sola en Lima, y la perspectiva me parece fantástica, tanto por la libertad que tendré para ver a F como por la fascinación que me produce despertarme y acostarme sola de vez en cuando. Sabes de lo que te hablo, porque parece que tú también empiezas a saborear esa delicia.

Mientras te escribo, he decidido que lo de Elisa quedará entre ella y yo, al menos por el momento. Antes de despedirme te diré algo que te va a saber a chicharrón de cebo (de paso, he aquí mi venganza por el asunto de las ETS que me inoculaste malamente): te arrecha Clara porque es la mujer que es y no porque se parezca a Fer. En otras palabras: te atrae poderosamente una chica, Veroniquita. Podría decirte lo típico —que no hagas nada de lo que puedas arrepentirte—, pero estoy convencida de que, de actuar así, nos perderíamos de casi todo lo bueno.

Besos,
Amalia

Asunto: Así veía mi cuerpo

Amalia <amalia@propio.com>

1 may. a las 9:14 a. m.

Querida Verónica:

Después de mucho pensarlo, decidí escribirle un correo a Elisa, no solo porque el lenguaje oral nunca será tan mío como el escrito, sino porque me costaba mirarla a la cara:

Elisa querida: nada disculpa la curiosidad —o el genuino interés— que me llevó a leer el texto que escribiste sobre tu cuerpo y que llegó casualmente a mis manos; no pude evitarlo. He sentido que tus palabras habrían podido salir de mi boca años atrás. Quiero decirte, sin afán de dorarte la píldora, que encuentro algo fascinante en tu escritura y que, a mi modesto entender, tienes un talento que no deberías dejar pasar. Pero no me impactó solo por eso. Durante años viví ese mismo pavor y odio a la gordura —era tan flaca como tú, pero eso es irrelevante cuando una alucina—, y vomité secretamente varias veces al día sin que nadie lo notara. Pero yo también amaba comer, y mucho, y mi intención era devorar cuanto delicia pudiera, no solo sin engordar, sino volviendo a disfrutar de los sabores ya introducidos en mí. Un día se me ocurrió escribir un «manual» que titulé Cómo comer saboreando dos veces. Voy a compartir contigo los

delirantes consejos que contenía ese texto, pero no con la intención de que sigas vomitando y de que lo hagas mejor, sino para hacerte saber que desde que escribí el susodicho «manual» con lujo de detalles (en esa época sí estaba tan loca como para creer que con él les hacía un favor a las bulímicas), nunca más volví a vomitar. Sé que lo que haré a continuación escandalizaría a cualquiera y no sé si tengo la autoridad moral para pedirte que no lo compartas con nadie. El «manual» empezaba recomendando un estudio del terreno, esto es, del baño: que la puerta cerrara perfectamente, que el inodoro tuviera la fuerza suficiente como para no dejar flotando residuos a la vista, y que el pozo de agua al fondo del wáter distara lo suficiente de mi boca como para imposibilitar salpicaduras asquerosas sobre mi cara. Era imprescindible haber adquirido cierto control de la respiración para una expulsión silenciosa, indolora y, más aun, agradable. Pero eso, a su vez —porque había que resignarse a que vomitarlo todo era humanamente imposible—, suponía que la ingesta en cuestión fuera llevada a cabo ordenadamente para evitar el engorde: primero las proteínas y verduras, y solo después los carbohidratos. Descubrí que había alimentos nada propicios, como el arroz, porque tendían a disgregarse, y —por razones más bien hedonistas— los quesos, que se fermentaban muy rápidamente arruinando los sabores. En cambio, un postre o un helado al final tornaban más amable la devolución. Llegué a adquirir una destreza tal que no requería ni un dedo en mi garganta; bastaba respirar profundo, dilatar el esófago y dejar salir. Otro consejo imprescindible consistía en consumir, al final de la comida, algo de líquido (no alcohólico, nuevamente para no arruinar los sabores) y aprender a calcular el tiempo necesario entre esta necesaria hidratación y la incursión en el baño. Es cierto que esta

práctica jamás llegó a dañarme físicamente —lo que, de hecho, es posible y común—, pero seguramente estuve cerca, porque empecé a ponerme espantosamente flaca, como tú ahora. Pienso que ya para entonces la escritura y el cuerpo estaban coludidos en mí, y que por eso el verbo —ponerlo todo en palabras, como lo he hecho ahora para ti— me salvó. Quizá te pase lo mismo, no lo sé, pero lo pensé apenas leí el texto que cayó a mis pies. Esto quedará entre tú y yo, mientras no te hagas más daño. No es seguro que tengas la misma suerte que yo. Tal vez debas empezar por aceptar que necesitas ayuda. Confío en tus propios recursos. Echa mano de ellos. Estoy siempre para ti. Ojalá puedas perdonarme. Te quiero con toda al alma, chica.

Y ahora, Verónica, mira lo que me respondió Elisa por *mail*: «Amalia querida, te perdono con una condición: mándame a la brevedad tu manual para vomitadoras, pero corregido y aumentado. Besos y gracias». Definitivamente, no es de su padre de quien ha heredado mi querida hijastra ese humor negro.

Eric se acaba de ir hacia el aeropuerto y, una vez más, he sido presa de sentimientos encontrados: su partida me ha liberado y también me ha roto el corazón. F me ha propuesto pasar el día en su casa de Los Cóndores. Está haciendo fotos para el libro de un arquitecto que ha diseñado varias casas allí. «Me muero por hacer un pícnic contigo en la cama, estoy llevando bocaditos deliciosos», me escribió, y casi me mata la libido. ¿Por qué se les da a todos por comer en la cama? Qué espanto. Como temo que me ataque súbitamente la maldición del desenamoramiento, le he propuesto ir en mi auto; así puedo fugar si la naturaleza me traiciona. Me sugirió que lleve mi *laptop* para poder avanzar mi novela mientras él hace lo suyo. Buena idea. Quizá te escriba desde allí pidiendo auxilio. Voy a confesarte algo que no me hace la menor

gracia y hasta me avergüenza: tengo celos de su esposa. Es una completa locura, pues él dice —y le creo— que no tira con ella hace mucho tiempo. Igual, me jode que siga con ella, que duerma con ella, que no pueda dejarla —hasta medio huevón me parece—, pero si lo hiciera, quizá no me gustaría más. Como comprenderás, no lo diré nada de esto, que pertenece al orden de lo inconfesable. Siempre he pensado que todos estamos signados por la contradicción y que somos muy pocos —modestia aparte— los que nos atrevemos a vivir dándole la cara, sin disfrazarla a como dé lugar. Sin embargo, te diré, querida amiga, que empiezo a contarme entre quienes se sienten considerablemente incómodos con ella. Me jode sentir esto. Veremos qué pasa en Los Cóndores. Imposible saber ahora cuál de todas las que soy aparecerá allá con él.

Estaba sentada en la sala escribiéndote cuando apareció Elisa. No la veía desde nuestro intercambio epistolar de anoche y me sentí algo corta, pero ella se encargó de difuminar cualquier distancia porque me abrazó y me dijo «Yo también te quiero. Empiezo a escribir una obra de teatro sobre ya sabes qué. Gracias», y se fue con las mismas. Me reconfortó percibir una luz en su mirada que no había visto desde su llegada a esta casa. Quizá las cosas vayan mejor a la distancia con su novia, no lo sé. Quiero que sea feliz, en la medida en que eso es posible en esta vida de mierda. Tú sabes que soy un poco perversa porque son muy pocas las personas de mi entorno que me importan, pero Elisa es una de ellas.

Y hablando de novias... Espero que no te haya molestado mi cruda afirmación acerca de la atracción que ejerce tu cuñada Clara sobre ti. Creo que existen pocas cosas de las que no hay que pasar en la vida, y esta puede ser una de ellas. Jamás te había sentido tan encendida o, más bien, arrecha. ¿Por qué aspirar a «que se te pase» esto que por fin te moviliza y te estimula? ¿Por qué te empecinas en ahuyentar de tu mente la rememoración de su

cuerpo desnudo, de su boca, de su voz? No te niegues el placer que proporciona la evocación que, como te he dicho ya, puede superar ampliamente el goce que entrega la cruda realidad inmediata. Uf, perdona si de pronto me he puesto cojudamente consejera y curiosa: espero con ansias tu clase de pilates que, me perdonarás, no puedo dejar de imaginar bien porno.

Voy a prepararme para el periplo con F, cada vez más nerviosa. Lamento no poder recurrir, como tú, a uno o varios tragos que actúen como lubricante social y sexual.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>
1 may. a las 3:12 p. m.

Ya. Soy gay. ¿Contenta? Yo no tanto, o sí, ya ni sé, porque la cosa es que tengo un mejunje de sensaciones horrible, o lindo, tú me entiendes, porque eso que dices de la contradicción te juro que es lo más verdadero que he leído en mi vida, literal.

Acabo de llegar de la clase de pilates con Clara. Primero le pregunté si estaba recontra segura de que Fer no iba a estar ahí, o sea, no porque en ese momento alucinara que iba a pasar algo con ella (¡te juro por Dios que no me lo imaginé!), sino porque no me provocaba para nada verlo, porque quería terminar con él de una vez por todas y todo eso se lo dije a Clara. Bueno... Yo llegué con zapatillas, buzo, camiseta, un par de *mats* y mi pelota de pilates porque, obvio, Clara no tiene nada de eso, y ella me recibió toda linda, con un *shortcito* pegado y un *top* que ni te cuento lo regia que se le veía. ¡Qué tal raza! Esta flaca no ha hecho nada, pero lo que se dice *nada* de ejercicio en su

vida, y tiene cero grasa y hasta los músculos marcados. «Vamos a trabajar en serio», le dije sin pensar, y cuando ya había soltado esa brutalidad, sentí como que me vendía, y ella me contestó sonriendo «Claro, pues, ¿si no, qué? ¿De mentira?». Es que, cómo te explico, desde que la vi se me nubló la mente y aunque, no es por nada, soy supercapa en los pilates, no se me ocurría por dónde empezar la clase. Me parecía que ella se daba cuenta de lo que me pasaba, o sea, de que solo podía mirarla y, pucha, me moría del roche. También me moría por un trago, pero ni modo, hubiera quedado fatal pidiéndole un pisquito o algo así para hacer de profe. Se me ocurrió comenzar con el *roll up*, o sea, con ella sentada sobre el *mat* con las piernas (pucha, qué piernas, largas, duras) estiradas, y empecé a darle instrucciones sin mirarla, para no distraerme: «Intenta agarrar tus pies con las manos y mantente ahí quince segundos, vas a trabajar abdominales, hombros y músculos de las piernas, inhalando, exhalando», pero en verdad pensaba *Qué trabajar ni qué trabajar, esta no necesita trabajar nada y, además, ni siquiera me atrevo a tocarla para corregir su postura, que sería lo más pro*, hasta que me envalentoné y la agarré por el torso, justo sobre la cintura, para empujarla de a poquitos, supuestamente para que estirara bien, pero ahí sí que, pucha, casi no la hago, porque cuando la toqué sentí que me electrocutaba y que quería, o sea, abrazarla, besarle el cuello. Me aguanté, claro, y al toque le dije para cambiar de ejercicio. Ella me miró como que asombrada, pero aceptó, toda obediente. Entonces le propuse (¡pésima idea, te juro!) hacer el *rolling back*, o sea, uno en el que ella, sentada, tenía que abrazarse las piernas flexionadas hacia el tórax (así le expliqué, superpro, yo) y luego mecerse hacia atrás hasta tocar el suelo con los omóplatos, para luego volver a la posición inicial. ¿Cómo te explico, Amalia? Cada vez que se balanceaba hacia atrás yo la miraba de frente, y ya te imaginas qué espectáculo: su lindo poto se veía todito, y también como que se le veía todo

bajo el *short*. Te juro que quería tirarme encima de ella, tocárselo, y entonces me desesperé mal. Y se dio cuenta, porque dejó de balancearse y me dijo «A ver, hazlo tú para ver bien cómo es», y yo la obedecí como una niña, por Dios que me faltaba el babero nomás, y ella, arrodillada frente a mí, me miraba y me miraba, con una cara de superdeseo, hasta que en una de esas, cuando volví a la posición inicial, se me acercó, me agarró por los hombros y me dio un beso en la boca, que fue lo más rico que he probado en mi vida. Demasiado. Qué Katia ni qué Katia.

¡Pero alucina que justo en ese momento se abrió la puerta y entró Fer! Casi nos morimos las dos, y tratamos de disimular. El muy cojudo (disculpa, pero no encuentro otra palabra) ni cuenta se dio (uno no ve lo que no quiere ver, no hay caso) y encima se sentó frente a nosotras, que hicimos la finta, todas ansiosas, de que la clase había acabado. Entonces Fer no tuvo mejor idea que decirme «Cholita, te estoy extrañando. Vamos a comer esta noche». Me quedé muda, como una idiota. Pero Clara, para mi sorpresa porque, pucha, cada vez me asombraba más esta chica que yo antes alucinaba cero avezada, le dijo de una «Piña, hermanito, hemos quedado en ir de *shopping* y en comer después. Cosas de chicas solamente». ¡Fue demasiado! Fer se quedó lelo. Yo que lo conozco sé que se picó, pero el muy orgulloso se paró diciéndome «Te llamo otro día», se fue a su cuarto y nos dejó solas. Clara me preguntó «¿Estuve bien?», y yo le contesté «¡Perfecta!», y ella me dijo, medio tímida, «¿Pero salimos de verdad o qué?». Le dije que sí, feliz de la vida. Cuando volvió Fer para pedirle no sé qué a su hermana, yo me fui en un estado de excitación que ni te cuento. ¿Me entiendes, no?

Ahora que lo recuerdo, mientras me balanceaba me sentía toda tetona y potona (pero yo soy así de verdad, no es que alucine como Elisa y tú), pensaba en el texto de Elisa, que pucha, Amalia, me ha parecido superfuerte (estate atenta, no se vaya a poner de clínica, hay gente que se muere de eso).

Hasta yo me he sentido identificada con su escrito, literal. Porque, obvio, en este mundo, si no eres una flaca regia, estás fregada. ¡Cómo me gustaría haber nacido en la época de Rubens! (¿Ese era el que pintaba a las calatas llenas de rollos, no?) y poder tragar feliz y sentirme linda. Oye, pero seguro en ese tiempo las flacas sufrían, ¿no? ¡Bien hecho! La cosa es que te juro que no sé si podría calatearme delante de Clara, porque me siento como que gorda. ¡Qué vaina! Aunque en ese caso sí me podría tomar un traguito salvador... Ahora que lo pienso, alucina algo bien loco: siempre he necesitado trago, o sea, para excitarme o sentirme atraída sexualmente por Fer, lo que se dice sexualmente *sexualmente* no, sino lo que yo creía que era sexualmente. En seco nunca la he hecho en mi vida. Así empecé en mi luna de miel y así seguí para siempre, amiga. Esta es la primera vez que me he sentido así, pasada de vueltas, sin tomar una gota de alcohol. Qué loco, ¿no? Hablando de eso, me voy a tomar un vinito porque la hora pasa volando y ya llega la salida con mi «novia» (búrlate, nomás).

Bye, bye.

Vero

P. D. Otra cosa que me tuviste bien escondida: lo de tu bulimia. A veces dudo de si alguna vez te conocí. Pero la Amalia con la que me escribo ahora me parece recontra chévere, no vayas a creer que no.

Amalia <amalia@propio.com>

1 may. a las 11:30 p. m.

Querida Verónica:

Acabo de volver a Lima y me extraña que no me hayas escrito de nuevo. ¿Te pasaste toda la tarde tirando con tu noviecita o qué? La casa de F en Los Cóndores resultó mucho más ostentosa de lo pensé: piscina temperada, *jacuzzi*, gimnasio, sala de billar, cubiertos de plata, bodega de vinos, sauna, sala de cine y cuadros y esculturas por todas partes. Un poco *too much*, como dirías tú. No me llevó los análisis de laboratorio que le pedí, aduciendo, con razón, el apuro: ¿cómo iban a estar listos los resultados de la tremenda batería de pruebas que le indiqué?

Al comienzo me sentí perdida. Mi cuerpo no estaba conmigo, y él, felizmente, se dio cuenta. Ya te he dicho que nos conocemos sorprendentemente bien y que hay cierta telepatía corporal (si eso existe) entre nosotros. Por eso procedió con cautela y me propuso meternos al *jacuzzi*. «Sin compromiso», me dijo, como las vendedoras de ropa que quieren que te pruebes algo, y así nos encontramos ahí, desnudos los dos, en un mar de espumas. Fui yo quien se acercó a besarlo en la boca, apelando desesperadamente al recurso que ya había hecho el milagro con él. Nos besamos lentamente, casi solo con los labios, como si careciéramos de lenguas. Gracias a nuestras bocas, me obnubiló el contacto de su cuerpo contra el mío y su pinga creciendo contra mi pubis bajo el agua. La excitación se adueñó de mí de una manera insólita y quise quedarme así para siempre, acariciando su pinga con mi vientre, o dejándola deslizarse entre mis piernas, sin penetrarme, solo tocándome. De pronto fui presa de una sensación nueva. Él tocaba mi clítoris y, simultáneamente, se aventuraba dentro de mi vagina con una destreza inigualable. Pero eso no era todo: a esa caricia se unía una sensación de placer venida de otra parte. Tardé en darme cuenta de que, a la vez, había introducido un dedo, o dos, no lo sé, en mi ano, y descubrí que la simultaneidad de ambos movimientos me llevaba a un cielo desconocido. Me vi apoyada de espaldas contra el borde del *jacuzzi*, y él,

tocándome ahora por adelante, me la metió por atrás, con una suavidad indescriptible, mientras besaba mi cuello con una ternura que yo no le conocía y que, creo, no le he conocido a nadie. Así terminé, con un orgasmo elevado a la máxima potencia. Él se olvidó de su final y se dedicó a acariciarme y a besarme toda, como si eso le bastara para existir.

Una vez de vuelta en mi piel, admití nunca haber gozado así. Me respondió que para él conmigo todo era nuevo y que estaba perdidamente enamorado de mí. «Estoy loco. No tengo corazón para dejar a mi mujer, pero tampoco sé si estoy dispuesto a compartirme», me dijo. Y yo le contesté «Yo estoy enamorada de dos hombres a la vez». Entonces profirió algo que me desconcertó: «Ya verás, todo va a caer por su propio peso». Sus frases plagadas de lugares comunes no hicieron mella en mi embelesamiento, contra todo pronóstico. Anocheceía. Finalmente me rogó que nos quedáramos a dormir juntos, que mi marido estaba de viaje, y su mujer lo sabía fuera de Lima. Acepté, seguramente llevada por el estado de embriaguez erótica en que me encontraba. Una vez en el cuarto, nos abrazamos sobre la cama como si quisiéramos fundir por completo nuestros cuerpos. Yo nunca he sido muy dada a que me la metan por atrás, pero he accedido muchas veces por complacer a mis parejas, porque tampoco era algo que me disgustara. No me avergüenza mi complacencia, ¿pues de qué se trata en gran medida el sexo sino de actuar por el placer ajeno que se hace propio? Esta vez no había sido así; una extraña naturalidad había signado ese acto, que debería llamarse cualquier cosa menos «contranatura». No exagero si te digo que jamás imaginé recibir dulzura semejante por ahí.

En eso pensaba cuando me di cuenta de que, a pesar de todo, me iba a ser imposible pasar la noche con él. No me preguntes por qué, pero una inquietud me atormentaba. Cuando le dije —lo más cariñosamente posible— que me tendría que ir, él reaccionó con una molestia que contrastó radicalmente con

su ánimo previo. «¿Estás extrañando a tu marido?», me preguntó fastidiado. No le contesté, pero el tinte suspicaz de sus palabras me gustó: Eric jamás me ha dado el gusto que puede proporcionar una pequeña dosis de celos. Luego, su tono se tornó de nuevo dulce y me preguntó «¿Me prestas tu *laptop* para ver mis fotos? Es que en mi teléfono no puedo». Asentí, digité la clave de acceso cual autómata, y me dirigí al baño para cambiarme y recoger mis cosas. Nos despedimos como dos adolescentes enamorados.

Durante todo el camino de regreso a casa intenté comunicarme con Eric en vano. ¿*Le habrá pasado algo? ¿Si se cayó el avión mientras a mí me daban por atrás en el jacuzzi?*, pensaba hecha trizas, y luego me atacaba otro miedo: ¿*Se estará tirando a una alumna?* Como dirías tú, Verónica, «Todo ladrón cree que el otro es de su condición». Hace muchos años, cuando enseñaba Escritura Creativa en un instituto para recurrirme, el amigo que me recomendó para el trabajo me hizo jurar que no me metería con ningún alumno que tuviera menos de dieciocho años; me conocía bien. Llegado el momento, porque llegó, me fui a un hotelucho con el chico más guapo que imaginarte puedas, algo escéptica y floja ante la perspectiva de enfrentarme con un inexperto. Cuál no sería mi sorpresa cuando el chibolo me dio vuelta y media en la cama. Qué *Kamasutra* ni qué *Kamasutra*, por Dios. He terminado esta carta con este simpático recuerdo porque finalmente recibí, mientras te comunicaba mis terrores, una llamada de Eric: está vivo, suena a quererme como siempre y vuelve mañana.

Me alegra tanto tu historia con Clara que hasta envidia me da. Me cuentas cómo te fue con la calateada, guapa. Otra cosita que se me quedó en el tintero: no me preguntes cómo ni cuándo, pero F se puso condón en el *jacuzzi*.

Besos,
Amalia

P. D. Ahora sí, te mando el cuento que escribí el otro día, aunque quizá me falte pulirlo un poco.

Fuimos vecinos desde chiquitos, diez años tendríamos cuando nos conocimos. Crecimos juntos. Mi mamá les cocinaba y mi papá les trabajaba maíz, papa, trigo, habas, y ellos nos daban la mitad de la cosecha. Wilson, Celia (su hermana) y yo jugábamos a la tacla (un arado en chiquitito) con otras chicas. Con ellas separábamos los becerros de las vacas, y Wilson me hacía llorar, pero de cólera. Porque le gustaba hacerme pelear con las otras diciéndome «Ella te pega», y que la otra me gritara «¡Vamos!», y Wilson se reía con nuestras broncas. Un día, mi papá decidió que nos íbamos a nuestra casa de arriba, porque él quería trabajar su propia tierra. Entonces nos separamos Wilson y yo, y lloramos los dos cuando me fui. Así lo extrañé, muchos años, pastando triste, hasta que doña Celia le pidió a mi mamá que yo fuera al pueblo, a cuatro horas abajo, a cuidar a su bebita. Me iba a pagar muy bien.

Yo tenía dieciséis años y Wilson estudiaba en la secundaria, justo en ese pueblo, y así nos encontramos y jugamos otra vez: yo regaba y lo mojaba cuando salía todo cambiadito a su colegio, y él me decía «Akatanqa» (“Escarabajo”), por chatita. No me sentía atraída por él. Me agarraba el pelo, me hacía cosquilla, y yo le decía «No me toques, mierda», no sé por qué me salía siempre esa palabra. Cuando cocinaba, me preguntaba «¿Te ayudo?» y se ponía a pelar papa. Un día me enseñó un libro entrando a la cocina. «¿Te gusta mirar esto?», me preguntó. Era una revista de hombres y mujeres que hacían relación, calatos. «¿Qué es eso?», le dije, y él contestó «Es algo normal». Días después estaba tendiendo la cama de mi patrona con mi pollera, entró, me palmeó en mi brazo y me dijo «Te ayudo.

¿Te gustó lo que te he enseñado ayer?», y yo le contesté «¿Qué será eso? Lo veo feo». Pero él me dijo «Bonito es. Estoy enamorado de ti, me gustas». Me molesté, no le hablé dos días, pero él me siguió persiguiendo diciendo y diciendo «Me gustas, te quiero».

La chica de enfrente me preguntaba si Wilson andaba con alguien, y yo me hacía la loca, pero cuando lo veía, le decía «A esa chica le gustas, mucho pregunta», y él me respondía «A mí me gustas tú». Y yo le decía «Ella es bonita, no como yo, pollerona», y él me decía «Eso no importa, cuando uno quiere, el pelo cambia». No entendí, así que le pregunté a una vecina «¿Qué quiere decir “el pelo cambia”?». Y ella me dijo «Que ya no vas a usar pollera, que tu ropa cambia». No entendí bien.

Una noche era el cumpleaños de su papá, gran fiesta, con banda (arpa, violín, guitarra), serpentinas, talco. Estábamos todos. Bajaron y subieron hasta la chacra señores con flauta y tinya, mujeres con huaracas. Hasta que llegaron los terrucos, con pasamontañas y armas, «Vamos a la plaza todos», dijeron. Yo no estaba borracha porque no sabía tomar, así que agarré a la bebe, la hija de mi patrona Celia, que era hermana de Wilson, y salí corriendo a esconderme a la huerta de atrás. Entonces reconocí a Wilson cerca y me dijo «Ven para acá, ven». Él agarró a la bebe y nos fuimos a otra chacra y nos escondimos en medio del maíz grande, los tres, mientras escuchábamos voces conocidas que lloraban, «¿Adónde me llevan?», decían, y a los terrucos «Caminen, caminen, tenemos reunión, caminen». Yo lloraba por mi mamá, por mi papá, hasta que el silencio se quedó. «¿Qué hacemos?». Yo no quería volver a la casa. Nos quedamos ahí hasta la madrugada y los carneros empezaron a salir del corral y los perros a ladrar, y pensamos que de vuelta

estaban los terrucos, pero no. Había entrado nomás un puma donde los carneros, que subió al árbol de eucalipto y los perros lo rodearon saltando. Wilson destrozó a piedras al puma y metimos las ovejas al corral, con la bebe. Entramos a la casa, la niña lloraba y yo también. Él me abrazó y me besó en el cachete. «No llores», me dijo. Entonces ahí me sentí de otra forma, nadie me había besado así. Recién ahí sentí algo, que Wilson me gustaba. En su cuarto durmió él, y yo con la bebe, en otro. En la mañana, mi patrona Celia regresó desesperada por la bebe. Wilson se fue al pueblo a estudiar.

Cuando volvió del pueblo, Wilson me empezó a molestar: «Te ha gustado mi besito, por eso te ríes...». Yo entré a tender la cama y vino y me abrazó por atrás. Me di la vuelta y lo tumbé, varias veces, riéndome, y la cama se rompió, y nos miramos, «Tú tienes la culpa», «No, tú», y tendimos la cama como estaba. Llegaron mis patronas, almorzaron, se fueron a dormir su siesta y la cama se fue al piso. Wilson y yo nos reímos. Mi patrona Celia decía «¿Qué ha pasado en la cama? Pobre mi esposo, patas arriba se ha caído». Al día siguiente, Wilson me fastidiaba «¿Por qué has roto la cama de mi hermana?», y yo le decía «¿Y tú por qué me agarras?», y nos reíamos. Él me tiraba cosas, y yo le decía «Mierda», y solo podía reírme. Se fue a sus clases y me dijo «Cuídate», y yo le dije «Ya, chau, chau», y él «¿Nada más?». Entonces me dijo «Dame la mano, pues», y me hizo una cosquilla en la palma y le pregunté «¿Por qué haces eso en mi mano?», y le di un puñete y se rio.

Ese día me sentí rara, con náuseas, mi cabeza pesada, vomitaba. Él llegó con cuatro burros cargados de papa, montando caballo. Yo estaba ahí sentada, en la chacra. «¿Qué tienes?», me preguntó y le dije «Me duele la barriga». Me dio una pastilla para el cólico, y me

quedé seca. Todos se preocuparon. Los patrones le gritaban «¿Qué le has dado? ¡Pastilla para dormir seguro!». Me llevaron al hospital. Yo pensé mal. «Me has violado», le dije. Él negaba, todo triste. Me hablaba, me buscaba, pero yo ni lo miré varios días. «Yo no te he tocado. Tú no me crees, pero estoy enamorado de ti, podemos tener una relación». Yo no le creí, y él se fue a Ica. Después de unos días sentí que me decía la verdad y me quedé extrañándolo y sufriendo, pero él no lo supo.

Un día mi patrona Celia me pidió que le mande a Wilson una encomienda con papeles para sus estudios, y yo pensé «Voy a poner mi nombre», y lo escribí para que supiera que pensaba en él. Funcionó, porque subió a la sierra poco tiempo después. Cuando tocó la puerta de la casa, pregunté «¿Quién es?», él me dijo «Yo» y nos abrazamos los dos. Me colgué de su cuello. Me dio un besito de vuelta en la mejilla. Tenía que irse al día siguiente a Ica. Esa noche se puso a cantarme en quechua con la guitarra «Al pasar por la carretera / me encontré con una cholita, / me encanté con una cholita, / esa cholita era bonita, / cariñosita como ella sola, / cariñosita como ella solita». Yo me burlaba diciéndole «¡Artista eres!». Cómo lo extrañé cuando se fue. Dejé de trabajar en su casa y me fui a mi pueblo con mi mamá.

En esa época, los terrucos nos llevaban a las chicas y a los chicos de frente, y por eso mi mamá nos hacía dormir a mi hermana y a mí en el río, en las cuevas y en los corrales, entre las patas de las vacas. Desde ahí escuchamos varias veces «Despierten», oímos matar a los carneros y que mi mamá cocinaba para ellos. Una noche que por fin nos había dejado dormir en la casa, mi mamá nos despertó diciendo «Terruco, terruco», y nos enterró a mi hermana y a mí en la truja, el

depósito de adobe donde guardábamos la cebada. Ahí nos dejó. Mi mamá cocinó todo el carnero y se lo dio a los terrucos que se llevaron a mi papá. «No lloren, tu papá va a regresar, lo han llevado para que los guíe hasta una cueva, a cuatro horas nomás», nos decía mi mamá. Cuando regresó, mi papá nos dijo a mi hermana y a mí «Se van a Ica». Mi hermana, mi prima y yo fuimos caminando hasta Ica, no sé cuántos días, tomando atajos para que no nos agarraran los terrucos.

Yo quería ver a Wilson. Sabía que estaba ahí, pero no tenía a quién preguntar dónde vivía ni nada. Mi hermana y yo entramos a apañar algodón en una hacienda grande de ahí. «Cada quince días pueden ir a Ica a conocer», nos dijo mi tío. «Hoy en el coliseo cerrado hay fiesta, carnaval de toda la provincia, vayan pues». Cuando estaba sentada en las gradas lo vi, y temblé. Le dije a mi hermana «¡Wilson ha venido!». Él se acercó, nos saludó y mi hermana me miró sospechando. Él preguntó «¿Por dónde están viviendo? ¿En qué están trabajando?». Y mi hermana le dijo «Apañando algodón en la hacienda grande». Y él dijo «Se estarán achicharrando», y yo le respondí «¡No!». Y él me preguntó «¿Cuántos quintales haces al día?», y yo le contesté «Cuatro», orgullosa, porque yo trabajaba y ganaba más que todos, y él solo dijo «Asu».

Una mañana pastaba los carneros en la pampa del patrón, cuando lo vi aparecer, y me dijo «¿Qué haces acá?». Yo le contesté «¿No ves? Pastando». Y él me dijo «Donde sea te persiguen los carneros, ¿no?», y yo le dije «¿Y tú eres carnero acaso?», y él me respondió «Te extraño», y a mí se me salió «Yo también». Entonces llegó mi amiga a interrumpir con un balde de agua para los animales.

Le preguntó a Wilson qué hacía por ahí, él dijo que de paso nomás, y se fue. Desde ese día, miré y miré a ver si llegaba mientras subía a los camiones con mi lista de compras para Ica, hasta que por fin lo vi, justo cuando el chofer gritaba que nos apuremos. Estaba sentada comiendo mi sandía, y le grité «¡Wilson!», justo cuando el camión cerró la puerta y arrancó. «Seguro vive por acá», pensé, y lo esperé día tras día, pero nunca llegó.

Yo ya tenía diecinueve años y había trabajado varias cosechas de algodón, cuando mi mamá decidió llevarme a la sierra de vuelta. «Doña Celia quiere que vuelvas a cuidar a la bebe y dice que ya no van terrucos por ahí», me dijo. Yo, la verdad, pensé que solo extrañaba a la chiquita, pero cuando Wilson apareció un día, fue como si no hubiera pasado el tiempo, porque me seguía molestando, y yo tirándole cosas, y riéndonos como chiquillos.

Una noche mi patrona se fue al pueblo y nos quedamos los tres: él, la bebe y yo. Yo estaba cosiendo un saco del patrón, y Wilson me dijo algo como «¡Qué linda eres!», y yo agarré la aguja y se la hiqué en su mano sin pensar. Cuando empezó a salir sangre me dio pena y lo curé con agua oxigenada y me dijo «¡Mala eres, te fregaste, ahora!», y me abrazó y me dio besitos, diciéndome «Ahora me vas a creer, que yo nunca te he tocado». Nos besamos en la boca. Me llevó a la cama, me agarró los senos. Lo hicimos con ropa. Pero después me asusté, porque me dolió mucho, no me gustó. Él me decía «Te dije, tú no me creías, yo nunca te había tocado». Después de un rato lloré y le dije «Le voy a contar a mi mamá qué me has hecho», y él me decía «Yo no te he obligado, estamos enamorados». Pero yo tenía miedo. Me sentía sucia, me dolía todo. «¿Qué he hecho, Dios mío?», solo decía llorando. Ya no podía mirarlo, me daba vergüenza él, y

cuando me quería tocar, me ponía chúcaro. Así estuve como una semana. Después se fue a trabajar a Ica por meses, y lo malo fue que nunca supo cuánto lo extrañé, porque se me había pasado el miedo.

Todos los días miraba el paradero de bus, y él no se bajaba de ninguno, y yo lloraba. Cuatro meses después volvió para la fiesta de agosto. Esa vez lo llevé a mi cuarto y cómo me gustó todo lo que hicimos. Él me dijo «Voy a ir a Abancay, y nos vamos juntos», y yo le contesté «Pero tu papá y tu mamá no saben, ¿qué van a decir?». Y él me dijo «Vuelvo en veinte días. No nos van a cambiar nuestro gusto, de todos modos se van a enterar, de verdad yo te quiero», y yo lloraba, aunque sí le creía a él, y le decía «Tengo miedo, vergüenza, “esa chusca, tú no eres para él”, me van a decir».

Wilson no regresó en veinte días, sino después de tres meses, cuando ya me moría de náuseas. Mi mamá me descubrió vomitando y me gritó «¿De quién es? Si no me cuentas, a chicotazos te lo voy a sacar, si con nadie te veo». Me confesé. Para qué me confesé. Ella corrió a gritar a la mamá de Wilson: «¡Te he confiado a mi hija, mira cómo está, embarazada! ¡Yo lo denuncio! ¡Ha abusado! ¿Tú crees que la va a tener de pareja a mi hija?». La mamá de Wilson lloraba: «¿Cómo puede ser? Ella no me ha contado nada». Yo no lo vi, pero así se enteró él de que estaba embarazada, con su mamá, ya molesta, gritándole a la mía: «¡Mi hijo es profesional, abogado, enfermero! ¿Quién es esa india para estar con mi hijo? ¡No tiene educación, es una chola!». Todos me chancaban, y yo, embarazada, sufriendo. Nadie me ayudaba. Nunca más esperé a Wilson. Sabía que no iba a volver. Lo odié. Hasta que pensé No soy ciega, no soy coja, seré padre y madre de mi hijo, y le voy a poner mi nombre, y desde ahí

solo volví a llorar cuando parí a mi hijo, pero de pura felicidad. Y nunca más volví a extrañar a ese hombre.

Asunto: Soy otra

Vero <vero@suyo.com>

2 may. a las 5:40 p. m.

No sé por dónde empezar, porque hoy, literal, me ha cambiado la vida.

Me fui tempranito a mi clase de yoga y, cuando regresé a mi casa, encontré en la mesita de la entrada una nota de Fer junto a sus llaves. Decía «No puedo seguir así, cholita. Cuando te decidas a estar conmigo de verdad, me las devuelves. Esto, que no es ni chicha ni limonada, no va conmigo. Yo me muero por ti y quiero que vivamos juntos». ¡O sea que decidió, él solito, que estamos separados «de verdad»! Qué tal raza, y qué feo me ha parecido... Obvio, lo que quiso es asustarme con lo de las llaves, pero no le ligó.

Recogí a Clara en un taxi porque, bueno, me había tomado un par de copitas para el valor, y ni hablar de manejar, y cuando se subió en el asiento de atrás conmigo, no supe si saludarla con un beso en la boca (que, claro, era lo que me provocaba) o en la mejilla, qué nervios. Pero ella, de una, me dio un piquito. ¡Más linda! Entonces le pregunté, toda ingenua, adónde íbamos de *shopping*, y me contestó «Odio el *shopping*». Nos reímos, medio timidas las dos, sin saber qué hacer por un ratito. Hasta que le propuse (y yo misma no pude creer mi valentía) «¿Vamos a mi casa y cocinamos algo rico? No tengo mucho en la refri, pero sí para una buena pasta». Y ella, con franqueza sorprendente, me preguntó «¿Y si se aparece mi hermanito?». Entonces yo le respondí, un poco con roche porque con su pregunta medio que se me estaba mandando, «Fernando ya no tiene llave y nos hemos

separado de verdad». Me agarró la mano y yo me derretí todita. Entonces nos dimos un beso supersuave que, pucha, fue lo máximo, y vi que el taxista nos mirara escandalizado por el espejo retrovisor. ¡Me dio rabia! ¡Qué tal raza! ¡Solo porque somos mujeres! ¡Ahora me doy cuenta de lo horrible que es no poder hacer algo tan normal y bonito delante de la gente! Definitivamente hay que sufrir las cosas en carne propia para tomar conciencia de las injusticias de la vida.

La cosa es que llegamos a la casa y al toque me metí al cuarto de Emi, que estaba cocinando no sé qué, para decirle que, porsiacá, iba a estar superocupada con una amiga en la sala trabajando y que no se preocupara por servirnos nada, que si ya había comido, que descansara nomás. Llegué a la sala con una botella de un vino buenazo que Fer tenía guardado para ocasiones superespeciales y serví dos copas (¡bien hecho!). Clara me esperaba sentada en la sala, sin zapatos, con los pies cruzados sobre el sofá. Pucha, Amalia, eso de que muchos hombres mueren por los pies de las mujeres nunca lo había entendido, pero cuando vi los de esta chica, me quedé lela. No te los podría describir, pero me acerqué y se los besé y se los acaricié, despacito, pasando por su empeine, sus dedos, su planta recontra suave, y ella medio que se reía de gusto, y mientras yo hacía eso, me quitó el polo y el sostén, y se desvistió ella también. Por un ratito nos miramos las dos, o sea, asombradas por lo lindos que eran nuestros cuerpos —el mío también, te juro, nunca me había sentido así, hermosa— como si no lo pudiésemos creer. Empezamos a tocarnos, despacito, a acariciar nuestras pieles como en espejo, tú me entiendes, sin dejar de mirar, como soñando, cada sitio donde poníamos las manos. Nunca me habían mirado así, ni yo había mirado así, te juro. Era como eso que tú dices: con ella era otra, con un cuerpo nuevo que me encantaba, y no tenía que meter la panza ni nada, porque era perfecta y ella también.

De pronto, nos besamos en la boca y cómo te explico... Fue demasiado. No hay palabras para describir tanta sensualidad. Pero después empezamos a hacer con nuestras bocas lo que habíamos hecho con las manos, o sea, a besarnos todas, y ella lamió mis pezones largo rato mientras yo tocaba los suyos, y luego al revés, y no sé cómo terminamos en el suelo, echadas de lado las dos, y ella empezó a tocar mi clítoris. Parecía que era yo quien me lo hacía. Y yo también toqué el suyo, y no fue difícil encontrarlo ni nada raro para mí. Ella me preguntó «¿Te gusta así?», y le dije que sí. Y yo también le preguntaba a ella. ¿Te das cuenta? En un momento me penetró con su mano y no sentí ningún dolor, sino placer, puro placer, y luego le hice lo mismo a ella, y cuando empezó a mover más fuerte su mano dentro de mí, la imité mientras nos seguíamos besando en la boca. Cuando ella sacaba sus dedos y frotaba mi clítoris, yo le hacía lo mismo a ella. Y al sentir que yo estaba a punto de terminar, volvió a introducirlos en mi vagina y yo me fui, gimiendo, retorciéndome toda. Nos abrazamos, y Clara se rio mucho. Yo me preocupé un poco por ella, por la falta de *timing*, pero, qué loco, la excitación no se me había pasado a pesar de tremendo orgasmo, y entonces abrí sus piernas para besarla, sin pensarlo, sin ningún miedo, alucina, como si lo hubiera hecho mil veces en mi vida, y ella se dio la vuelta sobre mí para besarme ahí abajo también, y te juro que jamás pensé cómo me gustarían su sabor, su olor, la textura de su clítoris, todo lo que antes me asustaba solo de pensarlo. Entonces empecé a lamerla con todo el amor del mundo, así como ella me lo hacía a mí a la vez, y ahí fue ella quien tuvo un orgasmo bárbaro, que la hizo tenderse bocarriba sobre la alfombra, jadeando. Extrañé su boca y la busqué, y me pasé de vueltas con la delicia de probar nuestros sabores y nuestros olores confundidos, y ese beso fue como que más intenso que antes, y ella tomó mi mano para meter mis dedos en su vagina, y me ayudó a moverlos fuerte, ajustando mi muñeca, y entonces expulsó un chorro enorme, caliente,

que nos inundó toditas, y ella volvió a reírse. Yo estaba superasombrada, Amalia, pero feliz. En ese momento, Clara sacó mi mano empapada de su entrepierna y se la llevó a la boca para probar sus aguas, y yo quise saborearlas también y olerlas, y ambas lamimos mi mano como si, o sea, quisiéramos secarla con nuestras lenguas. La alfombra estaba, literal, empapada. Nos quedamos un ratazo echadas una al lado de la otra, haciéndonos cariño, en éxtasis total.

—¿Siempre te pasa esto? —le pregunté, acariciando su cara.

—¿Qué cosa? ¿Lo de las aguas? —me preguntó ella, y añadió—: Primera vez en mi vida. Tú has hecho el milagro, Vero. ¿Te gustó?

—¿Lo de las aguas?

—No, monga, ¡todo! —dijo riendo.

—Me fascinó... Ha sido demasiado... ¿Y a ti? Nunca había estado con una mujer, seguro que te diste cuenta —solté, sin poder contenerme.

—¿Nunca, nunca? —preguntó incrédula.

—Bueno, de chiquilla, con mi mejor amiga, pero terminamos peleadas porque se lo conté a todo el mundo, mal, como si ella me hubiera obligado, más o menos. Me porté como una idiota —le confesé sin pensar.

—A mí no me vas a hacer eso, ¿no? —me dijo, dándome un beso en la boca.

—¿Cómo se te ocurre? —le dije, medio avergonzada.

—¿Te sientes culpable por Fernando? —me preguntó de frente.

—Un poquito —admití, y se la devolví—: ¿Y tú?

—Otro poquito —me contestó, y obvio, habíamos tocado un tema que ambas preferíamos evitar.

—Igual, mejor que esto no lo sepa nadie, ¿no? —me atreví a proponerle.

—Mejor —me contestó a secas, y añadió—: ¿Qué me vas a cocinar? Me muero de hambre.

Tuvimos que ayudarnos para levantarnos (estábamos como mareadas, pero no por el vino, te juro, sino de tanto amor, por más huachafo que te suene), y fue deli abrazarnos así, de pie. Nos matamos de la risa cuando nos dimos cuenta de que, cómo te explico, estábamos pisando un charcazo que la alfombra no había podido terminar de chupar, y empezamos a chapotear encima. No nos vestimos para ir a la cocina. Era como si, no sé, no tuviera ningún sentido ponerse la ropa. Nunca me había pasado eso, Amalia. Por primera vez me sentía cómoda desnuda. Ahí me di cuenta de que yo siempre me he vestido al toque después de hacer el amor con Fer, y ahora creo que era como que no me sentía cómoda calata delante de él, y eso me parecía de lo más normal. Mientras esperábamos que hirviera el agua para la pasta y yo salteaba en aceite de oliva unos tomates *cherry* con hierbas y ajo, Clara me tomaba por la cintura y besaba mi espalda, mi cuello, y la piel se me ponía de gallina, y le decía «Sigue así y no respondo», y ella me contestaba «No respondas, pues». Luego jugaba con una rama de perejil sobre mis tetas, sobre mi poto, y yo le decía «¡Me voy a quemar, para!», y ella se reía. Nos sentamos a comer los fideos siempre así, sin ropa, del mismo plato hondo, enorme. Te juro que nos pasó lo de *La dama y el vagabundo*, porque comimos el mismo tallarín que nos llevó a besarnos, primero de casualidad, y luego lo hicimos a propósito, divertidas. A todo esto, nos bajamos un par más de botellas de vino, las superespeciales de Fer, por supuesto. Ya repletas y medio zampadas, nos echamos de nuevo sobre la alfombra que por fin se había secado. Nos besamos y nos acariciamos hasta que dijo que debía irse, porque tenía consulta temprano al día siguiente. «Mis pacientitos se van a emborrachar con solo olerme», se despidió con un beso. Casi le pido que se quedara a dormir conmigo, pero me pareció un poco *too much*.

¿Cómo te explico? Me quedé enamoradísima, linda, flotando, como si me acabaran de hacer. Lo malo es que, ya cuando estaba en mi cama, empecé a

atormentarme horrible pensando sobre qué quería decir todo eso, pero ya no preocupada por la sonsera de si soy *gay* o no, sino más bien, o sea, por dudar de si Clara y yo estamos juntas o qué. Siento que me muero por ella y quisiera que sí, que sea mi novia o algo así, pero no sé si ella me corresponde, aunque, te advierto, esto no quiere decir, porque nada que ver, que quiera que todo el mundo lo sepa. Seguro estás pensando, literal, que soy una convencional de terror, pero ya pues, seguro, así soy, qué voy a hacer. En verdad, ahorita no me cambio por nadie, Amalia. Tenías razón. Esto tenía que vivirlo. Daría la vida por saber si ella está así como yo.

Leer tu cuento serrano me ha hecho llorar. Me ha encantado. ¡Pero qué triste! Hay gente que ha sufrido tanto con esto del terrorismo y nosotros como si nada, nos hemos olvidado de todo, y también hay tantas mujeres maltratadas, abandonadas con sus hijos por unos malnacidos... Aunque Wilson en verdad se moría por la chica, estoy recontra segura. Lo que pasa es que el muy cobarde no aguantó la presión. En verdad, pucha, igual es una historia de amor superlinda. Por eso me gustó tanto. Estoy orgullosa de ti, amiga mía.

Sobre tu manual para vomitadoras no puedo decirte lo mismo, si te hablo a calzón quitado. O sea, no me friegues, pues, Amalia. Aunque digas que no, le estás dando a la pobre Elisa los peores consejos del mundo con el cuento ese (que no me termina de cuadrar) de que la escritura y el cuerpo tienen que ver, y que eso te curó. Déjate de cosas, pues.

Uy, creo que esto de estar enamorada de verdad me ha levantado la autoestima porque estoy que te cuadro como si nada. Así que aprovecho y aquí te mando otra: ¿cómo diablos se te ocurre darle tu computadora al tal F? ¿No te acuerdas cómo me gritaste cuando me descuidé y Fer —que es mi esposo, o bueno, era, y no un ilustre amante desconocido— estuvo a punto de leer nuestras cartas? O sea, menos mal que F me cae recontra bien y me

inspira como que confianza total, pero te pido que no vuelvas a cometer una locura así y, sobre todo, que no le hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti. ¿Oki?

Y ahora viene lo bueno... ¡Me has dejado idiota con tu historia del coito anal! No necesito decirte que yo ni muerta he incursionado por ahí. Si el pene de Fer me dolía por delante, ¡imagínate por detrás! ¿Pero sabes qué? Después de lo que me acaba de pasar con Clara y sus cataratas eróticas, nunca podré decir «De esta agua no beberé». Ay, qué graciosa estoy. Me acabo de acordar de mi vibrador cajamarquino. ¿Y si lo llevo al próximo encuentro con ella? ¿Se ofenderá? ¿Creerá que extraño los penes? Tú y yo sabemos que nada, pero *nada* que ver con extrañarlos, pero no sé, de repente se podría jugar un poco con eso... Oye, ahora que lo pienso, ¿te has dado cuenta, amiga, de que por primera vez no he recurrido a instruirme en internet (ahora habría sido para ver pornos entre chicas), sino que, como quien no quiere la cosa, me he atrevido a ser, o sea, yo misma por primera vez? No hay nada que hacer: he evolucionado. Y con este profundo pensamiento te dejo hasta la próxima.

Bye, bye.

Vero

P. D. Amalia, ¿has visto cómo he escrito los diálogos con los guiones esos largotes que usan ustedes las escritoras? Me he demorado horrores, pero me siento superorgullosa.

Amalia <amalia@propio.com>

2 may. a las 6:43 p. m.

Querida Verónica:

Te diré, con el calzón en la mano, que tu polvo con Clara me ha parecido de lo más arrechante. También te felicito por los «guiones largotes», que se llaman «rayas». Tienes razón: me provoca decirte que eres una cojuda por querer emparejarte cuando acabas de terminar con tu marido y te has acostado con la chica por primera vez. Pero mejor me callo, porque, para variar, predicaría lo que nunca he practicado: siempre me he emparejado inmediatamente después del primer polvo y, además, he pasado de un hombre a otro, como Tarzán, de liana en liana. Sí me atrevo a decirte que disfrutes tu romance en este inmejorable momento, que no suele dejarse estirar mucho antes de que todo se vaya indefectiblemente al carajo. El secreto, por ahora, no solo te permitirá patear el problema social hacia adelante, sino que añadirá a tu romance un ingrediente mágico: la clandestinidad. La cucufata e intolerante sociedad limeña solo merece, a mi parecer, que una se cague en ella, y ya verás cómo y cuándo les da la gana a las dos de hacerla partícipe de su amor.

En lo que atañe a tu vibrador, dudo que pueda ofender a Clara. En el sexo todo vale, Veroniquita, y esto empiezas a descubrirlo solo ahora, felizmente, con creces. Me encanta, entre otras cosas, que se pregunten cómo les gusta tocarse; la gente, cuando tiene eso que llaman «sexo», da por sentado cojudamente el placer del otro y, al hacerlo, lo saca de juego. No sé por qué en la cama es tan jodido atreverse a pedir, a negarse, a preguntar, a desnudar el inevitable desconocimiento del propio cuerpo y el del ajeno. Y ahora que te digo esto me pregunto si el beso con Eric no se habrá perdido gracias a mi cojudo silencio.

Yo misma, que me las doy de muy experimentada, me he quedado cojuda por haberle entregado mi intimidad posterior a F. Lo sucedido en ese *jacuzzi* se me ha clavado en la piel y me empecino en volver a sentirlo una y otra vez, mediante el recuerdo. ¿Me habré vuelto una sodomita empedernida? Esta

mañana me quedé con los ojos cerrados reviviendo cada instante bajo el agua con F, y no me bastó con eso. Llené mi tina, lancé unas espumas que tenía por ahí, y me sumergí en ellas. Cerré los ojos y acaricié mis pezones erectos largo rato, y luego busqué con los dedos mi clítoris, que encontré hinchado, enorme. Lo sobé y lo sobé, disfrutando al máximo la consistencia resbaladiza del agua jabonosa, primero de arriba abajo, llegando hasta la entrada de mi vagina, y después presionándolo con movimientos laterales. Cuando sentí que se acercaba el orgasmo, me metí un dedo y, en pleno éxtasis, busqué, con otro, mi orificio posterior, para acariciarlo e intentar entrar en él. Lo logré a duras penas, y te confieso también —a pesar de mí— que extrañé la pinga de F. Creo que me voy a comprar un vibrador; el que tengo ya está viejo y no se mueve bien ni con pilas nuevas. Recién ahora recuerdo cómo jugábamos hace años Eric y yo con aparatos así. No sé en qué momento se aburrió nuestro sexo, pero ahora presumo que yo misma contribuí a su muerte. Sin embargo, increíblemente, ahora eso no me importa. Estoy extrañando a Eric a muerte y no veo las horas de que llegue para cocinar juntos, ver una película en la cama recostada sobre su pecho y dormirme abrazada a él.

Hace un rato, sin pensarlo, me senté en el escritorio y abrí el archivo vacío destinado a mi novela erótica, y me arranqué a escribir. ¡Empecé, Verónica! Habría escrito un par de párrafos cuando me entró un mensaje de F recordándome que almorzaríamos juntos. Me sacó de cuadro. Prefiero mil veces mantener la distancia que me está permitiendo seguir así de erotizada con él y escribir hasta no poder más. Se lo dije por WhatsApp. Se quedó callado un momento y pude percibir cierta molestia en su silencio. Luego vi en la pantalla de mi celular, con alivio y ansiedad, que se ponía a escribir, y largo. Mi corazón se desbocó de alegría, pero la sangre se me congeló cuando leí «He hablado con mi esposa. Le dije que nuestro matrimonio ha terminado. Lloró, me amenazó, pero no me dejé doblegar por la lástima. La he dejado,

Amalia; he hecho al fin lo que tú y yo queríamos con toda el alma». ¿Lo que yo quería? ¿De dónde ha sacado eso este hombre? A ti, Verónica, te confesé el carácter contradictorio de mis celos por ella, pero a él jamás le dije nada. Voy a tener que ir a verlo ya mismo para aclarar este malentendido. Lo voy a desahuevar bien, pero con cuidado, porque quiero conservarlo. Lo que tenemos él y yo no merece perderse. Tranqui, que no es la primera vez que tereo a hombres semejantes. ¿Pero por qué mierda siempre sobreviene el desencuentro? *Fuck!*

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>
2 may. a las 7:12 p. m.

Pucha, Amalia, qué vaina. ¿No le habrás dado a entender al pata, no sé, de alguna manera (tú sabes que también existe el lenguaje corporal, ¿no?), que querías que dejara a su mujer? Lo dudo, conociéndote, pero de repente resultó recontra perceptivo el hombre, una nunca sabe. ¿No dices que había como que una telepatía entre ustedes? No creo, para nada, que te cueste mucho arreglar las cosas. A no ser que el tipo pretenda que tú hagas lo mismo que él... ¡Mejor me callo! No quiero ser ave de mal agüero. Pero mira, mujer, total, es su problema.

Aunque, pensándolo bien, o sea, a mí me parece bonito que no haya dejado hasta ahora a la esposa, porque, pucha, eso habla de su buen corazón, pero ahora que ha tomado valor, de repente es momento de que tú también te lances al amor de verdad, que te atrevas (como yo, alucina) a dejar lo conocido por lo nuevo, lo rutinario por lo pasional, que no te conformes más.

¡De repente te toca a ti seguir mi ejemplo! ¿Quién lo diría? No te me acobardes nomás, *baby*. Yo estoy sufriendo porque no sé si escribirle o no a Clara, porque, o sea, no quiero parecerle *pushing* y espantarla, a ella que siempre me ha parecido superindependiente y segura de sí misma, aunque un poco pava. Pero te juro que estoy que me muerdo los dedos. ¿Por qué sufrir así?

¡Amalia! ¡Dios me ha escuchado! Mira el mensaje que acabo de recibir de Clara. Te lo copio porque me parece que vale horrores la pena:

Mi cuerpo y mi alma, secos de ti, lloran sin lágrimas. Soy tuya. Mi espíritu no puede hacer sino alimentarse soñando con nuestro tan lejano encuentro; no hace sino eso. Porque soy tuya. Tus labios tibios sobre los míos, nuestras dulces lenguas besándose lentamente, tu piel y la mía, tus prodigiosas manos acariciándome toda, volviendo al fondo de mi fondo, y pronto bañadas por la magia de mis aguas, cuya creadora eres tú. Soy tuya. Tu voz me falta como el aire. Háblame. Todo en mí, que es de ti, muere sin ti.

¡No lo puedo creer! No me digas que es medio huachafona, porque no me importa. Medio poeta nos ha salido la chica. Qué alucinante, siendo doctora, quién lo diría... Me estoy muriendo de felicidad, pero todavía no puedo contestarle por lo pasada de vueltas que estoy.

No pude aguantarme. Le acabo de mandar un mensaje diciéndole que yo también me muero por ella, que estoy enamorada hasta el tuétano. Y me ha contestado al toque. Según Clara, tenemos que decírselo a Fer. Dice que no puede seguir viéndole la cara a su hermano sabiendo que el pobre tiene esperanzas de volver conmigo, y nosotras en tremendo romance. Lo peor es que tiene razón y la entiendo, si me pongo en sus zapatos. Pero, pucha, yo no

sé si me atrevo, porque me rompe el corazón, te juro, solo de imaginarme cómo va a sufrir. ¡Ahora comprendo cuando me decías cuánto duele hacer daño! Clara me dice, además, que no tiene ningún problema en «salir al mundo» conmigo. Mamita, ¿qué voy a hacer? Yo no me siento, o sea, como para eso, es para mí *too much*, pero ella dice que respetará mis tiempos. En verdad, Amalia, creo que eso de respetar lo dice un poquito de la boca para afuera, porque bien que le va a molestar que yo no me anime a confesarle esto a todo el mundo, ni mucho menos a hacerlo pronto. Y la entiendo, pucha, porque a mí en su lugar de repente me pasaría lo mismo. Claro, para ella todo es mucho más fácil porque, pucha, no tiene marido ni hijos. Aunque en verdad hay que reconocer que ha tenido el coraje de meterse con la esposa del hermano. Muy aparte, la conozco hace mil años y jamás le he conocido chica, ni chico, ni nada, o sea que ha sido siempre superdiscreta. Te confieso que me siento un poquito presionada, aunque también recontra halagada de que lo que siente por mí sea tan pero tan fuerte como para querer gritarlo a todos los vientos.

Oye, qué difícil había sido vivir en esta ciudad. ¡Ay, Amalia, no me lo vas a creer, pero recién ahorita acabo de pensar en mis papis! No sé qué voy a hacer. Una cosa es haber descubierto que mi mami ha sido recontra, cómo te explico, sexi con mi papi, o sea, supersensual con sus portaligas y todo, y otra que ellos dos se den con que Fer y yo no solo no duraremos, como ellos, para siempre (estoy segura de que eso querían y creían), sino que, encima, lo he dejado por mi cuñada, su queridísima Clara, o sea, por alguien que, además, es mujer. Clara y mis papis siempre se han caído regio... ¡Ay! Me carcomen los nervios. Jamás me imaginé estar en estas, amiga. Qué locura. Tengo que pensar, hacer yoga, algo, no sé. Te escribo luego. Te juro, pero te lo juro, Amalia, que, por un lado no me cambio por nadie, pero, por otro, no querrías

estar en mi lugar. ¿Te parece que hay algún apuro por darle semejante noticia a la gente? *Help...* ¡S. O. S.!

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

2 may. a las 9:12 p. m.

Querida Verónica:

No puedo ayudarte. Vengo de encontrarme con F en un restaurante en Miraflores. Le dije, de la manera más cariñosa y hasta coqueta posible, que la decisión de dejar a su mujer era exclusivamente suya y que yo jamás había querido que eso sucediera —mentira—, ni se lo había dado a entender —verdad—, y le recordé que yo le había confesado que estaba enamorada de mi marido y de él a la vez. Se rio en mi cara y empecé a detectar en él gestos monstruosos mientras escuché su delirante discurso, que esgrimió con una soltura y una seguridad solo dignas de un demente: «Tú no lo quieres; si no, no estarías conmigo. Tú me amas, pero no lo quieres aceptar porque temes ser feliz; yo lo siento y no me equivoco, me lo dicen tu cuerpo, tu mirada, toda tú; tienes que atreverte a ser feliz y yo he nacido para eso, para hacerte feliz y para nada más». Verónica, no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Qué puedes replicarle a un loco que cree conocer tus sentimientos, y que tú, por supuesto, los ignoras? Como ya te he dicho, no es la primera vez que un pata me sale con un rollo semejante —qué bestia para ser todos iguales estos cojudos—, sabía que tenía que hacerme la huevona y solo decirle, muy suavemente, que no pienso dejar a mi marido y que, si esa era una condición

para seguir viéndonos, tendríamos que dejarnos, aunque me diera mucha pena. ¡Mentira! Lo único que quería era quitarme cuanto antes y no verlo nunca más. Él sonrió de un modo escalofriante y me dijo «Como sabía que podrías negarte a darte a ti misma la oportunidad de ser feliz, porque te conozco, mi amor, y sé que eres chúcara, tengo esto para darte el empujoncito que necesitas». Acto seguido, sacó un USB de su bolsillo. Me quedé atónita.

—Así de simple, preciosa: o dejas que yo te haga feliz o publico esto — me dijo sonriendo, con el USB en la mano.

—¿Qué es eso? —le pregunté aterrada.

—El carteo con tu amiga Vero que, dicho sea de paso, me ha parecido de lo más interesante —dijo con toda soltura.

—Haces eso y te mato —le contesté presa de una furia que no me conocía.

Me paré e intenté arrancarle de la mano el USB, pero fue en vano; durante el forcejeo, logró introducirlo en el bolsillo de donde lo había sacado. Ante la mirada estupefacta de los comensales, le zampé una cachetada que retumbó en el restaurante. No había más que hacer. Salí corriendo hacia la calle y manejé hasta aquí, llorando sin parar.

He sido una bestia, Verónica. La cagué, me cagué, te cagué. Entenderé si no puedes perdonarme, pero te pido ayuda, te lo ruego, porque te tengo solo a ti y estoy completamente desesperada. ¿Podremos hacer algo? Este demente, hijo de la gran puta, seguro ha hecho varias copias más. No puedo parar de llorar. El mundo se me ha venido abajo. Tú tenías razón. Me metí con un psicópata, me entregué como una cojuda. Necesito una pastilla para tranquilizarme, aunque dudo que exista alguna con poder semejante. Voy a tener que inventarle algo a Eric, que está de camino desde el aeropuerto. Tengo los ojos hinchados, tiemblo de pies a cabeza...

Adiós. Perdóname, por favor.

Amalia

Vero <vero@suyo.com>

2 may. a las 9:29 p. m.

Estoy en *shock*, Amalia. No te voy a recriminar, no. Yo misma me dejé engañar por el malnacido ese. ¡Qué perro, por Dios! Es cierto: tenemos que pensar en algo; no nos vamos a dar por vencidas. Pucha, o sea, encima tú tienes más que perder que yo, porque, para qué te voy a decir si ya lo sabes, las cosas que me has contado en tus cartas son mucho más fuertes y comprometedoras que las que te he confiado yo, pero igual ahí están todas mis intimidades, cosas que jamás habría compartido con nadie, aunque nunca le haya sacado la vuelta a Fer (bueno, hasta antes de meterme con su hermana...). O sea, ¡qué vergüenza! Pero bueno..., trata de tranquilizarte porque tenemos que pensar en frío. Ya sé que ahora estás hecha puré, pero hay que recuperar la calma. ¿Puedo contarle a Clara lo que nos ha pasado? No sé, pucha, de repente ella, como ve las cosas desde fuera, nos puede dar una mano, alguna idea, no sé.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

2 may. a las 9:34 p. m.

Cuéntaselo todo. Necesitamos ayuda.

Vero <vero@suyo.com>

2 may. a las 9:39 p. m.

Recién reacciono, literal, y me doy cuenta de lo terrorífico que es todo esto, del daño horrible que me puedes haber hecho, a mí, a todos. Estoy furiosa, recontra desilusionada y te estoy odiando. Pucha, Amalia, ¿cómo has podido hacerme esto? O sea, ¿entregarle tu computadora a un desconocido? No hay palabras, Amalia. Te juro que, si no fuera porque tenemos que solucionar esto de alguna manera, no te hablaría nunca más en mi vida.

Chau.

Vero

Asunto: Es mi vida

Amalia <amalia@propio.com>

3 may. a las 10:25 am

Querida Verónica:

Entiendo que me odies con toda el alma. Te escribo, como nunca, sin la seguridad de que me estés leyendo. Anoche llegó Eric y me encontró destrozada. Haber practicado la mentira desde niña me ha inoculado el don de la improvisación, sin importar cuán descubierta y perdida me encuentre. Le dije que había ido a visitar a mi madre y que, al salir, me había dado otro ataque de llanto inexplicable. Me consoló. Inútilmente, porque yo no podía dejar de llorar, sintiendo la inminencia de su herida incurable al descubrir, con horror, haber amado a una hija de puta como yo. Porque eso, y nada más, sería yo a sus ojos. Imposible creer en un amor como el mío. Pero, aunque nuestros mensajes salgan a la luz, yo negaré la dolorosa y equívoca apariencia hasta el final y defenderé la verdad de mi amor, aun sabiendo que me odiará para siempre sin remedio. Lloré mi mentira callada, hundida en su abrazo, aferrada a la moribunda maravilla de dejarlo en paz.

Ahora, sola en la casa, camino de un lado a otro como fiera enjaulada, pensando en todo y en cómo es mi vida. *Sofía* me sigue y se frota contra mí, emitiendo ruiditos guturales, como queriendo reconfortarme desesperadamente. Solo la tengo a ella.

El loco me ha mandado un WhatsApp —no, no lo he bloqueado porque perder todo contacto con él me asusta más todavía— diciéndome que tengo un plazo de tres días para «atreverme a ser feliz». No le he respondido. Quiero matarlo.

Te mando besos, sin ninguna esperanza de que me perdones. Espero noticias tuyas, carcomida por la vergüenza y la culpa.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>
3 may. a las 11:30 a. m.

He hablado con Clara. Tuve que explicarle todo desde el comienzo, o sea, que me he estado escribiendo, todo el día y todos los días, con una amiga del colegio, contándonos nuestras intimidades. A la pobre no le entraba en la cabeza por qué no nos vemos tú y yo, y solo nos escribimos, y, pucha, no fue nada fácil lograr que entendiera (porque ni yo misma lo entiendo bien) toda esta locura de los miles de correos que nos hemos estado mandando... Por supuesto creyó que había algo entre tú y yo, pero, gracias a Dios, al final como que comprendió.

Tú serás como quieras, Amalia, pero yo no pienso tener ningún secreto con Clara, nunca en la vida. No le he enseñado (ni ella me lo ha pedido, porque es superdecente) nuestros correos, por respeto a tu intimidad, porque yo te cuido, ¿ves? Pero alucina que he pensado dejarle leer solo mis mensajes, porque, o sea, además de que me encanta cómo he logrado escribir, me parece una manera superchévere de que me conozca más. Hablar con ella me ha tranquilizado un poco, pero igual estoy con los nervios de punta. Por tu

culpa todo puede como que precipitarse. Todo lo mío, digo. Clara cree que ya no queda otra que contarle a Fer sobre lo nuestro, antes de que se vaya a enterar por otro lado. ¡Y yo me muero de nervios, de pena, de miedo y de todo!

Así no tenían que ser las cosas. Además, no es que yo sea mal pensada, pero se me ha cruzado por la cabeza que Clarita de repente está aprovechando el pánico, sin querer queriendo, para acelerar nuestra confesión a Fer. Pero pucha, también la entiendo. Entonces hemos quedado en que ya, y hemos citado a Fer ahora para almorzar en mi casa. Lo siento, pero también le vamos a contar lo que te ha pasado con el loco, porque de repente él nos puede ayudar, porque es del medio, son colegas fotógrafos y quizá lo conoce. Además, en verdad él también estaría fregado si se divulgara todo esto, acuérdate de que es superconocido por sus fotos, hasta más que tú por tus guiones. Qué horror, Amalia, estamos a punto de que nos calateen delante de toda Lima, pero mal, mal, mal. Suena chistoso, pero no me estoy riendo para nada. Aunque, pucha, no te voy a ocultar que me provoca como que castigarte, se me está pasando la furia contra ti. Lo que estoy es aterrada.

Bye, bye.

Vero

Vero <vero@suyo.com>

3 may. a las 12:31 p. m.

Amalia, ¿estás viva? ¿No te habrás tirado por el balcón, no? Me he pasado todo el almuerzo chequeando mi teléfono a ver si entraba un correo tuyo, preocupada por ti. ¿Estás?

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

3 may. a la 1:35 p. m.

Querida Verónica:

Sí, aquí estoy. Estaba con Eric. Dadas las circunstancias quedaría fuera de lugar contarte lo que me ha pasado con él, que fue malévolamente maravilloso. Avísame, por favor, si ustedes ven alguna luz al final de esta pesadilla. Me quedo pegada a la computadora, esperándote.

Besos,

Amalia

Vero <vero@suyo.com>

3 may. a las 3:16 p. m.

Escúchame, Amalia, se lo dijimos a Fer. Pucha, no sabes lo que fue. Te cuento que logré convencer a Clara de que debíamos actuar al revés, o sea, empezando por lo más urgente: contarle lo del loco del USB, y luego, si había como que buena onda y la cosa fluía, confesarle nuestro romance.

Apenas llegó le conté que un fotógrafo limeño famoso me estaba chantajeando con publicar los mensajes que me había estado escribiendo con una amiga del cole, superíntimas... (te juro que no le dije tu nombre, para que veas qué fiel que soy, Amalia). Se quedó lelo, primero, y después empezó a

gritarme furioso, a decirme que ya sabía que yo le andaba ocultando cosas, que por eso me puse así el día que agarró mi compu, que cómo se me ocurre ventilar así nuestras intimidades...

Clara me ayudó a calmarlo diciéndole que lo que necesitábamos ahora era ayuda para impedir que el tipo ese sacara nuestras vidas privadas a la luz. Como, claro, a él siempre le ha importado un montón el qué dirán y, aunque es superfigureti, ni gracia le haría verse expuesto de esa manera, se puso a dar vueltas caminando como loco, como que rompiéndose la cabeza. Me pedía datos sobre el tipo y yo no sabía qué decirle (yo nunca he sabido si te manejas con tu nombre de verdad y si sabes los de tus amantes, porque siempre me ha dado no sé qué preguntarte), aparte de que el tipo tiene casa en Los Cóndores, que trabaja haciendo fotos para una revista y que había hecho un reportaje sobre una escritora conocida (o sea tú, pero no le dije), que estaba casado y que creía que su nombre empezaba con F. Entonces, locazo, empezó a whatsappear a Dios sabe quiénes, como que haciendo averiguaciones... Hasta que en un momento se paró en seco y dijo «Creo que ya sé quién es ese huevón». Clara y yo gritamos a la vez «¿Quién?», y él nos dijo «Federico Saldarriaga». Me ha pedido que te pregunte si es él. Lo veo demasiado furioso a Fer y me da miedo, pero me ha jurado que no va a hacer nada malo, y yo le creo. ¿Así se llama, Amalia? ¿Por lo menos sabes cómo se llama? Responde ya mismo, por favor.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

3 may. a las 4:31 p. m.

Sí, así se llama. ¿Pero qué piensa hacer Fernando?

Vero <vero@suyo.com>

3 may. a las 4:58 p. m.

Según Fer, hay que mandarle «una chiquita», asustarlo bien. Yo me aterrqué cuando dijo eso, porque, pucha, ya suena a matonería pura y dura, y esas cosas no me gustan ni michi, pero de repente no queda otra, Amalia, y Clara también estuvo de acuerdo con eso.

La cosa es que estábamos sentados los tres y de repente nos miró, cómo te explico, como si nos viera por primera vez en su vida, y nos dijo con los ojos abiertos «¡No me digan que se han vuelto tortas!», y aunque me pareció supervulgar y machista esa palabra, y me dio como que vergüenza ajena haber estado con alguien así tanto tiempo, me dio pena y empecé a decirle que en verdad él y yo ya no nos queríamos hacía tiempo, que nunca nos habíamos deseado lo que se dice mucho y, obvio, se puso furioso, pero furioso en *shock*, no sé si me explico. Entonces Clara se le acercó y le agarró el brazo, y verlos fue locazo, porque, pucha, son idénticos, y él se zafó, y ella le dijo «Me enamoré, Fer, perdóname». Y entonces, todavía choqueado, se paró y se fue.

Clara y yo nos quedamos sentadas juntas, recontra dolidas por él, sin atrevernos ni a darnos un beso por la culpa. Jamás me imaginé, Amalia, que para ser feliz tendría que herir a alguien tan querido. En un momento, Clara se levantó y me dijo «Tengo que hablar con él». Me dio un beso y se fue. Amalia, escíbeme lo que te provoque, no te cortes conmigo. En verdad, extraño nuestros mensajes de siempre.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

3 may. a las 6:03 p. m.

Querida Verónica:

No tengo fuerzas para contarte con todo detalle, como lo hubiera hecho antes, mi encuentro con Eric. Solo puedo decirte que nuestro beso resucitó, como si la vida se regodeara cediéndome lo que me negó día a día, justo ahora que se avecina la muerte; como si se complaciera en presagiar el fin. Nos besamos como antes, justo cuando están a punto de evidenciarse mis mentiras, que darán lugar a que piense que nunca lo quise. Daría la vida por que supiera cuánto lo amo. ¿Pero cómo?

Besos,

Amalia

Amalia <amalia@propio.com>

3 may. a las 6:44 p. m.

Verónica, ¿has visto las noticias? Por suerte, Eric ya se había ido a dar clases cuando prendí la tele. Ha salido la foto del loco. La esposa, la editora que te conté, ha dicho en una entrevista que a su marido le dio un infarto durante la noche y amaneció muerto, que sufría del corazón, que su salud estaba muy delicada... Todo me parece muy extraño. El tipo tiraba, chupaba como una bestia, eso me consta. Todo indica que no habrá ninguna investigación

porque dicen que su muerte natural está clarísima, y hasta le han hecho una autopsia. Tu novia es doctora. ¿Qué dice? ¿Y el USB? ¿Podemos saber adónde ha ido a parar? Otra vez me estoy muriendo.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>
3 may. a las 7:18 p. m.

Amalia, a Clara también le parece raro este asunto. Ha averiguado y parece que el médico que ha hecho la autopsia es amigo de la esposa y, por eso, alucina, me ha dicho que de repente la tipa lo envenenó. ¡Ay, no, qué horror! ¿No era que se había separado el hombre? Hasta Fer, que no quiere saber nada de nosotras, nos ha llamado preocupado (te confieso que por un momento pensé que «la chiquita» no había sido tan chiquita). Clara y Fer coinciden en que las pertenencias del muerto deben de haber quedado en poder de la mujer, pero alucina la cantidad de USB y de material que debía tener, siendo fotógrafo. La tipa ha anunciado una exposición póstuma de sus fotos... ¿No te habrá tomado fotos calata, no? Ay, perdón, no quiero paranoiquearte más... Según Clara, no tenemos de qué preocuparnos. Así que ya olvídate, Amalia, no puedes seguir así. Ya fue. Se murió. Dios sabe lo que hace.

Te cuento que Clara y yo nos vamos a Boston y a Nueva York de viaje por un mes. ¡Sí! ¡Alucina! El loco de Fer llamó a nuestro hijo Rafa para contarle, escandalizado, que Clara y yo estábamos juntas, y mi chiquito, en lugar de solidarizarse con él, se puso feliz por nosotras. Y al toque me llamó por Skype, y aunque al comienzo lo noté medio friqueado, se terminó riendo

y felicitándome. Oye, ¿no será *gay*? Dicen que eso es genético... Bueno, me muero por estar en algún sitio donde Clara y yo podamos caminar de la mano, besarnos en las esquinas, en los bares, en los taxis...

Amalia, voy a tener que despedirme de ti, y no sabes lo que me cuesta. No te escribiré como antes. No solo porque no haría nada a escondidas de Clara, sino porque, la verdad, no sé cómo decírtelo, pero, pucha, me he dado cuenta de que tenía un vacío que me hacía correr a la computadora a leerte y escribirte. Te voy a decir algo horrible, pero literal: ya no te necesito como antes. ¿Me entiendes? Prefiero decírtelo así, a la franca, aunque me muera de pena. Pero también quiero que sepas que esto ha sido para mí, no sé, como empezar a vivir, que contigo me he descubierto a mí misma y que sin estos mensajes no me estaría pasando todo esto tan lindo. Lo que hemos hecho tú y yo ha sido lo máximo. Escribir me ha encantado, pucha, porque he descubierto que algo bien loco pasa cuando una se lanza a poner las cosas en palabras así, y yo nunca me habría atrevido ni lo habría descubierto sin ti. Escribir es como milagroso, rarazo, te hace sentir tus propias cosas de otra manera, y ahora comprendo por qué no querías que nos viéramos, y te lo agradeceré siempre. Recién lo entiendo. Te confieso que ya me agarró el vicio: le escribo todo el tiempo mensajes a Clara y, pucha, por suerte, a ella también le encanta escribir... ¡Ay, parece como si te estuviera dejando por otra, qué atroz! Te juro que me muero de pena de cortar con esto porque sé que te voy a extrañar horrores y también, te lo digo, pucha, porque me siento como que culpable dejándote sola frente al mundo. Te quiero con todo mi corazón. Nunca había estado tan cerca de nadie, te lo juro. Mejor paro aquí, porque me estoy poniendo a llorar.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

3 may. a las 8:11 p. m.

Querida Verónica:

¡Claro que me estás dejando por otra! Pero te perdono. No te pongas maternal. No estoy sola contra el mundo: además de Eric, tengo a *Sofía*, que no necesita hablar, leer ni escribir, como nosotros, los limitados humanos, para escucharme y decírmelo todo. Nuestros mensajes me han ayudado a vivir, cosa que, tú sabes mejor que nadie, siempre me ha costado. No te preocupes por mí. Me las arreglaré sin ti, porque el efecto de este intercambio nuestro es, cómo decirlo, acumulativo. Gracias a ti he recuperado las ganas de escribir, y así llenaré el vacío que dejaste al irte. Voy a convertir en novela el cuento ayacuchano que te mandé. También escribiré un diario. Anda, sé feliz; tú sí estás hecha para eso. Me encanta tu nuevo vicio epistolar y que seas correspondida. Daría mi reino por leer esas cartas entre ustedes, par de locas... Eres muy afortunada, nunca lo olvides. Me carcome la envidia... Eric se desmayaría antes de leer una carta mía.

Te comunico, para tu beneplácito, que me retiro de la vida libertina y que seré fiel. Tengo ganas de estar aquí, solamente con Eric; como tú dirías, cual auto que prende, arranca y avanza, sin pretensión de yegua salvaje. Pero no te equivoques: todo espíritu de sacrificio me sigue siendo ajeno; no vayas a creer que me he «convertido». Lo voy a hacer porque me provoca. Quizá me he curado de espanto a causa del demente ese y mi espíritu de monogamia dure lo mismo que el susto. Pero creo que eso que me increpó Eric aquella vez, y que me dolió tanto («Tú no sabes lo que quieres ser, Amalia»), ya no es verdad. Sin embargo, nunca hay que cantar victoria. Saber lo que quiero ser no garantiza nada...

Para cerrar nuestro intercambio epistolar, voy a atreverme a narrarte una última escena de mi vida: la despedida a Elisa, que ha decidido romper del todo con Nicole e irse a vivir sola. La fiesta consistió en ver, los tres juntos en mi cama, por enésima vez, una de nuestras películas favoritas: *Robin y Marian*, con Sean Connery y Audrey Hepburn. Ninguno pestañeó frente a la pantalla hasta que, al acercarse la escena final, en la que Robin yace en su lecho de muerte y Marian agoniza sentada cerca de él, Elisa presionó *mute* en el control remoto y salió del cuarto, para mirarnos desde la puerta entreabierta. Entonces Eric se tendió en la cama, convertido en el moribundo Robin que, entre estertores de dolor y rebeldía, me preguntó «¿Por qué?». Entonces yo, es decir, Marian, le dije con todo el amor posible: «Te amo, te amo más que a todo lo que conoces... Te amo más que a los niños, más que a la tierra que sembré con mis manos, te amo más que a la plegaria de la mañana, que a la paz y que a los alimentos. Te amo más que a la luz del sol..., más que a la carne o la alegría..., más que a un día más. Te amo más que a Dios...». Robin me contestó «¿Nunca volveré a tener un día como este? Bueno, es mejor así...». Yo asentí y él estiró su mano para alcanzar la mía, pero las fuerzas no nos permitieron siquiera rozarnos. «Todo está bien», le dije. En ese momento irrumpió Elisa, o sea, el pequeño John, desesperado al descubrir a Robin muriente, y él le dijo «Tranquilo, todo está bien». John, preso de la desesperación y la pena, se arrodilló al pie de la cama y exclamó entre llantos «¡No, no! ¿Qué ha pasado?». Robin le dijo «No es nada», y añadió, señalando la pared detrás de su cama, «Dame mi arco». John se lo alcanzó. Robin, incorporándose y sosteniendo el arma a duras penas, le pidió «Donde caiga la flecha, John, colócanos juntos y déjanos allí». Entonces Robin disparó, y los tres nos volteamos hacia una ventana que la flecha atravesó surcando el viento hasta desaparecer.

Después de un instante en silencio, nos miramos, conmovidos. Cuando volvimos a la realidad, Elisa y yo nos lanzamos sobre Eric y nos abrazamos los tres, emocionados como siempre. Pero entonces fui presa de un llanto extraño. Hasta que Elisa dijo «¡La próxima vez me toca ser Marian, o Robin. Hace tiempo que hago del pequeño John, no vale!».

Empecé a narrarte, sin saber por qué, nuestra recreación de esta escena sublime de amor y despedida, que adoro con toda el alma. Pero ahora lo veo claro: me apropié de ella para expresar el drama de decirte adiós y cuánto te quiero.

No contestes este correo, por favor. Nuestra flecha se fue al cielo. Y basta de tanta huachafería, que también me pongo a llorar.

Esta es mi vida, Verónica, la que quiero querer vivir. ¿Ya es bastante, no? Te adoro. Buen viaje.

Besos,
Marian

Vero <vero@suyo.com>
3 jun. a las 9:17 a. m.

Amalia, acabamos de volver a Lima. No sabes lo que ha sido este mes... Yo tenía un poco de miedo, porque eso de dormir juntas y convivir tanto tiempo... Pero todo salió regio y estamos más enamoradas que antes. No te puedo explicar, o sea, casi no salimos del cuarto, ni siquiera en Nueva York. Yo que me moría por besarla y andar de la manito por calles y plazas... ¿Cómo estás tú? ¡Escríbeme!

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

3 jun. a las 10:01 a. m.

Querida Verónica:

Te escribo feliz. Gracias por pedírmelo. ¿Pero no le estaremos sacando la vuelta a tu novia? ¡Ni hablar! Puedes enseñarle lo que viene a continuación, si quieres. ¿Ves cómo me he vuelto de buena? Oye, si seguimos en este plan, esto se convierte en un trío. Epistolar, pero trío al fin y al cabo. Ahí voy.

Acababa de amanecer cuando Eric arrimó todo su cuerpo al mío bajo las sábanas, y sentí su pinga dura contra mis nalgas, mientras agarraba mi pecho.

—¿Estás despierta? —me dijo al oído.

—Estaba —le contesté entre dormida y despierta.

—Quiero besarte —susurró, y añadió—: Tú dime dónde.

—Aquí —le dije, volteando hacia él y dándole mi boca.

—¿Así? —me preguntó rozando sus labios sobre los míos.

—Así —le respondí, al fin inseparable de mi cuerpo, el único que podía ser, sola con él, hasta que sonó el despertador.

—Mierda, me tengo que ir. Acuérdate de que hemos quedado con Elisa en que vendrá a desayunar y en que luego la ayudaremos con lo que queda de su mudanza —dijo él con pesadumbre.

—Seguimos después, aunque yo ya tuve suficiente —le contesté con caricias.

—¿Es normal que me sigas arrechando así? —me preguntó mientras se levantaba con esfuerzo.

—Espero que no —le dije sonriendo, y me levanté para preparar juntos el desayuno.

Besos,
Amalia

Vero <vero@suyo.com>

3 jun. a las 10:12 a. m.

Ay, Amalia, acabamos de leerte y qué lindo, qué romántico todo y, aparte, supererótico, qué bestia. También nos hemos reído con lo del trío, pero me pongo celosa, cuidado. No sé si soportaría que nos escribamos las tres, porque alucino cosas feas (Clara me está leyendo, porsiacá): que de repente ustedes terminen escribiéndose sin mí. No podría soportarlo. ¡Qué celos! Oye, esto de acá se parece al sexo, ¿no? ¡Últimamente me parece que todo se parece al sexo! Me he vuelto una enferma, creo. Amalia, fuera de cosas, estoy recontra feliz de poder compartir esto con mi pareja sin esconderme, y también de que seas feliz. ¡El beso con Eric! ¡Resucitó! No lo puedo creer... ¡Yo sabía! No sabes el beso que nos acabamos de dar, Clara y yo, alertadas por ti, como que recién enteradas de que es algo en peligro de extinción, tipo ecologistas. Gracias...

Bye, bye.

Vero

P. D. Vimos *Robin y Marian* y, cómo te explico, se ha vuelto como que nuestra Biblia. Más gracias.

Amalia <amalia@propio.com>

3 jun. a las 10:21 a. m.

Querida Verónica:

Acaba de pasar algo que tienes, o las dos tienen, que saber. Habíamos terminado de desayunar Eric, Elisa y yo, muy cerca de la felicidad, hasta que de pronto él miró su teléfono y nos leyó, animoso, un correo recién llegado: «“La editora Ana Linares, viuda del fotógrafo Federico Saldarriaga, lo invita a la presentación de la novela póstuma *Es mi vida*, que reproduce las cartas íntimas entre dos limeñas que usted reconocerá”. ¿Vamos?». Elisa levantó los platos de la mesa diciendo «Yo paso. Me suena a chismografía limeña», y nos dejó solos.

Lo miré, le dije «Ojalá sepas que siempre te amé, que te amé más que a todo lo que conoces..., más que a la paz, más que a la carne o a la alegría, más que a un día más», y salí al malecón.

Te escribo tratando de mirar el mar, que se me escapa, como la vida.

Besos,

Amalia

Encuétranos en:





Antes que el amor romántico, y tanto como el sexo, la amistad puede ser el vínculo más incombustible entre los seres humanos. Amalia y Vero se rencuentran tras décadas sin verse, y acuerdan un intercambio electrónico. ¿Qué se escriben dos antiguas compañeras de colegio cuya amistad quedó interrumpida por una circunstancia adversa?

En esta novela, Fortunata Barrios actualiza las formas del género epistolar para recrear su arraigada relación con la amistad. Y es que la carta —o el correo electrónico— es un espacio de libertad, de confianza y de confidencia, donde, así como cada yo se alimenta del otro, se deconstruye y reconstruye a partir de un ejercicio introspectivo. Lo fundamental entre Amalia y Vero no son las inquietantes y divertidas aventuras sexuales que se cuentan, sino la construcción conjunta de un ámbito único, tan compartido como individual. He ahí su verdadero ejercicio erótico.

TUSQUETS
EDITORES



ISBN: 978-612-4350-26-9

